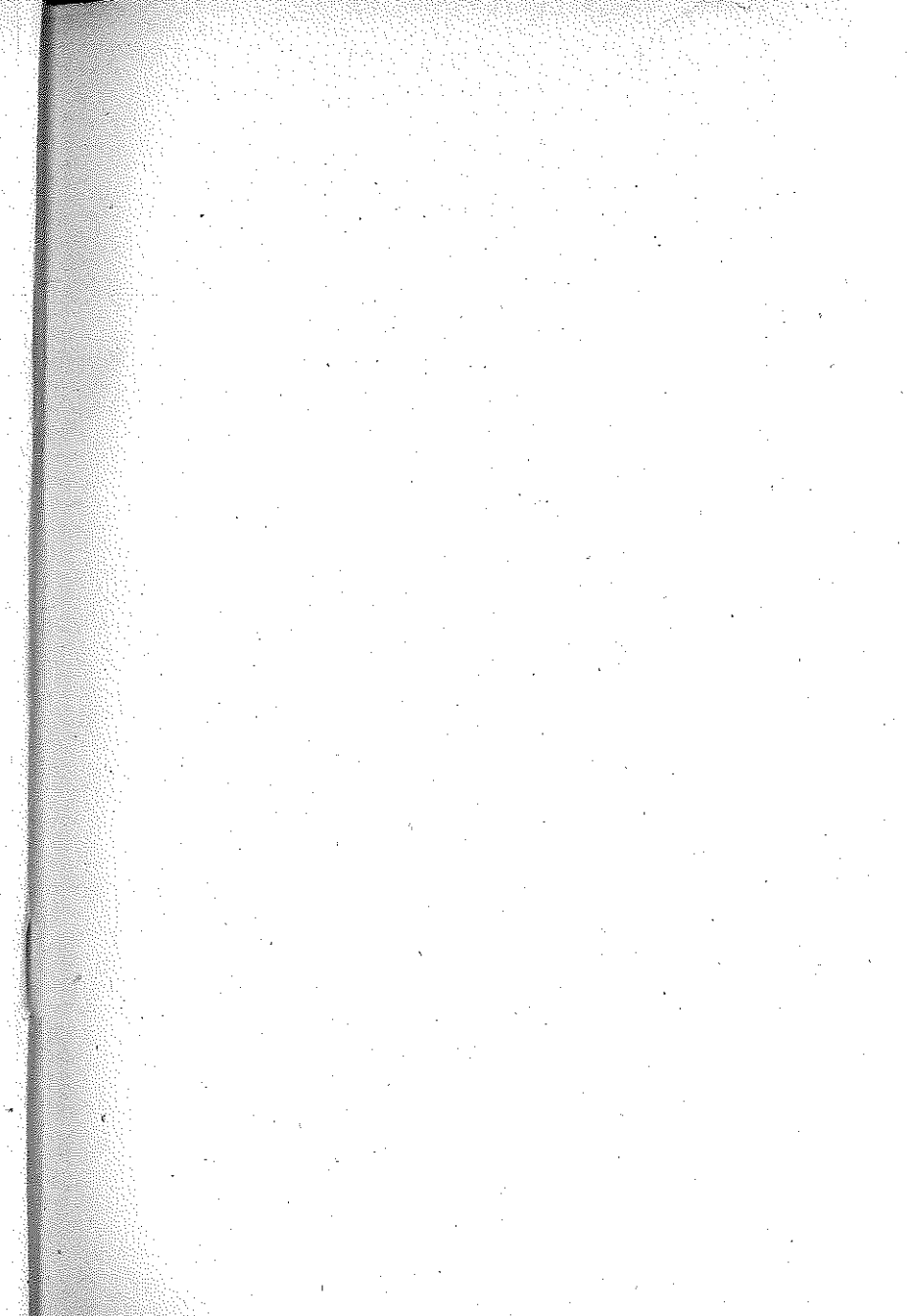


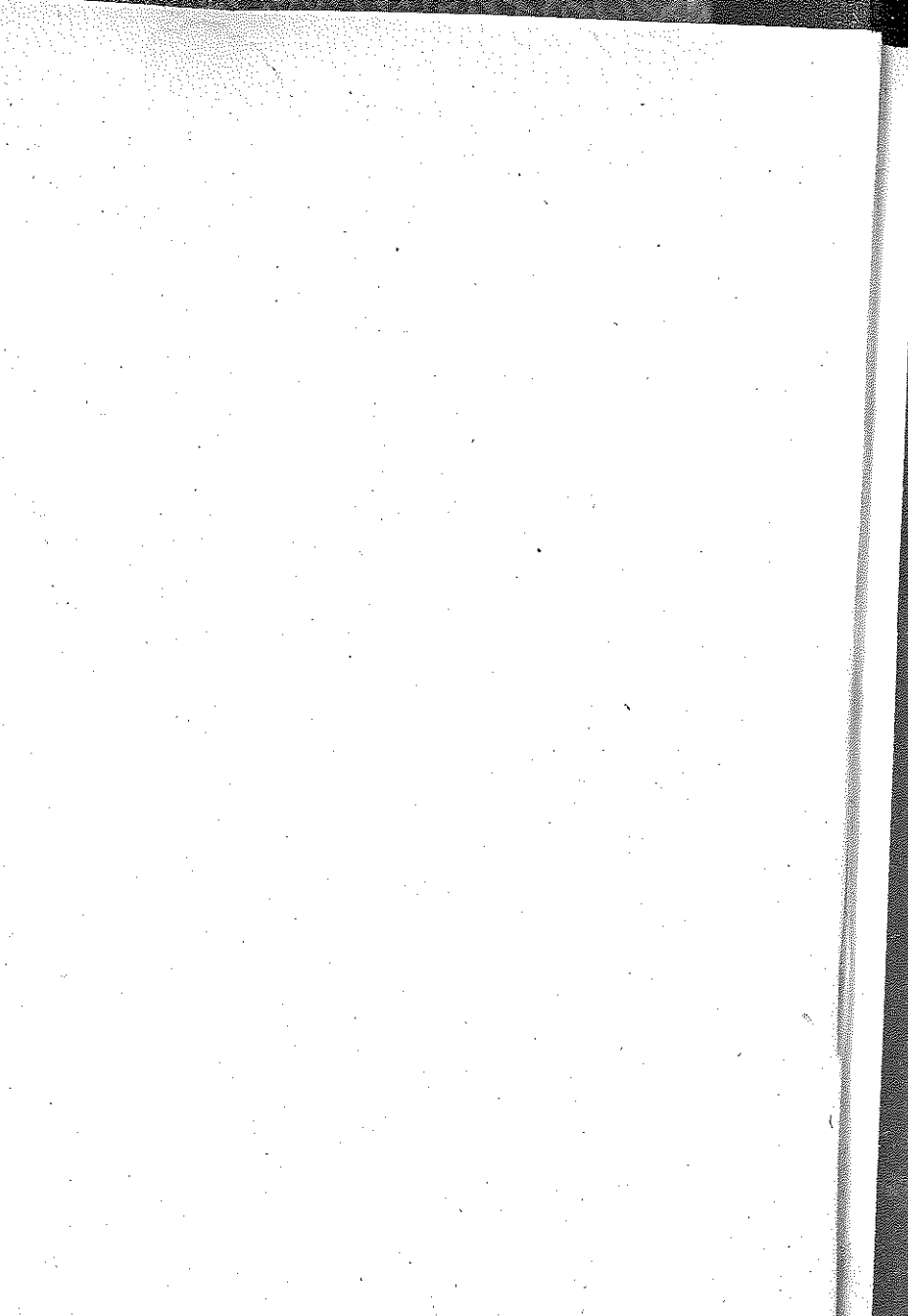
BIbliOTECA NACIONAL
DE CHILE



Volúmenes de esta obra ..	1
Sala en que se encuentra ..	11
Tabla en que se halla	739
Orden que en ella tiene ..	26

Imp. Universitari.



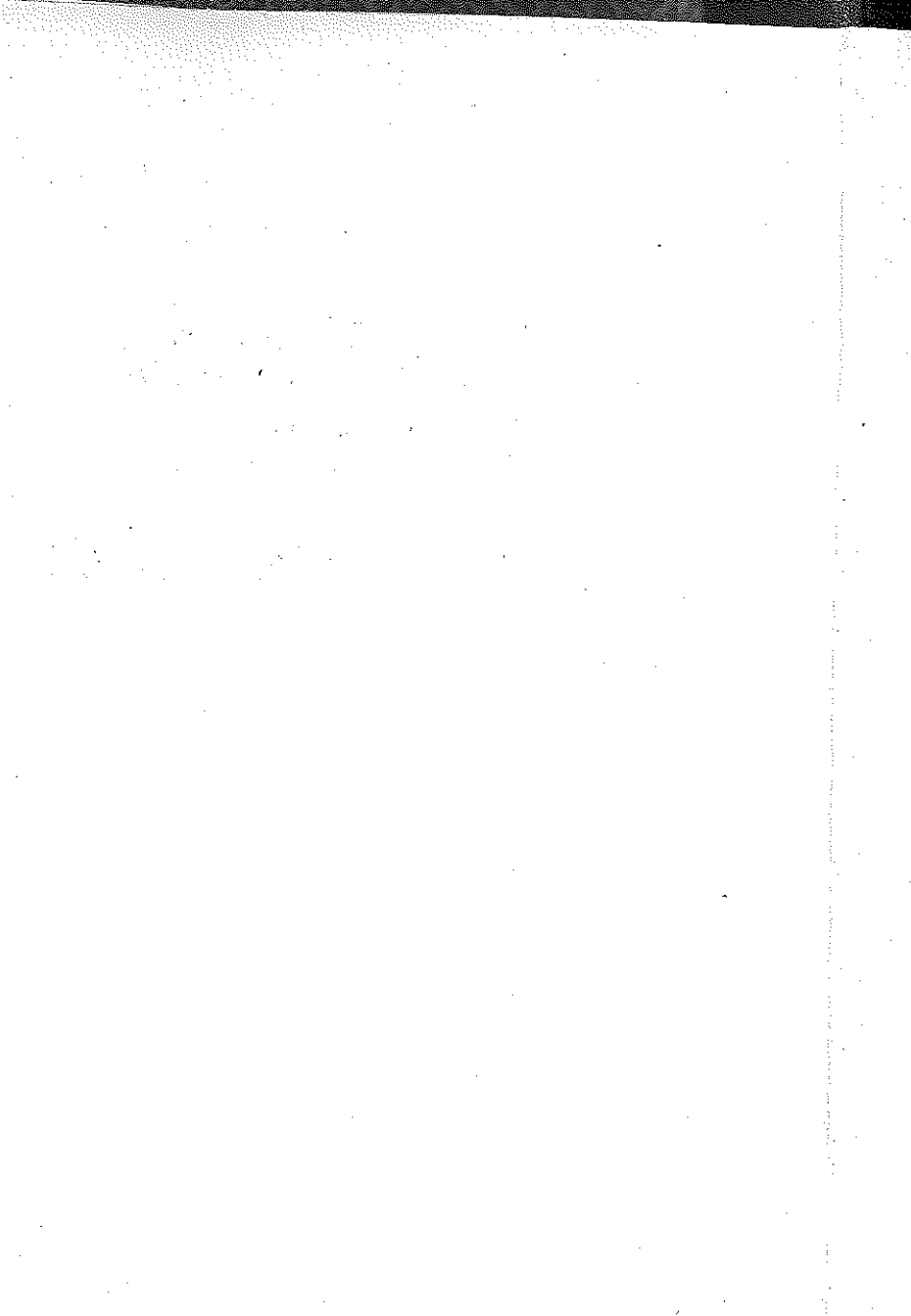


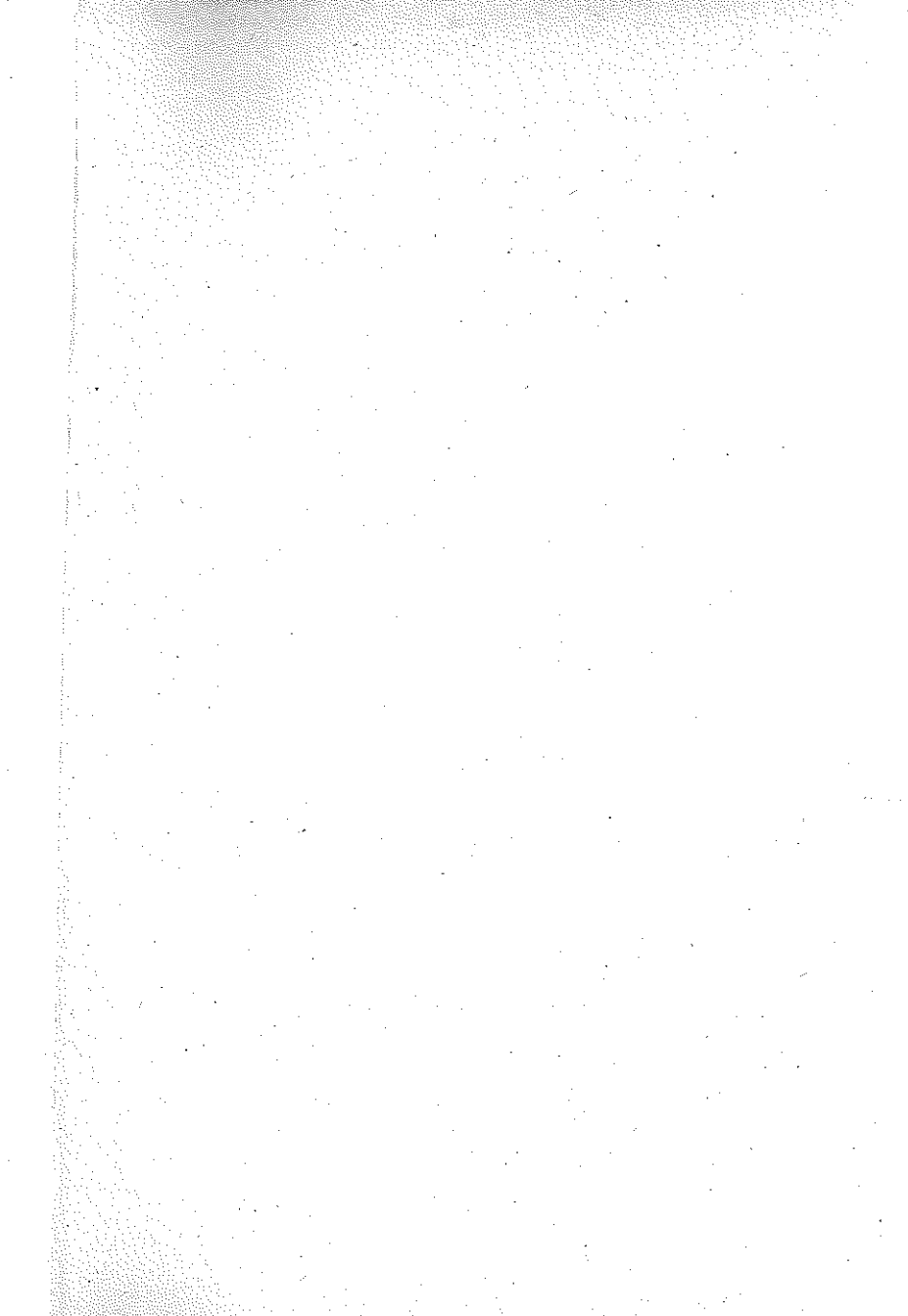
JOAQUIN F. CORUGEDO G

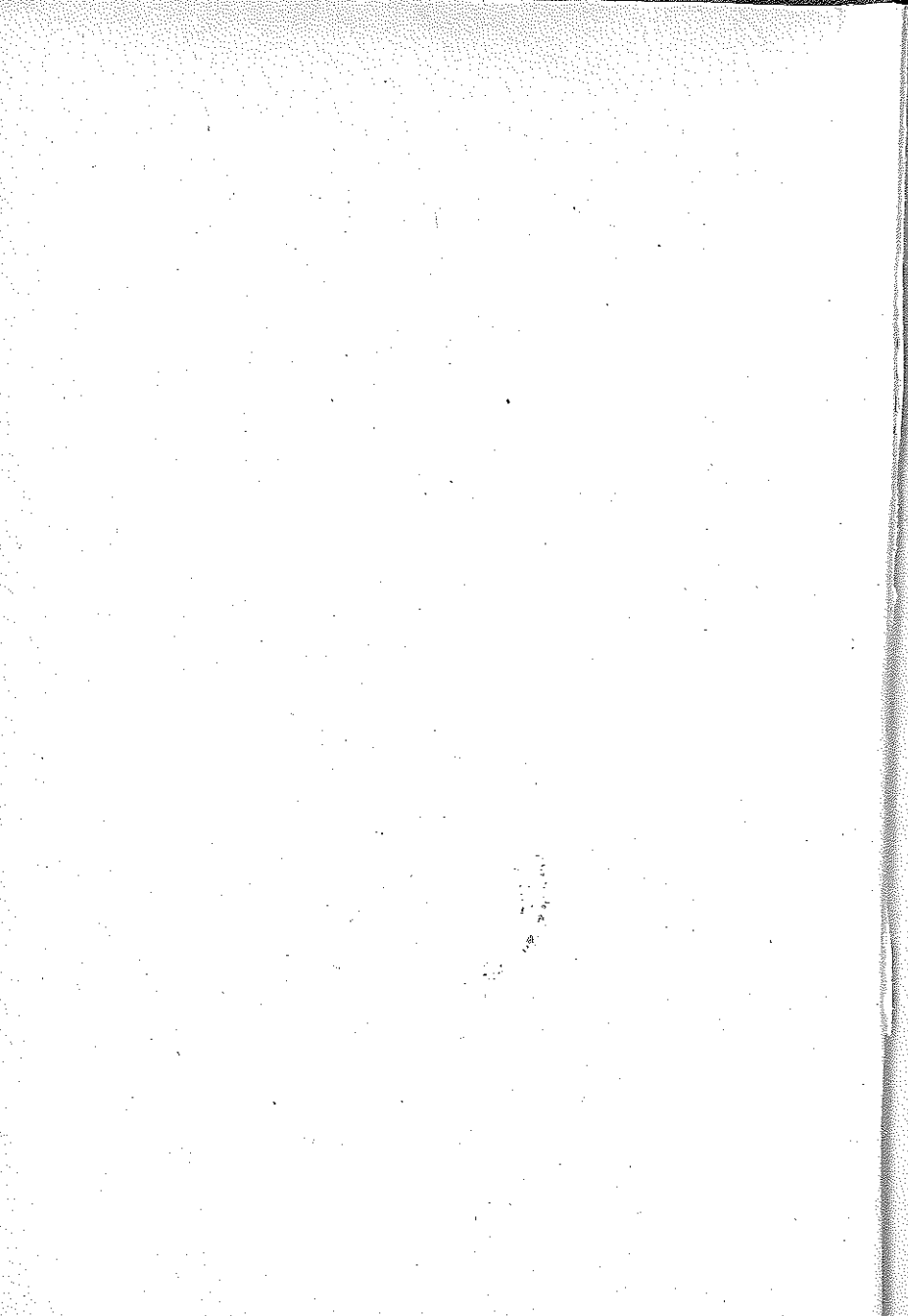
**La Ruta
del
Emigrante**

novela

IMPRESA NASCIMENTO







JOAQUIN F. CORUGEDO G.

36428

LA RUTA DEL EMIGRANTE

novela

IMPRENTA NASCIMENTO

SANTIAGO

CHILE

1934

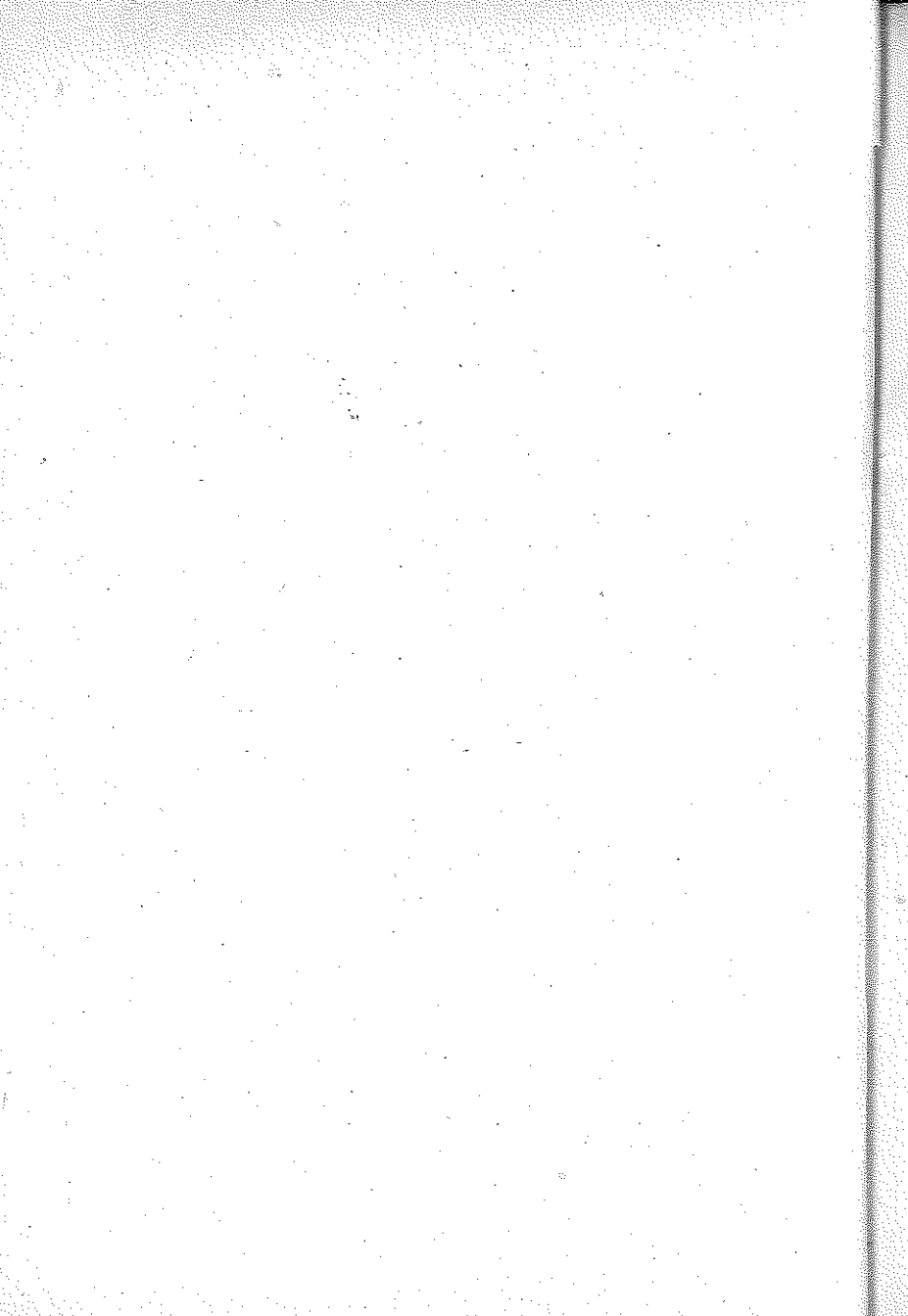
Es propiedad
Inscripción número 3443

Nº 1394

Impreso en los Talleres de
la Editorial Nascimento
— Ahumada 125 —
Santiago de Chile, 1934

PRIMERA PARTE

CUENTOS DEL MAR



EL VIEJO "XUREL"

El ancho y sosegado río, espejo de bruñido acero, pasa por debajo del puente carretero y dilatando sus riberas va a rendir pleitesía lamiendo humildemente las murallas del diminuto Castillo de Sotrances. Quinientos metros más adelante tropieza con el puerto de San Esteban de Pervises, retrata en la obsidiana de sus negras aguas la empinada cuesta del Mirador de Muros y acaricia los rubios costados del pueblecito encantador de "Las Arenas".

El río "Nalón" caudaloso, orgullo del Principado de Asturias, lavadero de toda la cuenca minera del carbón, mancha con una raya de tinta china el purísimo azul del mar Cantábrico y la blanca impoluta de su espuma.

Un piño de cincuenta casas edificadas casi sobre roca viva, como calle, un sendero que bordea el abismo y ya tenemos un pueblecito de pescadores cántabros: Chaquetilla azul, rostro atezado, boina vasca y amplio pantalón de aceitada lona. Entre éstos hombres, atletas admirables de combados pechos y mirar de niños, la figura inconfundible y plástica del viejo "Xurel": Bajo

las pobladas cejas el gris acerado de unos ojos acostumbrados a escudriñar el horizonte, cara al sol, sin pestañear un ápice, el rostro curtido y agrietado por las sales yodadas de la brisa marina, la enmarañada barba como de plata, anchos hombros de titán, brazos de hércules y el remo en sus manos poderosas, firme timón a prueba de las olas.

Si alguna "trainera" (1) dudaba de hacerse a la mar porque sus hombres barruntaban signos de tempestad, el viejo "Xurel" era consultado de inmediato. Arrugando el entrecejo y haciendo visera con las manos, después de un corto espacio de meditada observación, dictaminaba:

—Salide sin cuidau, rapaces, el sol romperá pol mediodía.

Muchas veces, antes de ser preguntado, adelantábase a responder diciendo:

—¡Quedáivos que ya se siente el "bufiu" de la "galerna" (2).

¡Jamás olvidaré la tarde aquella, en que contra toda previsión y ciencia del viejo lobo, el huracán como un tigre que salta sobre su presa, batió de las dieciséis pequeñas embarcaciones, más de la mitad, tornando sólo cuatro, tristes y desmanteladas, como si se hubieran agotado en la lucha titánica contra la furia de los elementos!

La última en tocar puerto fué la "Niña Bonita", propiedad de Xurel. Ocho remos batían la mar desesperadamente y de pie sobre la popa, la barba al viento, sudorosa la faz, dura y firme la mano sobre el remo del timón, la figura apocalíptica del viejo Xurel era la del atleta que triunfaba en aquella regata de la muerte!

Al llegar a tierra firme, entre lágrimas y suspiros de los fa-

miliares, a horcajadas sobre la filuda proa, la voz emocionada de Xurel sollozaba como una caricia:

—¡Non podía fallar la mió neña!

Y tentaba con sus manos formidables los costados de la lancha que había resistido como buena el furioso embate de las olas.

Llegaba yo hasta la pequeña playa del Castillo, cubierta de redes, y el hombre, mientras repasaba las roturas, hablábame de sus andanzas marineras y al referirse a las lanchas con motor, que ya en aquel entonces comenzaban a surcar los mares, desdenosamente sonreía y decíame:

—¡Non val eso, rapaz, el casu ye cuando el mar quiér pelea ganásela con los puños!

Después molía un tabaco, cargaba su pipa y rezongaba:

—¡Esos que van así a la mar no son marinos!

Y perdía su vista por entre la cortina de humo, allá en la brumosa lejanía del horizonte... Empeñábase, al rodar de la charla, convencerme de sus aptitudes culinarias y de sus conocimientos médicos, propios de la edad de piedra...

Afirmaba, muy serio, que para las mataduras de las manos no había cosa comparable al aceite hirviendo, y una vez, a Marcelín, su viejo compañero de andanzas marineras, como sintiera fundamentados barruntos de un reuma, recetóle unas bolsas de arena caliente para aplicarlas sobre las espaldas, que le desollaron vivo y estuvieron a punto de acabar con él.

Eramos bastante amigos y de continuo invitábame a recorrer en su pequeño bote la distancia que media entre el pueblo de Sotrances y San Esteban de Pervises, que era tal como atravesar la ría, y mientras acompasadamente bajaban los remos con pre-

ción matemática, haciendo saltar la chalupa como un dócil corcel sobre las tersas aguas, hablábame de sus aventuras de mocedad, de sus luchas, y de aquellos compañeros que una mañana filaran las optimistas proas, rumbo alta mar, y no habían regresado más.....

Un día, al contemplar la silueta de mi viejo amigo, quise trasponer los umbrales de su hermetismo y adentrarme en aquel alma que yo presentía azotada en su juventud quien sabe porqué tempestades y furiosos huracanes, mayores que los del mar bravío y más hondos, si cabe, que su profundidad fascinadora. Con voz quebrada y semblante humedecido, dejando el bote a merced de las olas, mi viejo amigo fué desgranando su honda amargura, su humana historia de rudos quererres, de desencantos y desilusiones...

—Usté—me dijo—yera un rapaz cuando pasó aquello... yo un mozu tan terne y bragau como el que más. La "Nola" vivía en Las Arenas, en la casa que cae so la escollera. Cuando llegaba la mi "trainera" de la mar, ella, con sus trenzas sueltas y la falda remangada a la cintura, corría a esperame en la playa chica y así que rulábamos (4) el pescau díbamos dempués muy juntos hasta la su casa. ¡Queríamonos mucho, mucho, y todo diba viento en popa hasta que "Xicón el Pintu", que usté conoceríalu de nombrada, metióse a enredalo todo... y comenzó por facer cucamonas a la mí Nola... y yo... pues un día salimos los dos en una barca, por tras la Peña La Deba, y volví... solo...

Calló... Acombando el pecho suspiró profundamente y como rizará las olas un vientecillo de mal agüero, tornando el horizonte asaz sombrío, apuró los remos y llegamos a puerto cuan-

do ya rugía la tempestad ¡tal vez con menos violencia que los recuerdos en el pecho del viejo Xurel!...

Marcelín Rodríguez contóme el resto de la historia una vez en el llagar del "Tuertu", al calor de unos sendos "xarros" de sidra:

—Sí—me dijo—sabía usted que Xicón había rondado a Nola (¡que en pá descanse, sentenció religiosamente) pero non sabe que durante una "moña" de caña, entre él y un tal Pinin que murió en presidiu, pasaron a casa de la neña, violaron les mujeres y volvieron a la pesca como si tal cosa...

¡Para el viejo Xurel aquella fué la tormenta más recia de su vida, conmoviéronse sus entrañas y acudió sobre su corazón una marejada de sangre que le encegueció, haciéndole apretar entre sus manos el ancho cuchillo marinero!...

—Entonces fué—continuó Marcelín—cuando Xurel llamó a Xicón y díjole:

—Oye, supe lo que pasó con Nola... y tienes que acompañarme a dar una vuelta en la chalupa...

Quiso Xicón evitar el compromiso, pero Xurel llevóle casi arrastrando y cuando volvió del paseo, llegó solo...

Casó dempués con Nola y nadie se atrevió a decir ¡ni pío!... Pasó el tiempo, murióse Nola y Xurel, de aquel acá, diz que va al cementerio a conversar con ella, y vuelve tan contentu como si deveres fuera cierto...

EL MEDICO DE SOTRANCES

Desde el barrio pesquero del Castillo hasta el pueblo de Sotrances habría trescientos pasos mal contados y únialos el camino carretero en suave pendiente bordeando floridos pomares, lomajes cubiertos de verdes y apretados castaños que daban la sensación de un terciopelo ribeteado caprichosamente por amarillos y espinudos frutos. A la derecha, pequeños grupos de casas faldeaban las bucólicas colinas y al fondo, por entre árgomas y empenachados pinos, un trozo del mar Cantábrico, completaba la visión de este maravilloso rincón de las Asturias.

Otro camino, orillaba la finca del señor del pueblo, don Rodrigo de Monzanes, y corría parejo al río, hasta cuyas aguas bajaban en tropel fantástico como escuadrones mecidos por el viento, imponentes pinos, álamos esbeltos y verdes cabelleras de sauces melancólicos.

Don Rosemundo de Ulloa no usaba en sus periódicas visitas más senda que aquella, desde donde la anchurosa ría semejava un enorme espejo en cuyos cristales dibujábase toda la comarca. La figura del viejo doctor era inconfundible: de elevada estatu-

ra, reposado además, un si no es cargado de espalda, faz abierta y franca, respiraba nobleza e hidalguía por todos los poros y ejercía su profesión como un apostolado.

Cuarenta años en el servicio médico habíanle familiarizado con todo el mundo, conocía como nadie las flaquezas de aquella pequeñísima parte de la humanidad doliente en que le cabía actuar, que también, como él decía, salvando las debidas proporciones, les sacudía las mismas miserias y ambiciones que al resto del universo.

Por todos los senderos del concejo de Sotrances, aparecía su silueta, saludada con un "¡buenas tardes o días!" que él contestaba bonachonamente levantando la vista del diario y afirmando los lentes que cabalgaban sobre las narices prominentes.

Vivía en Sotrances, en una casa que hacía esquina a cuatro caminos, punto de reunión de los "notables" del pueblo: allí acudía don Edgardo Fonseca, alcalde la ciudad, cuyo puesto debía a una de esas combinaciones políticas tan comunes en aquel entonces, llegaba don Emerenciano Cañueles, cura párroco de abultado abdomen, faz apoplética, tarda inteligencia y ligeras manos en toda clase de juegos de naipe, la diminuta figura del señor Pintueles, secretario del Juzgado, y, también, la elefantiaca humanidad de Pachu "El Zurdu" socialista, ateo y zapatero remendón por más señas.

Doña María de las Mercedes, casada con el señor De Ulloa, conservaba su hermosa figura llena de gracia, a pesar de que frisaba en los cuarenta y era de tan atractivos modos y sabía hacer tan amable su casa, que no resultaba raro tertulia de tanta disparidad de caracteres, de tan diversas capas sociales y de ideas políticas tan divergentes.

Los domingos había partida de tresillo. Sentábanse a la mesa el señor alcalde, el señor cura, Pachu el Zurdu (que era mejor tresillista que remendón) y don Rosemundo, que hacía el cuarto. Había café, puros y un regular corro de "mirones" que solían substituir a don Rosemundo cuando algún llamado urgente le requería.

Discutiáse amigablemente de todos los tópicos, con esa peculiar socarronería maliciosa de los astúricos, incluso de política y de religión, en cuyas ambas cosas llevaban la voz cantante el señor cura y Pachu el Zurdu. Por supuesto que las ideas teológicas y morales del zapatero diferían notablemente de las que encerraba el meollo de don Emerenciano...

No era raro escuchar, entre baza y baza, la voz aguardentosa de Pachu preguntando socarronamente:

—Y, dígame señor cura, ¿cómo ye eso de la Santísima Trinidad que no puedo entendolo por más vueltas que le doy? Porque si el Padre yera el Padre, non puede ser el Hijo y mucho menos el Espíritu Santo... y menos si yera una palomba blanca como usted contaba en el sermón desta mañana... Y digo yo que si el casu ye asina, ¿cómo diba entendéselas la Virgen María pa conocer al "fiyu"? (Pachon entremezclaba el dialecto y el castellano). ¡Y si tres cosas, son tres cosas, non pueden ser una sola... ¡asina me salve!...

Bueno, aquí cortaba don Emerenciano, con un rugido, la perorata del amigo Pachu y tartajeaba, que no decía:

—¿Quieres callar, remendón de los demonios, quieres callar?... Dime, ¡aborto de Satanás! ¿quién te puso los ojos donde los tienes, las orejas (que no oídos) donde las llevas, los

brazos donde te cuelgan y esa boca infernal debajo de las narices?...

Amohinábase Pachu y ya iba a escupir alguna frase desatentada con que pulverizar al señor cura, cuando aparecía la sonrisa de Doña María y hacíase un silencio que era como la consternación de todos los silencios...

—¿Qué les pasa a ustedes? ¿Pero otra vez discutiendo?...

La voz armoniosa abría una concavidad en el pesado ambiente y sentíanse vibrar las palabras en el aire!...

Pachón dirigía su vista a doña María y a don Emerenciano, alternativamente, mientras atragantábanse, pugnando por salir, las palabras en su gaznate; el señor Cura sonreía beatíficamente... los circunstantes dibujaban un gesto ambiguo y don Rosémundo largaba la risa a todo trapo que era coreada de inmediato por los asistentes. Salía doña María y tornaba al instante con una bandeja de copas de coñac, recibida con un murmullo de aprobación; arrellenábase don Emerenciano en su asiento, brillaban de delicia los ojillos de Pachón... y proseguía el tresillo...

POLITICA

La debilidad del buenísimo de don Rosemundo era la política . . y, tocante a este punto, juraríamos que no se andaba con paños tibios. Apenas, en el pequeño rincón que nos ocupa, barruntábanse inequívocos signos de elecciones, ya teníamos aquella casa convertida en un verdadero pandemonium . . .

El bondadoso semblante de don Rosemundo trocábase en cejijunto, haciásele la voz dura y abroncada; y el ademán nervioso y cortante. La heterogénea tertulia, en tanto duraban los políticos trajines, deshacíase como por encanto . . . ¡No había cabida, en el reducido espacio del comedor o sala de aquella casa, para albergar tan encontradas opiniones! . . .

Don Guzmán de Alfaro, de quien daremos cumplidas noticias más adelante, y el señor Pintueles, constituíanse en ayudantes de campo de don Rosemundo. Militaban en las liberales huestes que acaudillaba San Miguel, marqués de Tonzueles; el señor alcalde íbase al reformismo doctrinario, partido de reciente creación que bailaba en la cuerda de lo indefinido, entre la monarquía y la hipotética república, y Pachu el Zurdu

colgaba la lezna, abandonaba el martillo, barbotaba herejías y bebía más que nunca.

El señor cura, terciado el manteo a la torera, la teja sobre la faz, introducíase, sigilosamente, en el amplio caserón de don Rodrigo de Monzanes y sibilamente ponía en conocimiento de éste, los tejes y manejes de los contrarios políticos; el viejo Xurel, con su eterna pipa en los labios, venía a ofrecer a don Rosemundo su voto y la chalupa para el trasbordo de electores; "Mationas", que era un troglodita de fuerzas descomunales, apersonábase premunido de un garrote formidable para decirle:

—Y diga usted, don Rosemundo, ¿a quién hay que romperle alma?...

Aquella actividad inusitada convertía la casa en segundo campo de Agramante, las listas electorales corrían de mano en mano, tachábanse nombres, se añadían nuevos, trazábanse rayas y se hacían cálculos que dejaban aquellos papelotes sucios e ininteligibles.

Doña María de las Mercedes pasaba en continuo sobresalto... llegaba allí cada tipo que temblaba el credo y por lo regular, chupaban de lo lindo. El pueblo de Sotranceos, de suyo adormilado y perezoso, despertaba a la vida ciudadana febril y como si deseara recuperar las horas perdidas en su dulce somnolencia.

No se hablaba de ideas, barajábanse nombres de caudillos y el caciquismo tenía anquilosada la conciencia del vecindario que se miraba con el mismo cariño que los perros y los gatos.

DON GUZMAN DE ALFARO Y EL SEÑOR PINTUELES

De todos los tertulianos que acudían a la casa de don Rosemundo, ninguno tenido en mayor consideración y en más alta estima que don Guzmán de Alfaro y el señor Pintueles. Y era que, aparte de las convicciones políticas y rango social, mediaba una vieja amistad firmemente consolidada por muchos años del vivir cotidiano y remediarse en sus mutuas necesidades.

Don Guzmán de Alfaro procedía de la muy noble ascendencia de los Nava y Bolaño, vecinos y fundadores de Naviegas, villa encantadora situada a la desembocadura del Silo, rodeada de verdes pinares y feraces valles. La casa solariega asentábase en un ribazo a orillas del camino y a cien pasos de la ribera del río. Era un viejo palacio de ferradas puertas, amplios y enrejados ventanales, en cuyas nobles murallas el tiempo había dejado su huella imperecedera. Al costado levantábase el esbelto torreón, con sus escudos en el frontispicio, y sus labradas gárgolas de figuras horripilantes.

Este don Guzmán de Alfaro frisaba en los cuarenta y era de estatura más que mediana, nariz aguilena y unos ojos vivaces,

escrutadores, que revelaban clarísima inteligencia: sencillo, alegre y corriente, tenía en su boca la frase oportuna y el epigrama a flor de labios... Era todo un gran señor, arruinado tres o cuatro veces, pero siempre un gran señor.

Contábanse de él aventuras sin fin... algunas de una gracia "encendida"... Recuerdo que, en cierta ocasión, en uno de sus muchos galantes devaneos cuando yacía en el lecho conyugal de cierto vecino suyo, como éste llegara impensadamente en tan críticos instante y la mujer sufriera un desmayo, don Guzmán, sacando recursos de su ingenio peregrino, adelgazó la voz, imitando a maravilla la de la adúltera, y dióse a gemir y suspirar como atacado de repente cólico. Hizolo tan a lo vivo que, el burlado marido, creyólo muy deveras y corrió volando en busca del médico, mientras el galán volaba, que no corría, campo traviesa...

Llegar a la mesa de tresillo don Guzmán e iluminarse los semblantes era todo uno. Sin embargo, había que exceptuar el de don Eimerenciano que, por ser frecuente blanco de la aguda sátira de su ingenio, trocábase en torvo y malhumorado y comenzaba a jugar desastrosamente.

—¿Cómo va su reverencia, señor cura?

—Bien, bien, don Guzmán; ¿tanto bueno por aquí?

—¡Ya sé yo que usted quisierame ver a varias leguas, pero la fatalidad nos junta, señor cura... Yo, en cambio, apréciele muy deveras, ¡créamelo!

—¿Oye lo que dice, doña María? ¡Como si yo sintiera que llegara a esta casa donde nos ilustra con su saber y su fina cepa de ingenioso intelecto!...

—¡Adiós mi vida, señor Cura!... ¡Qué fraseología más pul-

cra y escogida para saludar a un amigo que llega con muchos deseos de hacer las paces, ahora que ya pasó aquello de las actas!

Y aquello de las actas había sido que en las últimas elecciones a concejales, el señor Cura, había servido de vehículo inconsciente de unas robadas en las mesas electorales y colocadas en la cartera de los Santos Oleos mientras era llamado para administrárselos al cochero de don Guzmán que estaba debidamente aleccionado.

El señor Pintueles era la antítesis de don Guzmán; de estatura menos que mediana suplía la falta de corpulencia con un alma bien templada y una agilidad pasmosa, física e intelectual.

Vestía con esmerada pulcritud y cuidaba al conversar, la frase, con la misma atildada elegancia que de los pliegues de su impecable corbatín. Nadie imaginaría que dentro de su diminuta figura encerrara un tan elevado concepto del honor caballeresco y una tan alta conciencia de la lealtad y del deber. En cierta ocasión, hubo de probar el temple de su alma, y a fe que demostró que la tenía bien puesta.

Tocóle habérselas con un tal "Rodrigón", por alias "El Aforador", individuo de pésimos antecedentes, matón de oficio, que había llegado al pueblo no se sabía cuándo, ni de dónde, y que era de complexión recia, ancho y bajo, manos como tenazas y un cabezón como el de un toro. Teníanle miedo y cuando hablaba bronco nadie osaba contradecirle temiendo la furia de sus manos y mucho más el cuchillo traidor o el garrotazo alevoso. Ejercía el oficio de contratas y argumentaba siempre a leñazos.

Acaeció que, a causa de unos enredos habidos en las cuentas de los trabajos del Ayuntamiento, fué preciso practicarle em-

bargo para responder al desfalco. No había entonces fuerza pública, sólo el alguacil don Siforiano, viejo y achacoso, ejercía de detective, guardia del orden y amanuense del juzgado... ¡tres cosas distintas y un solo hombre!... por cuyo motivo bautizaronle en el pueblo con el remoquete de la "Santísima Trinidad". Naturalmente, cuando el señor juez dió la orden respectiva para incautarse de los haberes del amigo Rodrigón, negóse rotundamente don Siforiano a ejecutarla y el señor Pintueles, consciente de su deber, llegóse a la casa del fiero "Aforador" y saludándole muy atentamente fué retirando las especies embargadas, a pesar de las protestas de Rodrigón y de sus olímpicos desplantes.

En otra ocasión, llegó un campamento de gitanos, gente soez y mal nacida, que arrasaron con cuanto bicho Dios creó sobre la tierra y que iban dejando los sembrados, ya a punto de cosecha, limpios y desolados. Llovían las quejas de los pacíficos labriegos, que no atinaban a poner remedio a la plaga, hasta que el señor Pintueles, echándose una carabina al hombro, en compañía de tres o cuatro vecinos de los más ternes, penetró al campamento, en tan marcial guisa y levantado continente, que los macucos peregrinos levaron anclas y partieron rumbo desconocido inmediatamente.

Hablaba con un dejo de socarronería hábilmente disimulada y sabía poner el dedo sobre la llaga con tal prudencia y tino, que aquel contra quien daba la saeta de su sátira, aunque herido en lo más vivo, veíase obligado a insinuar sibilinas sonrisas para guardar la debida compostura...

Juntos los tres oponían la fuerza de su simpatía y admirable unión ideológica, contra los abusos caciquiles del señor de

pueblo don Rodrigo de Monzanes, cuya fortuna política iba declinando empujada por las nuevas tendencias que ya apuntaban soberbio amanecer en la obscura noche de aquella malhadada política peninsular.

Con relativa intimidad habíanse tratado con don Rodrigo en pasados años, a pesar de esa especie de protectora amistad que solía poner el señor feudal del pueblo de Sotrances, para demostrar su noble y ancestral ascendencia...

Juntos corrieron los albores de la juventud, en don Rodrigo y don Rosemundo ya cuajada, y en el señor Pintueles y don Guzmán recién alboreada, y más de cuatro historias corrían por el pueblo atañeras a sus arrestos y amorosos devaneos.

Cuando más tarde convivían la hospitalidad en el viejo palacio de la Magdalena, propiedad del señor de Monzanes, gustaban recordar con un dejo de melancolía, entre sorbos de humeante café y mientras crepitaba la leña en la chimenea, aquellas felices horas juveniles que habían pasado con la vertiginosa rapidez de un sueño, dejando apenas la débil huella del recuerdo.

Una ínfima cuestión promovida al querer interponer su avasalladora influencia don Rodrigo para colocar en un puesto del Ayuntamiento a su amigo y alcahueta Cirilo Castañeda, fué la manzana de la discordia y la causa inmediata de que los sutiles hilos que sostenían aquella amistad se rompieran para siempre.

De aquel acá, y con alternativa fortuna, la influencia administrativa de Sotrances, ora caía en manos de don Rodrigo y sus huestes, o quedaba entre los dedos del triunvirato que ya conocen nuestros lectores.

JUAN RAMON

En este ambiente de familiares convivencias pueblerinas fué desarrollándose la infancia del pequeño Juan Ramón, hijo único del matrimonio De Ulloa, a quien habían internado en un colegio de la capital y luego trasladado a la risueña villa de Perivises.

Yo le conocí, durante las vacaciones veraniegas que pasaba en el pueblo de Sotrances, cuando ya penetraba en los umbrales de la juventud. Solía estarse hasta el mes de agosto, fecha en que partía a Canzueles, lugar de sus abuelos. Era un muchacho delgado, de regular estatura, facciones imprecisas, débilmente moldeadas aun, de natural amable, sentimental, que no ofrecía, por entonces, ninguna particularidad digna de estudio. Caminaba esa etapa de la vida en que no se es nada, en que nuestro ser, es como un crisol donde se van ensayando, con más o menos éxito, una serie de reacciones con resultados generalmente amorfos y anodinos.

Tenía la ilusión de continuar los estudios de medicina siguiendo la tradición familiar, y hablaba de la carrera sin mostrar

por ella mayores entusiasmos. Como vivía bien y hasta entonces habíanle cumplido todos sus caprichos, creíase en una holgada posición, circunstancia que envolvía su espíritu en una nebulosa indecisión haciéndole navegar al garete, sin adoptar ningún rumbo definitivo.

De él contaban sus profesores la facilidad asimilativa en el estudio, aunque también decían que era propenso a las divagaciones y de una inquietud admirable. Pasaba los cursos bien, pero, era indudable, que no retenía las materias con la consistencia precisa. Así que, cuando terminó el bachillerato, encontró el acervo de sus conocimientos harto ruin y flaco, pues apenas si conservaba un vago recuerdo que de muy poco había de servirle.

En el verano de 1913 conoció en Canzueles unos muchachos americanos, hijos de un acaudalado vecino recién llegado de Cuba, que eran en el pueblo bienquistos por su posición y por su dinero.

La juventud femenina, que escuchaba en sus hogares sólo alabanzas y ditirambos dirigidos a la fortuna del rico indiano, soñaba con perspectivas de un mejoramiento financiero, dirigía sus baterías hacia la conquista de los muchachos; organizábanse paseos, bailes y reuniones en los que sólo por política se invitaba a la juventud masculina de la villa de Canzueles. ¡El fin primordial y casi exclusivo era atraerse a los americanos, de quienes se contaban historias fabulosas!

En realidad, aunque su padre había sido un mísero emigrante, sin mayor educación y cultura, ellos, Arturo y Luis, habíanla recibido muy cumplida y como eran atractivos y simpáticos,

hicieron una verdadera revolución entre las inquietas pueblerinas de Canzueles.

Parécenos que por aquella fecha, en todos los pueblos de la dilatada costa cantábrica, rendíase homenaje de admiración a los que tornaban de América con el "riñón bien cubierto", expresión que indicaba los favores de la fortuna y de la suerte. Tener el riñón bien cubierto, significaba una gruesa suma en el Banco, y también la consideración de los papás con hijas casaderas, además de abrirse, al mágico conjuro de los pesos o pesetas, las puertas de la sociedad y del pueblo.

En Canzueles, como en la mayoría de las villas y ciudades asturianas, habíase conservado hasta entonces una marcada diferencia entre las clases que lo habitaban, pero, hemos de rendir tributo a la verdad confesando que ni los de arriba se subían a una altura inaccesible, ni los de abajo descendían tampoco hasta lo chabacano. Guardábanse las distancias con raro tino y prudencia y en las fiestas y verbenas, señoritos y artesanos, convivían fraternalmente sin remilgos y sin distinciones. No eran raros los matrimonios entre ambas clases y aunque, en principio fueran resistidos, el tiempo hacía les olvidar con relativa facilidad tales desacatos y vencía suavemente las rígidas costumbres familiares...

Dividíase el pueblo en dos barrios:

Canzueles de Arriba, situado en la falda del monte Suevo, que hacía una vida campesina, fraccionado en pequeños caseríos dedicados a la ganadería y a una pobre y rudimentaria agricultura y Canzueles de Abajo, (la villa o la ciudad... que por título correspondíale este último ya que no por extensión) formada por dos calles paralelas que nacían en la confluencia

del río Deva con el Sella, (cincuenta pasos más abajo del gran puente romano, orgullo de la ciudad y esbelto monumento que legaran las legiones de Escipión el Africano) y fenecían en el camino real a Cueva-Honda, santuario de estirpe visigótica, reliquia de Asturias y Principado de España.

Había en Canzueles de Abajo tres puntos culminantes que eran como la columna vertebral de su estructura:

San Antón, La Pontiga y La Villa.

Con ser uno de esos pueblos que vivían dentro de sí mismos, a causa de la distancia que mediaba hasta la costa y de las montañas que circundaban el valle donde se asienta ejerciendo de centinelas incommovibles y eternos; a pesar de su vida sosegada, y que los vecinos conocíanse desde el primer sollozo de la cuna hasta el duro final de la jornada, había, sin embargo una seria rivalidad entre los que habitaban San Antón y los que la suerte había echado al mundo en el barrio de la Villa.

Los del punto intermediario, o sea la Pontiga, colocados por una genialidad de su destino en el vértice de la balanza, eran por naturaleza versátiles y ora inclinaban la fuerza de su simpatía a San Antón o bien apoyaban en sus aspiraciones a la Villa.

No cabe duda que una política sabia hubiera elegido sus ediles y la suprema autoridad de la corte de Pelayo entre los moradores del vértice descrito, con lo que habrían evitado graves disgustos familiares y serios altercados entre los vecinos de los extremos anotados, pero, en esto, como en todo lo malo, seguíanse las mismas rutinas que en el resto de España y elegíanse después de formidables batallas electorales, los más represen-

tativos y feroces adversarios que campeaban en los opuestos bandos de la Villa.

Los dos barrios tenían sus puntos de reunión, sus cafés, estancos, comercios, doctores y hasta veterinarios...

Faltábase a la leal tradición pueblerina si viviendo en San Antón acudíase a las reuniones de la Villa, y era visto con malos ojos, si radicados en la Villa efectuaba sus compras en San Antón. ¡Sólo la Pontiga, a causa de su peregrina ubicación, gozaba del favor de ambos bandos! De ahí resultaba que el comercio fuera abandonando los extremos para establecerse en tan codiciado punto.

Los lugares de reunión más notables de la ciudad eran dos: el estanco de doña Perfecta, regentado por su sobrina Primitiva y el comercio de bisutería y sucursal de la Tabacalera, de doña Adoración Nogales. El primero ubicado en la Villa, y el segundo en San Antón.

El estanco de Primitiva ocupaba una casita con cuatro habitaciones en los altos y tres abajo, de las cuales una, con su mostrador y estantería repleta de cigarrillos, constituía el pequeño negocio, otra más al interior, la cocina, y finalmente la que quedaba paralela al estanco venía a ser algo así como el tabernáculo donde se oficiaba, so pretexto del julepe o del tute, el culto a Cupido en la forma más platónica que imaginarse pudiese... Allí se congregaba la juventud de ambos sexos a tejer idilios, enhebrar madrigales y jugar al tute...

Doña Perfecta, valetudinaria señora que arrastraba su reuma tras el minúsculo mostrador, atendía el negocio (y no también que alguno de los contertulios no hubiera en algunas ocasiones de prestarle ayuda a costa de dos o tres paquetes de cigarrillos

que se distraían en sus manos pecadoras...) y Primitiva, muy cotorra y muy fea, deshacía en atenciones y frases alusivas que ruborizaban a los asistentes, en su mayor parte párvulos y estudiantes. Parlábase allí de noviazgos, matrimonios, y sobre todo, de la situación económica de los posibles contrayentes... y de la familia hasta la cuarta o quinta generación...

Iban llegando los "habitués" de nueve a diez de la noche y mientras tomaban colocación en la mesa, Primitiva volaba como una avispa mordiendo frases y picando a todo cristo con la aguja de su lengua.

Los preliminares del rito consistían en la colocación del viejo paño apolillado, circunstancia que aprovechaba Primitiva para estremecer a los asistentes con la estridencia de su voz penetrante y desagradable:

—¡Buenas noches! Juan Ramón, y tú Antero y tú Cayetano y Tú Toyita... ¿Qué vos parece del tiempo? Ya se va sintiendo frío y este año con el carbón por las nubes no vamos a tener reuniones... ¿Fijásteisvos la camisa de seda que traía hoy Arturo? ¿Visteis los calcetines de Luis? ¡Qué suerte!, esos como son ricos pueden hacerlo... ¡La que se case con uno de ellos ya hizo la América sin pasar el charco...

Un silencio fugaz y continuaba:

—Ya está la mesa lista, ¡a sentarse!... A ver tú, Juan Ramón, aquí, Conguina siéntate al lado... ¡no pongas esa cara hombre, si ya sabemos que te gusta!... Cayetano y Nieves allá. ¡Cuidado con las manos!... Lo digo porque cambian las cartas... ¡no seáis mal pensados!... Luis, Mercedes acá... y así sucesivamente sin dar paz a las manos y sin cortar el chorro de su charla hasta que quedaban todos ubicados estratégicamente...

En San Antón, el estanco y bisutería de doña Adoración Nogales, rivalizaba con el anterior descrito en la venta de cigarrillos y demás adminículos, y más que en nada, en el esplendor y lucimiento de sus clásicas reuniones... ¡Apostaríamos un riñón que, aunque disminuyera la venta de manera alarmante, no causaba en su dueña mayores apremios, ni por ello desaparecía la gélida sonrisa que iluminaba su semblante!... En cambio, ¡nuestro Señor Jesús del Gran Poder nos ampare! si alguno o alguna de los tertulianos se dejaba cautivar por el enemigo y cambiaba, en vergonzosa huída, su campo de operaciones... Doña Adoración caía en cama, víctima de insoportable jaqueca y los contertulios veíanse en el duro trance de ejercitar una de las obras de misericordia: ¡Consolar al triste! ¡Y era que hacíasele insufrible el fallar de sus cálculos en las amorosas lides!... pues, el renombre de la casa tenía su origen, precisamente, en haber contribuído a enganchar varios varones al dulce yugo del matrimonio...

Había pasado su juventud sintiendo marchitarse sus dorados ensueños en espera del hipotético marido que no quiso, por una jugada del destino, llegar nunca... Delgada y pálida, con esa palidez de las cosas desvaídas, ojos soñadores y enfática prestancia, trataba de cristalizar en los demás sus ilusiones y sabía como nadie manejar las pequeñas intrigas que nacen de cualquier cosa insignificante y terminan por arrollarlo todo. Con la mayor circunspección y medida, lanzaba la primera chispa en el caldeado ambiente de Canzueles y como caía sobre pólvora, en corto espacio producíase el incendio...

Hablaba en trémolos sostenidos, con voz aflautada y pegajo-

sa, intercalando hondísimos suspiros y jugando sus ojos vivaces vertiginosamente:

—¡Ay! Luisita, contáronme que Arturo, anoche, estuvo donde la "tarasca" (aquí pongamos el nombre de su rival) que sentáronle cerca de Conguina, que ya sabes lo falangera (3) que és. ¡Señor! sin compasión del "probin" de Juan Ramón que pírrase por ella, y dejáronlos solos... ¿Qué te parece? Pues ahora, sucedió lo que tenía que suceder: ya está el cubanito dándole "parola" a la rapaza y los padres... ciegos... ciegos... ¡Si lo digo yo! sin seriedá no vamos a ninguna parte... ¿Qué dirías tú si te dejara sola en mi casa con José Luis? ¡Había, en conciencia, de parecerte bien? ¡No pensarías tú y los tuyos que tales alcahueterías no están decentes? ¡Sabes lo que te digo? Esa "paxarona" lo que trata é de pescar los miles de duros del americanu, porque como tú sabes, Conguina é pariente en tercer grado de ella y esa... acostumbra siempre a barrer pa dentro...

Luisita, vivaracha y liviana como una mariposa, respondíale con relativa seriedad:

—Adoración, mujer, no te quemes la sangre; déjalos que se diviertan, ya volverá al redil...

Y Adoración, revolviendo los ojos en suprema y muda indignación, proseguía sus tareas domésticas a tiempo que la juventud levantaba el vuelo entre risas y pullas comentando el cambio de frente del simpatiquísimo Arturo.

LOS AMORES DE JUAN RAMON

Efectivamente, Juan Ramón, durante su estancia en Canzueles, acudía noche a noche al estanco de Primitiva y no tenía ojos sino para Conguina. Mirábala ardientemente con esa ilusión que produce en el alma el despertar de nuestros adormecidos instintos.

Aquel año, había sentido con más fuerza que nunca una misteriosa e irresistible atracción hacia aquella simpática amiguita de la infancia, que los años habían trocado en un espléndido capullo.

Las bromas de sus amigos iban despertando en él sentimientos indefinibles e insospechados que hasta entonces jamás habían rozado su imaginación. Al penetrar, con vacilantes e inexpertos pasos, en los umbrales del gran misterio de la vida, entrábanle congojas angustiosas y desasosiegos profundos.

Cuando la noche extendía el difuminio de su sombra sobre los relieves del paisaje, recortados en el magnífico fondo del crepúsculo, trocándolos en inconsistentes pincelazos de vagas e imprecisas tonalidades, Juan Ramón, que solía acompañar a

Conguina breves instantes que volaban como un sueño, sentía dentro de su pecho los latidos acelerados de su corazón y al mirarla en los ojos, en aquellos ojos negros y profundos, una voz misteriosa, ¡no sabía de dónde! soplabale muy adentro como un escalofrío:

—¡Anda, tonto, bésale los ojos! ¡Y la boca! ¿No ves que rica? ¡Sabe a mieles! ¡Como la ambrosía jugosa de esa carne roja y sangrante pegada al hueso de los melocotones!...

Recorría su cuerpo una vibración infinita y un ansia mortal de goces desconocidos. Quería hablarle, traducir, plasmar en frases la divina emoción que a su vista le embargaba... pero, la frase moría en sus labios, ahogada en un pudor immaculado y una timidez irresistible mataba en flor las arrogancias de su espíritu. Sólo acertaba a decir con voz estrangulada:

—Conguina. ¿Vas a ir esta noche a casa de Primitiva?

Nublaba los ojos de Conguina una sombra de desencanto y una ráfaga de asombro cruzaba veloz las líneas impecables de su cara, esperaba de Juan Ramón otra cosa... algo que ella presentía, que adivinaba en la mirada clavada en la suya con insistencia voraz de hambres insatisfechas...

Contestaba:

—Sí, iré, ¡quién sabe!... si tú quieres...

—¡Si puedes!... Me gusta estar contigo; si tú no fueras yo tampoco iría. Ya ves, ayer que no fuiste, me retiré inmediatamente... luego dijéronme que Arturo había estado paseando contigo...

—Sí, pero te juro... yo, la verdad, ¡puedes creerlo! Arturo no me importa un pito... El viene y yo no voy a echarle...

Juan Ramón tragaba la amargura de estas frases, afanábase

por traslucir toda la inmensa ternura que le angustiaba, pero ¡nada! al rebuscar en los recónditos aposentos de su cerebro la coordinación precisa para cristalizar aquel mundo de emociones, hallábalos vacíos y sólo atinaba a tartamudear:

—¡Ya ves... si tú quieres vas... yo voy a ir... Arturo también...

Entonces Conguina, que no adivinaba, que no podía adivinar la lucha formidable que se libraba en el alma de Juan Ramón, daba media vuelta y contestaba sonriendo:

—Bueno, iré; ¡hasta luego!

Retirábase Juan Ramón y a solas después consigo mismo enfurecíase de su cortedad, de aquella timidez que le hacía fracasar cada vez que intentaba pronunciar la frase sacramental que la costumbre establecía: "de pedirle relaciones"...

Pero lo que en él era timidez, acaso debida a falta de experiencia en las lides amorosas o al desmedido respeto que instintivamente y por efecto de su educación profesaba a las mujeres, en la pizpireta Conguina, juraríamos sin temor a equivocarnos, que constituía táctica puesta en juego por su artificioso femenino como trampa en la que atrapar al incauto Juan Ramón, no para llegar al matrimonio, que no podía ser por la edad prematura del protagonista, sino por halagar su vanidad de hembra y hacer su juego en la balanza en cuyo otro platillo, la simpatía, el armonioso ceceo y los miles de duros de Arturo, hacíanla oscilar sensiblemente.

Arturo, juguetón, alegre, con esa precocidad del nacido en los países cálidos, y el optimismo de sus veinte años, dejábase querer amablemente, causando así la desesperación de los dos bandos, sin que ninguno fuera capaz de retenerle.

Primitiva, ducha en argucias femeninas, tentaba suerte allanando el camino con frases intencionadas y equívocos de doble filo dirigidos a Conguina y Arturo, que recibía los saetazos con alegría contagiosa haciendo ruborizarse hasta las orejas a la tímida paloma...

A todo esto, las respetables señoras y los dignísimos papás fingían malhumorado escándalo, abominando de aquellas intriguillas... pero, en el fondo, agradecían profundamente los desvelos de Adoración y Primitiva para emparejar a los tiernos pichones de la coronada villa de Canzueles.

NOCHES DE VERBENA

En muchas ciudades de la península, las clásicas verbenas cobraron merecida y justa fama, dando origen a que fueran inmortalizadas por eminentes músicos y notables escritores. Chisperos y manolas, modistillas y estudiantes, ponían la gracia picante del piropo y la sal de su flamenquismo y chulería. En Canzueles, sin esos adornos que constituyen la prestancia del puchero, resultaban las verbenas de una insulsez desconsoladora, ya que se efectuaban en ambiente descolorido y acudían a ella en vestimenta diaria y sólo para levantar nubes de polvo, arrastrando unos schottisch desastrosos y marcando pasodobles detestables. Pero, si como fiesta no valía gran cosa, en cambio, como motivo de jolgorio y de honesto entretenimiento, era en la Villa lo único que lograba entusiasmar a la juventud de ambos sexos, incluyendo, como explicamos anteriormente, señoritos, artesanos, doncellas y maritornes y, además, a la revuelta juventud que militaba en ambos bandos, que hacía tregua en tan solemnes ocasiones...

Los tímidos galanes, aquellos que establecían contacto, por

primera vez, con el sexo enemigo, iniciaban temblando las insinuaciones del caso para lanzarse al baile; ¡y eran de ver las congojas y desasosiegos a que daba lugar su nerviosidad de principiantes! Cuando el viejo organillo de don Perfecto Repulido, lanzaba sus notas saltarinas a los vientos, abríanse en corro los nutridos verbeneros y las parejas enlazábanse, marcando el paso lo más gallardamente posible sobre la polvorienta pista, que era generalmente la calle pública. Después entraban los señoritos y por último los principiantes, quienes susurraban entre sí preguntas cargadas de emoción:

—¿Oye tú? ¿Bailaste con Julita?... ¡Sácala a ver si acepta!

Aquí venía el prender el cigarro, tirarse furiosamente del vestón, arreglar la corbata, arrojar el cigarro... y, avanzar, con cauteloso paso, hasta Julita que torcía el gesto con un mohín de suficiencia aterrador... Carraspeos en la voz, pausa, y por último, una tenue insinuación:

—Julita, ¿bailamos?

Otra pausa más larga, mirada de Julita en círculo, angustias atroces del debutante, y, por fin, la anhelada respuesta:

—¡Bueno!

Atolondramiento, primeros pasos vacilantes, ¡un tropezón!... ¡jay!

—¡Perdone usted!

Nueva tentativa, otro tropezón...

—¡Disculpe!

Indignación de la pareja atropellada...

—¡Podían aprender a bailar antes de meterse a hombres!...

Mortales congojas del novicio, azoramiento de Julita, pérdida del compás y de todo cuanto había que perder... y por

final, retirada de la pista, en tanto que la chica protestaba airada:

—¿Por qué la sacarán a una estos chiquillos?...

Juan Ramón rondaba cabizbajo buscando disimuladamente a Conguina... ¡No estaba!... Un paseo hasta su casa para tropezarla en el camino... ¡Nada! ¡Ni rastros de ella! ¡Habíale prometido venir... ¿Dónde estaría? ¡Vuelta a la Verbena... ¡allí! ¡allí! divisaba a su enemiga, en brazos de Arturo, jaleando su cuerpo al compás de una voluptuosa habanera... ¡Celos! ¡Celos feroces!... y el inocente cigarrillo que pagaba las consecuencias...

Como el automático piano era un tornillo sin fin, que giraba, repitiendo la pieza, a voluntad del señor Repulido, algunas tocatas duraban una eternidad y la juventud masculina para defender sus energías del agotamiento físico, acostumbraba a relevarse dejando todo el peso de la jornada a las femeninas parejas. Y a fe que muy de su grado, pues, como es sabido, en la variación está el gusto y las mujeres, de Eva acá, en habiendo tela donde elegir, no hay fatiga que las apodere, ni cansancio que las rinda...

Por eso, Juan Ramón, en uso de la costumbre, acercóse a Arturo y díjole:

—¿Me hace el favor de cederme la pareja?

Y Arturo:

—¡Con mucho placer, mi amigo, si ella consiente!...

Conguina, alentando la incipiente rivalidad, mientras se entregaba en brazos de Juan Ramón, ponía los ojos en blanco al simpático cubano...

Durante los meses de verano, las verbenas menudeaban que

era un contento... ¡Con reunir, diez o doce pesetas que importaban, el organillo y unos farolillos, cuya luz vacilante colgaba de los alambres tendidos en los postes, verbena "habemus"...

Tirado por "Tolín", que metía su cuerpo en varas con la destreza de un buen jamelgo, la máquina musical recorría el pueblo haciendo sonar, en cada esquina, lo más selecto de su repertorio...

Los vecinos curioseaban en los quicios de las puertas:

—¿Verbena tenemos?

—¡Verbena tenemos!

—¿Adónde?

—En San Antón.

Al día siguiente, la misma canción:

—¿Verbena tenemos?

—¡Verbena tenemos!

—¿Adónde?

—En la Pontiga...

Y así sucesivamente, con regocijo de todos y en mayor grado de la gente moza...

Una sola persona había, sin embargo, que, por la orden de su profesión y el ascetismo que mordía sus carnes, harto magras y entecas, no perdía ocasión de anatematizar, desde el púlpito, en las familiares reuniones en que era asiduo tertuliano, y para acabar, en cuanto actividad tenía atingencia con el ejercicio de su divino apostolado, a los inocentes pasatiempos que significaban aquellas dichosísimas latas musicales que eran el pan de cada día en la perínclita villa de Canzueles...

El lector supondrá que nos referimos al señor Cura don Nicéforo del Robledal, párroco de Canzueles, varón de edad pro-

vecta, rígidas costumbres e intransigente en cuanto significara mundanales devaneos.

Y aquí conviene a mis propósitos una ligera descripción de sus virtudes (que tenía muchas) y lo haremos colocándole frente a frente de nuestro amigo y conocido don Emerenciano Cañueles, de la parroquia de Sotrances. El primero, don Nicéforo, sacerdote por vocación, ejercía su ministerio con la sana intención de conducir el rebaño hasta las mismas puertas del paraíso, sin que, ni una sola de sus ovejas, errara el camino...

Para ello, es justo reconocerlo, comenzaba con el ejemplo de su ilimitada caridad, allí, en su casa, no golpeaba nadie que saliera con las manos vacías; daba cuanto tenía que dar y antes le faltara a él de su mísero y parco yantar, que hubiera de negar una limosna solicitada por el amor de Dios.

Don Emerenciano, y el Señor nos perdone si faltamos a la verdad, gozaba de buena mesa y solía recorrer, con harta frecuencia, las más opíparas de sus feligreses, ingeniándose para llegar, siempre, en el momento oportuno del condumio...

Este bajo menester, de engullir los alimentos, efectuábalo como un rito, y ya podía caer la torre de la catedral de Oviedo antes que él levantara la vista del rebosante plato, en tanto quedara en la lisa superficie un átomo de substancia... Comía lindando los límites de la grosería y los líquidos de marca (y los no de marca) sumíanle en el desideratum del placer...

Don Nicéforo, como no fuera en el Santo Sacrificio, ¡ni los cataba!...

La buena y regalada vida gastronómica considerábala tentación de la carne y así pasaba unas hambres homéricas...

Conocía a todos sus vecinos (que no eran pocos) y guardaba

en su feliz memoria, los nombres y apellidos, de ellos y de sus ascendientes, hasta la cuarta generación.

Las pláticas dominicales versaban sobre los versículos del Evangelio y duraban media hora. Comenzaba con voz inaudible y susurrante, emitiendo en latín (¡qué maldito quién le entendía!) las proposiciones del discurso, traduciéndolas al castellano; poco a poco, iba levantando la voz y alargando el ademán oratorio hasta culminar, en los períodos álgidos, en verdadera batalla de gritos, imprecaciones y revuelo de brazos, que aterrorizaban a los sencillos asistentes. Después, cuando el ambiente estaba caldeado, y propicio, insinuando la más meliflua de sus sonrisas, ahilaba la voz hasta perderla en las regiones de lo inescuchable...

Un suspiro de alivio estremecía las naves de la iglesia y cuando el azorado corazón del auditorio comenzaba a buscar su centro de gravedad y los semblantes perdían la grave tesitura muscular, de nuevo la voz de don Nicéforo tronaba conminando los vicios que corroían el alma de la humanidad y, de seguido, comenzaba a citar casos y ejemplos, tan a lo vivo y tan sabidos, como ocurridos en la propia Villa, que, a los afectados, subíaseles el color al rostro y pasaban las de Caín bajo el fuego de las miradas delatorias.

Recorría con los ojos, espaciosamente, a la concurrencia y con fijeza tal, que parecía que los miraba uno a uno.

La voz tornábasele opaca:

—¡Aquí faltan muchos que no debían faltar! Ellos sabenlo y también yo, y los que aquí están deben saberlo. Pecado mortal, y de los graves, el no asistir al Santo Sacrificio de la Misa los domingos y fiestas de guardar... Este día débese a Dios

y hay que cumplir con El. ¡A buen seguro que esos que faltan, esta noche, como de costumbre, serán los primeros en acudir a la verbena!... ¡Téngoos dicho, y repetidas veces, el peligro que encarnan los bailes!... ¡Esos bailes "agarrados" donde confúndense los alientos y van los pechos juntos y las manos haciendo de las suyas!... ¡Pero, hacéisvos los sordos, con grave daño de estas rapazas, palomas inocentes, que entregáis sin escrúpulos a las garras de los gavilanes!... ¡Cuándo será que vois déis cuenta que el demonio no duerme y que la carne es flaca y que es ofender a Dios ponerla a peligro de caer en tentaciones?

¡Consternación profunda!... Las madres que en su juventud habrían, seguramente, bailado como trompos, dirigían miradas de cruda reconversión a las azoradas nenas y los jóvenes maldecían, con toda buena fe, al místico de don Nicéforo que ponía en peligro sus alegres reuniones.

Don Emerenciano hablaba más a la llana, su figura y su cara rellena dábanle aspecto de hombre feliz y poco propicio a las duras disciplinas y cilicios...

Subíase al púlpito contoneando el cuerpo, y sacando el roquete con ademán torero, peroraba sencillamente, como en casera conversa, intercalando palabras del dialecto, y llamando a los feligreses burros con las seis letras:

—El Evangelio de hoy nos dice cómo Jesús después de la Cena... ¡Pero qué vais a entender de todo esto vosotros, baba-yos!...

Y no seguía... Lanzaba cuatro frases gruesas contra los que trataban de desacreditar a los ministros del Señor, constituyendo el más horrendo de los pecados y bajaba, graciosamente, de

la tribuna calando el roquete sobre los ojos y sonriendo a todo el mundo...

Don Emerenciano, preso en las flaquezas de la carne, cumplía sus deberes sacerdotales rutinariamente; bastaba mirarle el rostro cuando breviario en mano paseaba bajo los porches de la iglesia, para leer en la expresión amorfa de su cara que la imaginación vagaba muy lejos de la Corte Celestial... ¡Acaso no pecaríamos de indiscretos si la trasladáramos a la pocilga de la rectoral, donde criábanse a cuerpo de rey, dos o tres cerdos, suculenta promesa de futuros atracones, en los que habían de hundirse sus fauces chorreantes.

Don Emerenciano representábanos lo deleznable, lo grosero y material, la carne fofa roída por la gula y la concupiscencia en la que, el alma, vivía una existencia anodina y moribunda.

No así don Nicéforo del Robledal que para nosotros constituía lo esencial: alma, espíritu, misticismo.

En aquellas magras carnes no tenían dónde hacer presa los apetitos desordenados, y aunque iba muy lejos en sus exigencias para con nosotros, míseros mortales, perdonábansele aquellas sus cosas en atención a la rectitud de su vida y la sobriedad de todos sus actos...

"JUVENTUD, DIVINO TESORO ...

Acaeció que como despedida del verano la bullanguera juventud canzuelense, organizóse en un paseo campestre al vecino lugar de "Las Arrieras", y esto, que no tenía nada de particular por cuanto debía efectuarse a la luz del astro rey y por caminos carreteros traficados constantemente, cobró inusitada importancia debido a los medios de locomoción elegidos por la alegre muchachada.

Ocurrióseles cabalgar en burros (que desde el Rucio de Sancho hasta la fecha, tiéneseles por cabalgadura asaz mohina y belicosa, ¡sobre todo cuando van en la reata, pollinos y pollinas...) y vino a suceder lo que la naturaleza ordena y estatuye en sus sabias disposiciones atañeras a la reproducción ordenada de la especie, ya sea asnal o de cualquier otro orden de animales, que sólo por el instinto rigen sus apetitos naturales...

¡Allí fué Troya!... Adoración que distendía sus flácidas extremidades sobre los lomos de un alborotado "garañón", vióse en aprietos inenarrables para sujetar los ímpetus de la bíblica cabalgadura que se iba ¡como un demonio! sobre la albarda que

sostenía el esqueleto de Primitiva, a tiempo que lanzaba a todo viento la horrisona trompa de sus más furiosos y descomunales rebuznos!... ¡Gritos! ¡Ayes! ¡Palos! ¡Coces!... jinetes que trataban de interponer los suyos, más sosegados y tranquilos por faltarles aquello que les dotó la naturaleza, y por fin estruendosa caída de Adoración y el terrible garañón que, sin respeto a los presentes, súbese furiosamente encima de Primitiva con ambas pezuñas y arráncale de un mordisco la mitad del moño...

¡Y aquí de tirarle de la cola, y allá de dar palos y acullá de taparse el rostro con rubores y congojas y risas mal contenidas y por fin la consumación de los hechos... y desbandada general de todo el femenino cuerpo de excursionistas...

Tornar al pueblo y saberlo, cé por bé, hasta cien leguas a la redonda, fué una misma cosa... Recrudesciéronse las hostilidades entre Primitiva y Adoración, momentáneamente depuestas en honor de la fracasada excursión, y al domingo siguiente, la voz de don Nicéforo atronó las silenciosas naves de la casa del Señor, hablando de Sodoma, Gomorra y de la destrucción total del pueblo babilónico...

A raíz de aquella malhadada jugarreta del destino que puso en grave aprieto la honestidad y decoro de los canzuelenses, siguióse una temporada de comentarios, atribuyendo a mala fe lo que había sido nada más que una desdichada circunstancia. Adoración Nogales culpaba a Primitiva y Arturo, que le había facilitado el belicoso burro, diciéndole a sus relaciones:

—¡Decíaboslo yo! Cosa en que se meta esa "paxarona" no puede salir bien! ¡Juraríalo que ella fué la que aconsejó a Arturo para que me trajera ese demonio de burro! ¡Virgen Santísima, créi morirme! ¡Qué escándalo, Señor! ¡Si no pude suje-

tarlo ¡vaya! fuése encima como los demonios, que traíalos en el cuerpu; ¡estoy segura! así lo confesé con el señor cura, ¡puso una cara!... ¡Virgen!- ¡Virgen! ¡Virgen de Covadonga!... ¿Qué me daría a mí por meterme en libros de caballerías y de cabalgates cuando en mi casina estaba como una princesa? ¡No! lo que es en otra van a tardar en verme... ¿Cómo se reirá la pelandusca de Primitiva?...

Y, naturalmente, la pelandusca de Primitiva, por su parte, no se quedaba corta y decía a quien quería oírlo:

—¡Pero, mujer, si fué ella! En cuanto salimos y vi que no se apartaba de encima de mí, avisela yo que el tal burru esí no tenía ni pizca de buenas intenciones. —¡Adoración, mujer, fíjate que el burru es un garañón!—Y Adoración pa riba y Adoración pa bajo y ella cada vez más cerca, hasta que, clarú, tanto va el cántaro a la fuente que... ¡Y ahora, que ocurrencia! antójasele decír que la culpa es mía... ¡pues si no me bajo de la pollina menuda la tarde que me hecho... ¡Si era una fiera! ¡Jesús! ¡No quiero ni acordarme! ¡Pensé quedame calva! ¡Díome un mordisco atroz! Y gracias a que me tiré como pude ¡si no, no cuento el cuento!...

Los tertulianos contenían a duras penas la carcajada y las narinas ruborizábanse al recuerdo del desaguisado cometido por el encelado garañón...

Juan Ramón, que por una ligera indisposición, no había podido asistir a la fracasada excursión, gozaba ahora lo peregrino del suceso y picaba con sonrisas y equívocos la sensibilidad alborotada de todos sus amigos y amigas, que habían de hacerse amables y echarlo a la risa...

ROMERIA DE LA SANTINA

Ya, algunos árboles, desnudaban la frondosidad de sus ramas dando al viento el mustio terciopelo de sus hojas y el sol jugaba en los caminos débil claridad amarillenta; íbase el verano a toda prisa dando paso a la amada estación de los poetas y los frondosos castaños dejaban asomar entre el verde palpitante de sus hojas la pompa, oro viejo, de sus frutos, y ya, la coronada Villa de Canzueles saturábase del melancólico ambiente que precede a los adioses, cuando la bullanguera muchachada organizaba el programa de las fiestas de Nuestra Señora de Covadonga.

Todos los años, el día 8 de septiembre, los habitantes del concejo y de muchos puntos de España, reuníanse en peregrinación solemne a la Santa Cueva, vencedora del infiel sarraceno y principio de la reconquista de España. ¡Allí, en aquellas ingentes montañas, un puñado de valientes ayudados por las fuerzas poderosas de los elementos, arrollaron los ejércitos de Alkamak, que huyeron despavoridos, azotados por la espada flamígera de la ronca tempestad, enturbiando las cristalinas aguas

del Deval!... ¡La Virgen, "pequeñina" y galana, posó sus plantas divinas sobre el granito de la oquedad cavernaria, infundiendo a Pelayo y su gente, los titánicos arrestos de la victoria! ¡Y allí, donde el agua pavorosa se despeña, cuenta la tradición que luchan, por los siglos de los siglos, las almas de don Rodrigo y del traidor don Oppas...

Aquel año, no sabemos porqué motivos, amenazaban nefastos presagios sobre la pompa y brillo de las festividades de Nuestra Señora. Nadie quería tomar sobre sus hombros la pesada carga de organizar comisiones, recoger fondos, entusiasmar romeros y dar vida a la fecha famosa en todos los contornos. Habíase perdido la esperanza de celebrar el día de la "Santina" (diminutivo con que el pueblo nombra a la imagen venerada) cuando surgió la idea entre la jarañera juventud estudiantil de formar la comisión de fiestas. Reuniéronse, pues, en el enrejado portalón del Ayuntamiento: Ramonín Coyanes, Saturnino el de la imprenta y César Pedregales, apodado el "Nene" y, ni cortos ni perrezos, decidieron salir en recolecta de fondos...

Acompañábalos también Juan Ramón, y a decir verdad, no era comisión de suficiente prestigio, atendiendo a la edad de algunos de sus miembros y a ciertos dimes y diretes que pesaban sobre los demás... así que el pueblo, si se desprendió de algunos cuartos, hízolo muy parcamente y con manifiesta desconfianza...

¡Había motivos para ello y la verdad vino a dársela los acontecimientos!... Apenas la flamante comisión reunió unos cien-

tos de pesetas y ya se supieron en el pueblo de una serie ininterrumpida de comilonas y otros dispendios que hicieron disminuir los caudales, de suyo harto exiguos, a tiempo que aumentaban las murmuraciones del vecindario que barruntaba haber tirado su dinero por la ventana...

Pero cuando el descontento adquirió caracteres de gravedad insólita, fué después del viaje que efectuaron al mismísimo Santuario, en cuyos alrededores, la compañía inglesa del mineral de Bufarrera, tenía sus oficinas instaladas. Hablaron a los jefes, cuya generosidad no fué desmentida, y sacáronles unos cientos de pesetas que fueron a parar, no a la bolsa donde se guardaba el total de lo recolectado, sino a los bolsillos del dueño de la fonda "La Roxa" en cuya cocina es fama la rica fabada asturiana y un vinillo de Valdepeñas de propósito para soltar la "parpayuela" (4) y olvidar penas...

Era una de esas tardes azotada por la furia de los vientos, densos nubarrones obscurecían los trozos del firmamento que los huecos de las montañas dejaban admirar por entre las granitas breñas, las horas tornábanse tenebrosas, el rayo comenzó a surcar como una centella seguido de su música tronante, el eco repetía el horrisono estruendo y las nubes volcaban a raudales el contenido de su ventrudo seno sobre los caminos polvorientos...

Parecía que otra vez los cielos lanzaban el formidable poder de sus misteriosas fuerzas sobre la tierra. Enfriáronse las celestes regiones y comenzó a granizar como si dieran palos... Ponía pavor en el ánimo más templada aquella manifestación del poder omnipotente. ¡No había, sin embargo, moros que combatir, patria que libertar, ni religión que defender de los odiados infieles... acaso, sí, algunos pecadores a quienes confundir, y si

las intenciones del Supremo Hacedor fueron éstas, a fe que lo consiguió cumplidamente.

La procesión de romeros llegada de la vecina Villa de Infiesto, que había elegido aquel día para ofrecer sus devociones a la Virgen, guarecióse de la furia incontenible que desplegaba la nubada, en la fonda de los Canónigos, hasta que amainaron las celestiales cataratas y un sol enfermizo columbró por sobre las altas montañas, abriantando los pomares y jugueteando en los mil arroyuelos que rayaban caprichosamente las enhietas faldas.

El grupo de improvisados comisionistas pasó la chubasquina en la mentada hostería "La Roxa", y como iban calados hasta los huesos, la señora Ramona condújoles a la cocina, en la que ardía un fuego acogedor que convidaba al reposo y no daban ganas de apartarse de él.

El Nene, que llevaba la bolsa y tiritaba bajo un trajecillo de humildísimo dril, haciendo sonar la calderilla, propuso decidido:

—¿Qué vos parece si mandáramos preparar algo pa la gazuza?

Juan Ramón:

—No se debe tocar eso (y apuntaba la bolsa); no es nuestro.

Saturnino:

—¡Eso son bobaes, date cuenta que estamos al borde de una pulmonía y que esto paez la acabación del mundo!...

Ramonín:

—¡Señora Ramona! ¡Ilustre amiga mía! Tenga la bondad de soltar el chorro de sus conocimientos culinarios para elegir los platos.

El "Nene":

—Y el vinillo, salvo oposición en contra de la honorable mayoría...

Juan Ramón:

—Aquí no estamos en sesión del Ayuntamiento y opino que no hagamos tonterías que den que decir en el pueblo...

Saturnino:

—¡La machada sería pasar hambre y frío con quinientas del ala a nuestra disposición...

Ramonín:

—¡Aprobado por mayoría! ¡Vengan de ahí, señora mía, unas truchas en aceite y una habas que deben de ir con los correspondientes aditamentos de: jamón, chorizos, morcilla, etc... etc... como usted sabe y a este pecador le gusta...

Cuando en la noche de aquel día, de vuelta ya en el pueblo, la comisión bajó del diminuto tranvía que corre a Cueva-Honda, algunos vecinos que esperaban su llegada en los andenes, pudieron comprobar el estado lamentable de los honorables miembros que a duras penas alcanzaban a bajarse de los vagones, mientras entonaban a voz en cuello los primeros compases de la Internacional...

A la mañana siguiente cerníase sobre la villa de Canzueles agoreros vientos de tempestad, mayores y más graves, que los que habían azotado, el anterior, los cuerpos pecadores...

—¡Esto no puede ser! ¡Es un escándalo! ¡Gastar a tontas y locas un dinero sagrado, que es, en buenas cuentas del pueblo!

Decíalo así un concejal de la oposición que hablaba siempre en tono oratorio y ademanes solemnes...

—¡En horas luctuosas para la colectividad y cuando estamos

bajo el flagelo de los indómitos elementos, las juergas y las parrandas a costa del vecindario, claman justicia y ejemplar castigo para el delincuente o delincuentes...

Expresábase en estos términos Liberato Roncales, recién titulado de juriconsulto...

Referíase, sin duda, al emitir aquello de "luctuosos", que las aguas del "Chorrón", arroyuelo que cruza San Antón, ahogaron un rollizo cerdo de Pepín, el Herrador...

—¡Estos mozuelos harían bien en rendir cuentas para que todo el mundo sepa qué se ha hecho de su dinero...

Y efectivamente se rindieron cuentas... ¡y qué cuentas!... ¡las del Gran Capitán fueron tortas y pan pintado al lado de las que aparecieron en la edición sabatina del semanario de la localidad!

Punto por punto y capítulo por capítulo, a dos columnas, con el correspondiente "Debe y Haber" (aunque ya no había absolutamente nada) aparecieron las entradas y los gastos con lujo de detalles, y con letras bien "gordas" los nombres de los donantes, cuya cantidad era exigua y cuyas protestas sobrepasaban con mucho a su desprendimiento...

Y allá, burla burlando, salieron las fiestas. Contratáronse un cornetín, bombo y platillos que atronaron las calles y el popular Quiroga inició un proyecto de iluminación veneciana, que salió a la turca, poco más o menos.

El pueblo, entre la disyuntiva de meter presos a los entusiastas comisionistas, optó por echarlo a broma, que fué prueba de sensatez y de buen gusto.

EL GRAN MISTERIO

No había experimentado en carne propia, Juan Ramón, la voluptuosidad del amor...

Todo cuanto sabía al respecto, habíalo aprendido de "oídas" entre compañeros de toda edad y condiciones: frases veladas, alusiones de doble sentido y algunos libros pornográficos, despertaron en su imaginación el ansia incontenible de las divagaciones, reconstruyendo en el pensamiento el acto físico con insistencia enfermiza, hasta convertirle en un verdadero martirio de su ardorosa fantasía. ¡Cuántas noches, después de la lectura preñada de inmundicias, desasosegada, tremante el alma de angustias, hasta entonces libre y dichosa en la serena región de la inocencia, se tornó cobarde cautiva del tiranuelo de la carne!...

¡Ah! cómo se hundía en el fango, ahogándose en estertores de muerte, la flor delicada de su inocencia, cultivada con exquisitos cuidados por su santa madre doña María de las Mercedes!...

¡Pero ya no había remedio! El soplo del gran misterio habíase aposentado en él causándole una sobreexcitación que le hormi-

gucaba por todo el cuerpo y le hacía bajar la vista delante de las mujeres...

La maliciosa inquietud de unos ojos, el gesto más inocente, la frase delicada y de serena intención, antojábansele, dentro de los adornos con que las cubría en su afiebrada imaginación, la mirada insinuante, el gesto de lubricidad descarada y la frase preñada ¡quién sabe si de qué inconfesables vibraciones que le acariciaban el alma, acuciando sus sentidos hasta la audacia!...

Y evitábale caer en groseras tentaciones de llevar a los hechos las deshonestidades de su fantasía, aquel respeto que tenía por su madre, firme y saludable freno a sus incipientes concupiscencias.

Cuando llegó a Sotrances, de vuelta de su veraneo, vino a saber que aquello que le trastornaba los sentidos en fuerza de inmaterializarlo en las regiones del ensueño, era de una vulgaridad desoladora...

Pero veamos lo que pasó, sin que sufra menoscabo la honestedad y sin que se sienta herido el decoro, ¡que yo bien sé que se puede hablar en crudo, sin llegar, ni tú lector o lectora, a ruborizarte del comentario, ni yo avergonzarme de haberlo escrito!

Hasta el vecino puerto de San Esteban de Pervises habían llegado, por gozar de la templada temperatura del verano, dos chicas, naturales de la capital provinciana que se llamaban:

Pura e Isabel.

A la primera no le cuadraba el nombre, si atendemos aquí a la pureza de la carne... Era conocida en todos los barrios de la ciudad y recibía en sus habitaciones gente de toda clase y condiciones, sin importarle un ardite lo que la maledicencia humana hubiera de comentar...

Y la segunda, a juzgar por su edad y la tímida expresión de sus ojos, debía ser de las que se dicen principiantes en el voluptuoso culto a Venus Afrodita...

Pura:

Una morena graciosa, de ojos claros y brillantes, cuerpo entrado en carnes, sensual, apetitosa, con una dentadura muy blanca y bien cuidada y unos hoyuelos, en la cara, tentadores...

Isabel:

Muy nena, joven y bonita, parecía la inocencia personificada... Mimosa y querendona, entregábase al placer con una inconsciencia admirable.

Ocupaban una habitación en un conocido restaurante de la localidad y casi siempre salían juntas; paseaban por el muelle hasta la punta del rompeolas y gustaban contemplar los asombrosos crepúsculos sobre la inmensa sábana del mar... Visitaban, muy a menudo, los barcos surtos en el puerto entre cuyos oficiales elegían sus víctimas... y no era raro verlas marchar en su compañía hasta el hotel, cuyo dueño hacía la vista ciega y los oídos sordos...

Alcibíades Riveira, hijo del hotelero y gran amigo de Juan Ramón, sentía por Pura uno de esos caprichos pasajeros que a su edad nos hacen cometer toda suerte de tonterías...

Un día, en que habían de celebrarse las fiestas del Santo Patrono del pueblo con un baile en el Casino, recibió Juan Ramón una tarjeta de su amigo, en la que le invitaba a la fiesta, recomendándole dos cosas.

Primera, que no dejara de ir por motivo alguno, y segunda, que no dijera en su casa ni media palabra de aquella invitación!

Y aquella noche, nervioso e inquieto, comió apuradamente y pretextando una mentida jaqueca corrió a acostarse con el ánimo de levantar el vuelo apenas sus padres cogieran el primer sueño. Salióle todo a pedir de boca y cuando el reloj marcaba las once de la noche, saltó del lecho sigilosamente y fué colocándose las prendas de vestir con pausa despaciosa y sin meter ruido. Cruzó el pueblo, tomó el oculto sendero del Castillo, y a peligro de romperse el alma, dió con su cuerpo en la playa chica, donde ya le esperaba un hijo de nuestro amigo Marcelín Rodríguez con la chalupa lista para cruzar la ría.

Como la marea estaba un poco "picada", la demora del viaje alargóse en media hora más de lo corriente, así que, cuando llegó, Alcibíades, listo para la juerga, encontrábase en el muelle desde hacía largo rato.

—¡Oye! ¿Eres tú? ¡Chico, ya creí que no vendrías! Imaginé que te habían pillado la tarjeta y que no te dejaban venir...

—¡Todo me salió bien! ¡Que no se enteren mañana! ¡Tú sabes como es mi padre!

—No hay cuidado. ¡Andando que la cosa apura! Ya te iré explicando... ¡Vamos a pasarlo! Hay dos chicas de ¡pistón! ¡Vas a ver tú! ¡Canela fina!

Juan Ramón recibió la noticia con agrado, pero, de inmediato, ocurrióle preguntar:

—¡Oye, pero yo no las conozco!... ¿No será un obstáculo?

—¡No, hombre! ¡No seas "payo"! ¡Te van a recibir con los brazos abiertos!...

—Es que yo, tú sabes, cuando no tengo confianza pareceme que hago un papelón bastante triste...

—Aquí no hay caso, Juanillo, son amigas mías y ya les ha-

blé de ti. ¡Están locas por conocerte! ¡Andando, que va siendo tarde!

A paso largo cruzaron el malecón y en pocos minutos llegaron al Casino. Estaba el baile ¡que ardía! Trabajosamente abrieron camino hasta el centro del salón, donde, en revueltos grupos, galanes y damas, esperaban que los compases de la orquesta dieran la voz de alerta para el baile. Las mamás y señoras de respeto ocupaban dos hileras de sillones y sillas, colocadas alrededor del salón; por detrás, y, en algunos momentos, por delante, los graves varones de cara soñolienta y gesto aburrido, contemplaban las parejas que danzaban en el centro. Alcibíades escudriñaba impaciente los rincones buscando a las entretenidas damiselas infructuosamente. No estaban. Pasaron a las habitaciones interiores, donde se guardaban los abrigo, con idéntico resultado... Dirigieron sus pasos al Bar, con tan buena suerte, que las encontraron chupando unos "egipcios" y bebiendo unos "cockteles".

—¡Buenas noches, Purita e Isabel! ¿Cómo lo pasáis?

—Regular, querido; ¿y tú? ¡Creíamos que no vendrías!

—Pues aquí me tenéis con mi amigo, Juan Ramón, que es el causante de mi impolítica tardanza...

—¡Hombre, yo... por mí... la culpa no ha sido mía!... ¡Si ustedes supieran!...

—¡Ah! vamos... ¡el papá que no daba permiso!...

Juan Ramón, rojo hasta la raíz del pelo buscaba afanosamente una disculpa que le permitiera quedar a la altura de un hombre de mundo... y no encontrándola miraba azoradamente a su amigo, que se limitaba a sonreír maliciosamente guiñando, al descuido, los ojos a las chicas.

—Alcíbiades ¡eres atroz! Haz el favor de presentarnos a tu amigo.

—¡Pues es verdad! Aquí está: Juan Ramón de Ulloa, futuro médico y por ahora bachiller nada más... Purita e Isabel, dos nenas encantadoras que se traen revueltos desde el capitán, hasta el último grumete...

—¡Ja ja! ¡ja ja!... ¡Tanto gusto!

—Para mí es el honor.

—¡Oye chico! ¡Qué finolis!

—Es costumbre.

—No se enfade usted, Purita es así, pero una excelente amiga ¡ya verás!

Juan Ramón estaba sobre ascuas, hubiera querido desaparecer del globo, hundirse cien metros bajo tierra. ¡Aquella maldita timidez apoderábase de su alma y ahogaba en sus labios la frase oportuna, haciéndolos torpes y balbucientes, hasta lindar en la mudez absoluta...

Sufría, sufría, faltábale desparpajo, soltura, en una palabra, mundo... Las más sencillas salidas costábanle trabajos inmensos y figurábase en el ridículo más espantoso... ¡Sudaba tinta!

—¿Bailemos?

—¡Como queráis!

—¡Hombre, yo!

—Tú el primero. ¿Quieres decirme a qué has venido aquí?

Tomados del brazo avanzaron hasta la pista donde se lanzaron al torbellino del baile, después bebieron sendos tragos de sidra y manzanilla, que tuvieron la mágica virtud de soltar la

"sin hueso", abriendo perspectivas halagüeñas a la incipiente amistad...

Juan Ramón, que continuaba taciturno, poco a poco, fué perdiendo el miedo, alentado por Isabel, que se mostraba con él muy circunspecta; su voz como un susurro acariciábale el oído:

—¡Baila usted muy bien, Juanito! ¿Se ofendió usted por la broma de Purita? ¡No le haga caso!...

Juan Ramón miraba los ojos de Isabel con gravísimo peligro de perder el compás y la cabeza...

—¿Por qué se calla usted? ¿Acaso está enfadado? ¡Yo no tengo la culpa, créame, es usted muy simpático!...

¡Jamás, Juan Ramón, había oído palabras tan lisonjeras! ¡Nunca había escuchado, en boca de mujer, frases tan delicadas, ni sentido sobre sus ojos el fuego de una mirada semejante! ¡Vivía uno de esos momentos que no se olvidan y cuyo recuerdo el alma se goza en repasar constantemente!

—¿Quiere usted que nos sentemos a conversar? Mire, allí estaremos mejor...

Y señalaba un rincón solitario perdido en los pasillos de la entrada. Largo rato estuvieron mirándose profundamente; Juan Ramón a hurtadillas, sin animarse a liquidar aquella situación insostenible, Isabel gozándose en el aturdimiento del rapaz y coqueteando mimosamente, como el gato que juega con el ratón antes de comérselo...

Llegó Alcibiades:

—¿Qué? ¿Vamos perdiendo el miedo?

—¡Hombre! chico...

—¡Nada! Tienes una cara de difunto... ¡y hay que ale-

grarse! ¡A ver, mozo!... tráete unas copillas de jerez y unos bizcochos...

Separáronse Pura e Isabel, cuchichearon unos segundos y después de servirse las copas pedidas, despidiéronse para retirarse.

Juan Ramón:

—Pero, ¿ya se van?

Guiños maliciosos:

—¡Sí, hasta luego!...

Juan Ramón a Alcibiades:

—¡Hombre... ¡para esto!... la verdad no valía la pena, ¡cuando ya empezaba a tomar confianza!...

—No te apures, quedan otras...

Y siguieron bailando hasta que terminó la fiesta, que fué por las cuatro de la madrugada.

—¡Buena hora para dormir!

—¡En fin, qué le vamos a hacer!...

Salieron, encaminándose al restaurante propiedad del padre de Alcibiades; Juan Ramón, medio mohino y desilusionado, Alcibiades sin perder la calma, ni su sonrisa maliciosa. Penetraron calladamente, en puntillas, para no despertar a los de casa (según decía Alcibiades) recorrieron los pasillos, no sin que, a cada instante, Alcibiades poniendo el índice delante de los labios, indicara silencio a Juan Ramón. Parada en seco ante una puerta misteriosa, cuyo número buscaba Alcibiades a la luz de una discreta cerilla, tres golpes cóncavos, miedosos, precursores de algo que a Juan Ramón le producía un vértigo intraducible, una puerta que se abre sigilosamente... un brazo desnudo de mujer... y una voz ahilada que insinuaba como un suspiro:

—¡Pasen!...

Juan Ramón, como si el corazón se le hubiera detenido de súbito, quedó petrificado, anhelante, quiso hablar y no pudo, un terror indescriptible recorrió todo su cuerpo y maldijo la hora en que se le había ocurrido acudir a la invitación de su amigo...

Ya iba medio cuerpo de Alcibíades colándose dentro de la habitación, cuando sintió el nervioso tirón de la solapa que le hacía Juan Ramón:

—¡Oye, Alcibíades, nos hemos equivocado de habitación...

—¡No seas tonto!...

—¡Pero si está ocupada!

—¡Calla! y entra...

—¡Pero hombre! ¡Por favor!...

—¡Déjate de gansadas! ¡Adentro!...

—No, yo no paso...

—¡No seas mameluco, que nos pueden sentir; ¡ven acá!...

Todo esto, dicho en voz inaudible y atropellada, transcurrió en menos tiempo que tardamos en contarlo. Alcibíades, tomando del brazo a Juan Ramón, hízole pasar, quieras que no, y una vez en el alfombrado recinto cerró cuidadosamente la puerta dándole dos vueltas a la llave a tiempo que le decía a Isabel:

—¡Oye tú, mosca muerta!; hazte cargo de este insurgente antes que nos eche a perder con sus gansadas lo que nos queda de la noche...

Juan Ramón, corrido y traspirando vergüenza, acurrucábase en un rincón contemplando con ojos alelados el cuadro que se ofrecía a su vista:

Pura, en camisa, es decir, en algo que tenía la presunción de acercarse a esa prenda de vestir, con los desnudos brazos al aire, recogía la mata soberbia de su endrina cabellera, mostrando los

rizados y blanquísimos sobacos. Los turgentes senos temblaban a cada movimiento como corderillos asustados... y a través de la finísima batista las curvas agresivas de su espléndido cuerpo dibujábanse nítidas y excitantes...

Isabel, con la suelta cabellera cayendo sobre los desnudos hombros, parecía una Venus de formas imprecisas, blanca y tímida, como si el desnudo total provocara en ella un sentimiento instintivo de pudor. Obedeciendo las órdenes de Alcibiades, acercóse a Juan Ramón, el cual pálido y azorado, rechazábala con un gesto de infantil terror, mientras balbuceaba angustiosamente:

—No, eso no, ¡quite usted! Yo creía otra cosa, trajéronme engañado... Ustedes son unas p...

Alcibiades:

—¡Esta si que es buena! chico. Te creía más hombre. ¡Eres un chiquillo!... ¡Como tú quieras, si no estás a gusto, te largas, y asunto concluído!...

—Isabel:

—¿Así que no te simpatizo?

Juan Ramón:

—Si que me gusta usted; pero, la verdad... ¡no estoy acostumbrado a ver esto!...

Pura, impacientándose:

—¡Pues vaya con el pollito!... ¡Oye, Alcibiades, ofrécele el biberón y le cantamos la "Nanita" para que duerma bien el "niño"...

Juan Ramón, indeciso, sufría el suplicio de tántalo... Aquella lucha formidable que libraba en su alma amenazaba trastornar los principios de delicadeza y respeto cuidadosamente incul-

cados por doña María de las Mercedes... Hubo una pausa durante la cual sentíase latir el corazón precipitadamente; la luz, oscilante y moribunda, sumía la estancia en la penumbra; Isabel, paso a paso, acercóse rodeándole el cuello con los brazos; Juan Ramón cerró los ojos y apretando los labios intentó débilmente defenderse...

Apenas el "rubicundo Apolo sus tenues y rosados rayos" enviaba por entre las cortinillas del amplio ventanal que daba al muelle, cuando abrió los ojos Juan Ramón a la vida, encontrándose en el dorado lecho en crudas carnes, que fué morir de vergüenza, y con unos brazos que le aprisionaban como temerosos de que se les fuera...

La voz llena de mimos de Isabel susurraba:

—Monín, ¿estás enfadado conmigo? ¿Qué te he hecho yo, queridín mío? ¡te quiero! ¿sabes?

Juan Ramón soñoliento y como aletargado salía del sopor despaciosamente, abría los ojos buscando una explicación a lo ocurrido, sentía bajo la nuca la carne palpitante del brazo desnudo de Isabel y a su lado, el cuerpo delicado que se apretujaba contra él.

Contestó por fin:

—Oye, sabes, yo también te quiero ¡te quiero mucho!...

Pero decíalo con desgano, como cumpliendo una lección aprendida de memoria. ¡Había medido la distancia entre la realidad y el ensueño! Ahí, a su vera, estaba una mujer, acaso fingiendo lo que no sentía, con el semblante mortecino, desgre-

ñada, flácida, que le había descubierto el gran misterio ¡el terrible misterio de sus fiebres y de sus fantasías!... ¿Y esto era todo?... Una repulsión instintiva, como de saciedad empalagosa, ensombrecióle el alma. ¡Una cosa idealizada hasta el martirio, santificada por Dios, cantada por los poetas de todos los tiempos y edades, efectuada así... estúpidamente, a lo bruto, como los animales, le llenó de asco...

Comenzó a vestirse; Isabel quiso retenerle:

—¿Pero ya te vas, Monín?

—Sí, chica, ya me voy. Me esperan en casa... desde ayer falto...

Y no hubo manera de convencerle. Listo ya, comenzó a despedirse:

—Hasta luego, Alcibíades ¡que te diviertas!

—No te marches... ¡si es muy temprano, hombre! ¡Espérate! Yo te voy a dejar en la chalupa.

—No puedo, tú sabes, mi madre... debe estar asustada, creerá que me ha pasado algo...

—¡Chico, vaya un apuro! Yo pensaba que te quedarías y en la tarde iríamos a la cuesta del Mirador con la merienda lista. ¿Qué te parece?

Juan Ramón vacilaba, Isabel insistió:

—Si te vas, vamos a creer que te damos asco, además, con avisarla por teléfono, asunto terminado...

Pura:

—¡Pero que rogado es el niño!... ¡Angelito de Dios que me le están haciendo sufrir!...

—No puedo; ¡les juro que me quedaría de muy buena gana! pero, les confesaré que me vine sin permiso... y...

Pura:

—¡Vamos, ya salió aquello!... ¿No os decía yo que faltaba el permiso del papá!... ¡vaya! ¡Vaya! lo dice el refrán: el que con niños se acuesta... etc.... etc....

Juan Ramón quiso "hombrear" en un arranque de rebeldía... pero, vencióle la timidez y el maldito respeto que le ataba las manos, dejándole sin voluntad.

—¡Me voy!—dijo decidido.—¡Hasta luego!

Cruzó el muelle mirando a todos lados, parecíale que en el semblante llevaba impreso el estigma de su pecado... Cuando llegó a su casa, ya tenían noticias fidedignas de su escapatoria. Don Rosemundo esperábale a la puerta para decirle:

—Cuando quieras salir, en primer lugar, pides permiso y así no nos tienes preocupados de tu honorable persona todo la mañana.

No se atrevió a responder una palabra. Doña María aminoró su falta echándose la culpa, pero, bien se notaban las zozobras pasadas en la mirada angustiada e interrogante.

EN TORNO DE LO MISMO

Transcurrieron unos días sin que diera señales de vida, un si es no es taciturno y reconcentrado, librando en su alma la tremenda batalla entre el muchacho que quedaba atrás y el hombre que comenzaba. Con lo sucedido, habíansele trastornado los fundamentales principios de veneración hacia la mujer, comenzaba a darse cuenta de su naturaleza humana y pecadora, sintiendo que este descubrimiento, lejos de causarle placer, producía en él abismos insondables y dolorosos desencantos. Pero, a medida que pasaba el tiempo, tornaban de nuevo las fugaces ilusiones a revolotear en su cerebro, y el pensamiento, volaba a posarse en el recuerdo de Isabel. . . Mordía en sus carnes la tenaz obsesión de haberse portado como un párvulo delante de aquella muchacha que le había entregado, desinteresadamente, los goces de su cuerpo voluptuoso y las sabias caricias de sus manos . . .

Al recuento de las escenas ocurridas, la figura de Isabel, iba adquiriendo en su imaginación relieves insospechados, descubría en ella nuevos atractivos y picaba, con la ausencia, en su curiosidad el demonio tentador de la lujuria. A medida que pasaban

las horas, el espíritu cedía su terreno ante el roedor reconcomio de la carne.

Monologaba:

—¡Pero qué estúpido! ¡No darme cuenta de nada!... ¡Haber llegado al logro de mis ardientes aspiraciones y lejos de gustar intensamente la gloria apetecida en mis locos devaneos, ocurrirme precisamente todo lo contrario! ¡Sentir como si hubiera lanzado el alma al vacío y vagara aturdida y desilusionada!... ¡No puede ser!... ¡ha sido una equivocación de mis sentidos!...

Paseaba con la mirada perdida en el horizonte, liaba nerviosamente un cigarrillo y mientras el humo trazaba sus caprichos en el aire, tornaba su pensamiento a dialogar en esta forma:

—¡Vamos a ver! ¿Te gusta Isabel?

—¡Me gusta!

—¿Desearías de nuevo gozar de sus encantos? ¿Estás seguro que tus sentidos vibrarían sacudidos por nuevas sensaciones?...

Juan Ramón arrojó el cigarro a medio consumir y afirmó rotundamente:

—¡Hoy mismo necesito estar con Isabel!

Carretera abajo, a paso ligero, encaminóse al pueblo de las Arenas, cruzó el puente de la Huelga y desviándose del camino para evitar un largo rodeo, penetró por un bosque de eucaliptos y fué a salir al embarcadero cerca de la playa. Estuvo contemplando la límpida tersura de la anchurosa ría en el pleamar de aquella hora hasta que una voz sacóle de su ensimismamiento.

—¡Buenas tardes el señoritu! ¿Y quier pasar al otro lado?

—¡Bien! pero atraca frente al restaurante "El Brillo".

Hendió las aguas la frágil barquichuela y al chapoteo isócrono de los remos, el corazón de Juan Ramón, contaba angus-

tiosamente los minutos que le separaban del puerto... ¡Y cosa extraordinaria! a medida que se acercaba sentía una depresión de ánimo pavorosa y unos deseos locos de ordenar al barquero el retorno al punto de partida. Pero, se contuvo, dió unas monedas al servicial marinero y ágilmente saltó a tierra, embebido en sus pensamientos, buscando seguramente la manera de explicar su vergonzosa huída de aquella mañana de infeliz memoria.

Llegó al bar del hotelillo y preguntó al cantinero por ellas. Le explicó que habían salido hacia el rompeolas.

—¿Solás?

—Sí, señor, solas.

—¡Hasta luego, muchas gracias!

Volvió sobre sus pasos, siguió el camino paralelo al malecón de atraque, detúvose en la caseta de señales y escudriñó la punta del rompeolas que se perdía en una nube de irisadas espumas. Divisó unos bultos y con el corazón a saltos acortó la distancia rápidamente, a tiempo que con la mano en los ojos trataba de divisar la encantadora silueta de Isabel, recortada sobre el alto paredón que las olas azotaban con estruendo. ¡Sí, allí estaban, Isabel y Pura, y más a la orilla, Alcibíades! Reconociéronle en seguida; Alcibíades gritó fuertemente:

—¡Ola, babayu! ¿Qué peregrinos vientos te empujan por estos lados?

Pura:

—¡A ver si viene usted sin el permiso correspondiente!

Isabel, atropellándose, con el pelo suelto y la delgada batista arrebujada en los muslos, vino en loca carrera a colgarse de su cuello, cubriéndole de sonoros besos, mientras le decía:

—¡Buenos ojos, Juanillo, buenos ojos te vean, ingrato!...

Después, un tropel de preguntas sin sentido que le dejaron turulato:

—¿Supieron en tu casa? ¿Qué te dijeron? ¿Te acordaste de mí? ¿Por qué viniste entonces? ¿Soy yo la causa? ¡Anda, cuéntame! ¡Vieras tú las veces que pensé en ti estos días!... ¡Creí que no vendrías más!...

Y todo esto a compás de besos y más besos, apasionados, ardientes, en los ojos, en la boca, en el cuello, en las manos... y un lánguido reclinar la cabeza en su pecho, en cuya concavidad, el corazón de Juan Ramón, amenazaba explotar como una bomba...

Sentíase más dueño de sí mismo, sonreía, halagado en su amor propio por las demostraciones efusivas de Isabel:

—¡Buenas tardes, Pura; perdone usted!

—¡Hombre! no faltaba más, tengo mucho gusto de verte!

—Alcibíades, ¡salud!

—¡Salud y pesetas! hijo, que una cosa sin otra es como un "molín sin piedra".

Sonrió Juan Ramón y pasando el brazo por la esbelta cintura de Isabel, alejóse pausadamente hacia la punta del rompeolas. Llegaron al final del ancho muro, subieron a la repisa del faro, y muy juntos los dos, contemplaron la acombada superficie del mar. Leves rizos de espuma bailaban como flotantes algodones sobre la azul inmensidad e iban en alborotada sucesión acercándose a las sinuosidades de la costa, entre cuyas rocas, rompían la geométrica simetría de su avance, cubriendo de níveas pompas jabonosas los graníticos perfiles. La "Peña la Deba" emergía como un capricho, colocando su mole gigantesca, a media ruta del vecino puerto de Gijón. Rayaba el deslum-

brante disco del sol la línea fugaz del horizonte. Una columna de humo manchaba, vagamente, la pureza del crepúsculo y las "traineras" tornaban a puerto, después de la ruda faena, como briosos corceles que las olas encalabrinaban al empuje uniforme de los remos. Una canción marinera, entonada a coro por la tripulación, ponía su nota melancólica empapando el ambiente de una sutil emoción maravillosa!...

Juan Ramón e Isabel, silenciosos, apretábanse fuertemente como si quisieran fundirse en un todo, ¡en una sola e impalpable personalidad inmaterializada que se diluyera como un soplo en la grandiosidad del paisaje!...

—¡Te quiero!

Musitaba Isabel derribando su cabeza en voluptuosa lasitud sobre el pecho de Juan Ramón.

—¡Si fuera cierto!

Contestaba, mientras acariciaba tembloroso las ardientes mejillas de Isabel. Tornaron a reunirse con Pura y Alcibiades que reían como locos sin saber porqué...

Alcibiades gritó:

—¡Eh! Juan Ramón, supongo que te quedarás hoy...

—¡Imposible! chico; pero, mañana sí que vuelvo a pasar el día con vosotros.

Alcibiades:

—¡Y la noche!...

Juan Ramón:

—De eso no respondo... pero... puede...

Pura:

—¡Eso es! ¡Viva la libertad!

Isabel:

—¡No te vayas!

Juan Ramón:

—¡Te juro que mañana estoy aquí, sin falta; hoy no debo quedarme, lo sabrían en casa y bronca segura...

Alcibiades:

—¡Concedido! pero te esperamos con seguridad para el almuerzo y, en seguida, preparamos la merienda y nos vamos a la cuesta del Mirador. ¿Hace?

Juan Ramón:

—¡Claro que hace! Cuenta conmigo. ¡Hasta mañana!

—¡Adiós!

—¡Adiós!

Saltó a la lancha, saludó agitando las manos y poniendo proa a la playa del Castillo, perdióse en la penumbra de la noche que avanzaba sus sombras lentamente sobre el bruñido acero de la ría...

A las nueve en punto estaba Juan Ramón vestido de punta en blanco, dando vueltas en la sala de estudio de don Rosemundo. Aprovechó su cigarrera de pitillos y esperó la llegada de su padre para tirarse a fondo...

Sintió pasos:

—¡Papá!

—¿Qué quieres?

—¡Oye, papá, si fueras bueno, me darías permiso para almorzar hoy con mi amigo Alcibíades, y, serías mejor, si además, echaras algo de calderilla en mis bolsillos...

Don Rosemundo sonrió, bondadosamente, y con grave inflexión de voz aconsejóle:

— ¡Perfectamente! aquí van unas pesetillas, ¿bastan?... sí, muy bien; ahora no vayas a llegar tarde, no sea que mamá se intranquilece.

— ... Es que...

Don Rosemundo, que ya se disponía a salir, volvió sobre sus pasos, inquiriendo con mirada interrogante y bisbiseando:

—¿Quéeee...?

—¡Nada, papa! Celebra Alcibíades su cumpleaños con un baile y si tú quieres con hablarle a mamá...

—¡Ah! vamos, ¿quieres que yo sea tu cómplice? ¡Bien! lo seremos.

—¡Gracias! papá. Volveré mañana temprano.

Y fué así cómo aquel día Juan Ramón, con inglesa puntualidad, a las once de la mañana, paseaba con Pura e Isabel desafiando las miradas del vecindario, en espera de Alcibíades, que en esos precisos momentos preparaba, a hurtadillas de su padre, los últimos detalles de la merienda que habían de consumir en la empinada cuesta del Mirador de Muros.

Por fin apareció sonriente y satisfecho como hombre que ha cumplido la misión más solemne de su vida...

—¡Salud! afortunado amigo... ¡Todo va admirablemente! Tendremos: jamón, huevos duros, pollos y un vinillo de Cangas que sólo cata mi padre en las más solemnes ocasiones de su vida y... ¡este cura, cada vez que el destino tiene la humorada de colocar las llaves de la bodega al alcance de mis manos!...

—¡Bravo! Alcibíades: ¡eres un fenómeno!

—Pero, una advertencia importantísima: vais a almorzar los tres en una mesa, mientras yo estaré ejerciendo de camarero, a fin de que el autor de mis días no sospeche... ¿me entendéis?

—¡Pierde cuidado!

—Tú, Juan Ramón, saludas a mi padre, os sentáis a la mesa, y yo, me acerco como amigo tuyo a charlar y servir, componiéndomelas para terminar junto con vosotros el almuerzo ¿Hace?

—¡¡¡Hace!!!

—Pues ¡andando! que va siendo hora.

Salióles a pedir de boca la presentación, los saludos, el almuerzo y la retirada. En la calle dirigieron sus pasos hacia la carretera que orilla la cuesta y hasta cuyos bordes los frondosos castaños llegan corriendo a ofrecer el frescor de su sombra, como condolidos de los errantes peregrinos que en los meses de verano cruzan el camino a través de un sol canicular. A media falda desviáronse por un angosto callejón que los condujo al lugar elegido para la merienda. Esperábalos Alcibíades y dos muchachos que llevaban el vino y comestibles. Echáronles adelante, con los canastos, y marcharon en parejas, distanciándose a medida que penetraban sendero adelante...

Cuando la caminata iba haciéndose pesada, apareció, ante sus ojos, la esplanada del Mirador, desde cuya altura domínase gran parte de la accidentada costa cantábrica y varios pueblecitos del contorno. Corrieron tomados de las manos, buscando un punto propicio y sobre unas piedras, colocadas como de propósito, dejaron los pertrechos de boca y garganta. Despidieron los muchachos, a quienes citaron a determinada hora y cabalgando sobre las graníticas lomas, tendieron la vista en derredor, en tanto que el descanso sosegaba el precipitado latir de sus corazonas.

Juan Ramón dejóse resbalar suavemente hasta la mullida alfombra de verde y aromosa hierba; Isabel cogió su cabeza de adolescente y reclinándola en la tibia almohada de su regazo, con mimosa y añorada voz musitaba:

—¿Estás bien, Monín? ¿Me vas tú a querer mucho? ¡Toma! —y besaba los ojos de Juan Ramón en aspiración larga y succionante, colocando golosa los labios traviosos sobre los cerra-

dos párpados... Juan Ramón suspiraba y con voz en espasmos suplicaba:

—¡¡Más!!

Las rubias crenchas cosquilleaban sus mejillas, un vaho a mujer, joven y limpia, enervaba las temblorosas aletas de sus narices, un deseo, una ansia mortal de ternuras y caricias estrujábale el alma, haciéndole gemir como un susurro:

—¡Isabel, chiquilla mía! ¡Te quiero!

La voz de Alcibíades sacóle del éxtasis:

—¿Qué hacéis ahí tortolillos?... ¡Arriba! Vamos a dar una vuelta hasta el tajo para hacer hora de merienda.

Isabel obedeció levantando sus brazos en ademán de desprecio; bajo la fina batista acentuábanse las curvas divinas de su cuerpo y los turgentes senos, como dos medios limones, avanzaban agresivamente por entre los pliegues abullonados de su blusa...

Juan Ramón, en laxitud perezosa, refunfuñó con desmayo:

—¡Déjanos, estamos tan bien aquí!

—¡Que no, hombre! Hemos venido a gozar de la tarde y del panorama, conque ¡jala! para todo hay tiempo.

Llegaron los cuatro tomados de las manos hasta el borde del precipicio, en cuyo abismo, cantaba el mar su ronca canción y las olas tejían la filigrana de su encaje. Allá, en el fondo, divisábase el pueblecito de las Arenas, con sus casitas blancas como una bandada de gaviotas posadas en la playa; la ancha cinta del río, el viejo castillo de Sotrances, el barrio del mismo colgando sobre el vacío, y en lontananza, la relumbrante calva de los picos de Cornión, alrededor de cuyos basamentos los feraces va-

lles de Pervises, con sus campos esmeralda y sus labrados cuadriláteros, dibujaban el prodigio de un mosaico gigantesco.

Pura:

—¡Qué hermosura! ¡Oye! Alcibíades, no creas tú, cuando veo esto, siento el deseo de ser buena...

Alcibíades:

—Todos nos sentimos mejores. ¡Ante un espectáculo como éste, creemos en Dios!

Isabel y Juan Ramón, tiernamente abrazados, sentíanse embargados de profunda emoción.

Alcibíades rompió el encanto:

—¡Señores! a merendar.

—¡Ya!

—¡Listos!

Gente moza, aires del mar apetitosos, y una buena andada en el cuerpo, hízoles dar acabada cuenta del abundante y bien sazonado condumio, regado generosamente con el vinillo de Gangas.

Regresaron tarde... ¡y aquella noche sí que Juan Ramón entró con pie derecho en las ignoradas regiones del gran misterio de la vida!...

DONDE SE CUENTA COMO LLEGARON A OIDOS DE DOÑA MARIA DE LAS MERCEDES LAS ANDAN- ZAS DE JUAN RAMON

Comiencen ustedes por echarle unas miguillas de pan al más arisco gorrioncillo y las primeras veces, en raudo vuelo, apenas si se detendrá sobre la superficie el tiempo justo para levantar la más distante, y a buen seguro que con harto recelo y susto. Pero, si continuamos usando la misma ceba, perdida la desconfianza con que la naturaleza le dotó en defensa de aviesos desmanes, irá acercándose hasta subirse a nuestros hombros y picar con insolencia la palma de nuestras manos. Y si algún día pasamos olvidando la consabida ración a que le habíamos acostumbrado, nos seguirá volando y llegará su audacia hasta reclamar pidiendo lo que ya considera de derecho.

¡No podía por menos de acaecerle de igual modo a nuestro amigo Juan Ramón! Cebado, a temprana edad, en las tiernas caricias femeninas, perdida la natural vergüenza, tornó, como el gorrioncillo del cuento, diariamente, a los brazos adorables de Isabel, e hizolo tan sin recato, dando pábulo a la murmuración, que llegó a oídos de doña María de las Mercedes y fué,

en forma corregida y aumentada, como las ediciones de pretéritas edades.

—Pero, usted, doña María, ¿no sabe nada del su Juan Ramón?

—¿.....?

—¡Pues sábelo todo el mundo! porque no hay un alma que no le haya visto perdido por una de esas mozucas que llegaron a San Esteban y que dicen que tienen “los degorrios” (6) en el cuerpo...

—¡Pero qué me cuenta, doña Manuela! ¡Jesús! Ahora me desayuno...

—Si no lo sabe, sépalo, que en conciencia non puedo ocultalo por más tiempo. El otro día, viéronle estos ojos que ha de comer la tierra, refocilándose con ella mismamente en la cantera del puente... ¡Una vergüenza, mi doña María! ¡Una vergüenza! Diban él, y el “neñón” del Brillo, que también el sinvergüenzón facía de las suyas con la su compañía...

Cuando llegó en la noche Juan Ramón, esperábale en el escritorio la ceñuda cara de don Rosemundo...

—¡Bronca tenemos!... —pensó de inmediato. —¿Qué será ello?

Don Rosemundo, dejando pausadamente los lentes sobre la mesa y retirando con despaciosa mano el cigarro de sus labios, habló de esta manera:

—¿Quiere decirme, usted, joven, a qué obedecen sus continuas ausencias y seguidos viajes al vecino puerto de San Esteban?

—¡Nada, papá... yo... pues alguna parte he de ir...

—¡No, señor! Respóndame con claridad y sin rodeos: La causa de sus paseos, y no me niegue usted, son esas fulanillas... que veranean en el Brillo, cuya escandalosa vida conoce todo el

mundo y con quienes le han visto juerguear, sin pudor y sin vergüenza, por los cuatro puntos cardinales. Ahora bien, como usted todavía no es hombre para mezclarse en aventuras de esa índole, va usted a ir arreglando sus maletas, pues mañana saldremos a matricularnos en la Universidad de Oviedo.

Y aunque doña María quiso torcer el rumbo de la sentencia condenatoria, alargando en unos días la salida del pueblo, a la mañana siguiente, apenas rayaba el sol las gigantescas moles de "Cornión", don Rosemundo, en compañía de Juan Ramón, partióse a la vetusta capital de la provincia.

SAN PEDRO Y SAN PABLO EN CUDILLERO

El lector habrá de perdonar si dejando a Juan Ramón convenientemente instalado en la casa de huéspedes de doña Sinfioriana Uría, famosa en la ciudad de Fruela y en todos los contornos por sus conocimientos culinarios "respective" a platos regionales, vamos nosotros a visitar Cudillero en compañía de algunos de nuestros conocidos.

Salgamos del puerto de Gijón en el tranvía que corre hasta la villa de Avilés. Subiremos en la estación del moderno malcón del Musel y una vez cómodamente sentados en nuestro vagón, dejemos que nos arrastre camino adelante por la línea que corre paralela a la accidentada costa asturiana. Observemos la quebrada configuración del litoral cantábrico con sus acantilados que avanzan en agresiva batalla contra el mar. . . Sintamos cómo en algunos pasos el agua violenta salpica de espuma los diminutos ventanales y admiremos cómo las olas atropellan sus lomos gigantescos de empenachada blancura con ánimo indudable de acabar con todo lo creado ¡soberbias! ¡enormes! ¡indomables! para morir mansamente, blandamente, recostadas sobre

la arena de las playas que en rápida sucesión aparecen ante nuestros ojos rodeadas de blancas casitas, pueblos pintorescos, carreteras absurdas y cristalinos ríos...

Aquí bajamos el suave lomaje de una colina cubierta de pomares "que muestran en esperanza el fruto cierto", allá cruzamos la rumorosa música del viento que juega en el verde penacho de los pinos, acullá penetramos bajo la umbría soledad de unos castaños y más allá el crepúsculo que agoniza lentamente, encendiendo el rubor de las perezosas nubes!...

Detrás de esta decoración magnífica aparece la cuna de Palacio Valdés como una sorpresa, y finalizamos la primera etapa de nuestro viaje. Un coche nos lleva al tintinear de alegres cascabeles, melancólicas canciones del auriga y secos estallidos de la fusta, hasta Sotrances.

"La del alba sería" cuando el viejo Xurel vino a despertarnos. Ya la "Niña Bonita" con toda su tripulación estaba lista para partir en viaje a Cudillero; la mar tranquila, limpio el firmamento y la brisa agradable y fresca. Sentámonos a popa sobre unas redes malolientes y mientras el viejo Xurel sobre el tabladillo daba la orden de partida, los ocho hombres, simultáneamente, hundieron sus remos en el agua y la lancha avanzó lentamente, en blando movimiento.

¡Eeee jeú! ¡Eee jeú!... los anchos pechos sudorosos inclinábanse a cada grito hacia adelante, distendiendo los brazos musculosos y afirmando los desnudos pies en el asiento del hombre que tenían delante. ¡Izar! La triangular vela de lona flameó unos

segundos, y amarrada la escota, marchamos unos momentos silenciosos, cateando el viento. Los hombres recogieron remos, cada cual ocupó su puesto, algunos sacáronse la hilada camisa y tomando agua en el cuenco de las manos, laváronse profusamente, "pa enxugar la sudada". Marcelín Rodríguez lanzó al mar con diestro ademán los "aparejos" por si picaban". Caxilón, a horcajadas sobre la tabla del asiento, anudaba con marinera habilidad los "restobos" por si "acasu; Ramascón, haciéndome a un lado con parca cortesanía, reparaba las roturas de la "rede" y el viejo Xurel, con la mirada gris fija en la gimiente lona, los pies en compás sobre la popa, manejaba el remo del timón concienzudamente ordenando con voz cortante al hombre de la escota:

—¡¡Arría!!

Si el viento apretaba firme tumbando la lancha de costado y:

—¡¡Tesa!!

Cuando la brisa amainaba, dejando la lona en flacidez inmóvil. Cabeceaba blandamente la frágil barquichuela dócil a las expertas maniobras. Navegábamos a "Barlovento", pegados a la línea sinuosa de la costa, divisando desde nuestro asiento la cinta de la carretera que serpentea a lo lejos, cruzando pueblos, salvando colinas y saltando por sobre los puentes a través de los ríos.

Caía el sol verticalmente avisando la hora del almuerzo, por fortuna, los aparejos de Marcelín habían andado con suerte y dos hermosos besugos yacían sobre la "llastra", abiertos en canal y rociados en aceite. La rudimentaria cocina consistía en una regular piedra ligeramente cóncava en el centro (que nombraban "llastra") sobre la que ardían largo espacio las brasas

hasta que estuviera en sazón de calorías, retirábanse entonces los carbones crepitantes, sacudíase la piedra y echábanle unas "mozadas" de salobre líquido y, una vez seca, rociábanla de aceite, colocando los besugos convenientemente abiertos y destripados y sobre ellos en perforada plancha los carbones encendidos. Comenzaban a despedir un olor apetitoso; después, cada cual, sacaba su tajada (no sin antes mojar el pan en el cuenco de la llastra) y comíase en santa paz y sin igual camaradería...

Acabado el parco yantar, sacábase el viejo Xurel la encasquetada boina, imitándole el resto de la tripulación, y daba gracias a Dios con una salve...

Al caer la tarde, tocamos puerto, pasando por entre un sinnúmero de embarcaciones que las mujeres de los tripulantes engalanaban para la fiesta del día siguiente. Pisamos tierra, despedímonos de Xurel y de su gente, dejándoles atareados en el adorno de la barca, y subimos calle arriba hasta llegar al colmado de don José Lerás, donde hicimos noche descansando de las fatigas de la travesía.

Despertáronnos el estampido de los cohetes y la madrugadora charanga de gaitas y tamboriles. Iniciábase la procesión del Señor San Pedro, patrono de las aguas, y era antiquísima tradición que aquel solemne día las bendijera. De temprano, los mozos acudían presurosos para amarrar sus pañuelos en las andas, honrándose de esta manera al llevarlo sobre los hombros. También las mozas bordaron sus cintas que colgaban de la imagen, procurando dejarlas del lado de sus respectivos novios...

El alegre repicar de las campanas, el trueno de los palenques, la gaita y los tamboriles, ponían su nota regional haciendo hervir la sangre moza y causando la admiración de los romeros.

Asiéntase Cudillero mismamente en la falda de los acantilados y crúzalo, en empinada subida, la calle principal, que baja desde el camino carretero hasta mojar su pavimento en las aguas del mar. Las casas empotradas en las paredes del tajo, parece que se sostuvieran por un milagro de equilibrio en el aire, de tal manera, que la puerta de entrada queda vecina del tejado, avanzando las fachadas con sus ventanas y balcones voladizos hacia el abismo. Desde ellas, humanos racimos contemplaban la solemne procesión, que ya comenzaba a salir por el atrio de la iglesia; rompían marcha tres monaguillos tocados de blanca y afligranada casaca y sayal colorado; portaban, el del centro, el símbolo sagrado de la cruz, y los de los lados, sendos cirios encendidos como guardia de honor; venían después, gaiteros y tamborileros, con sus típicos trajes regionales: chaquetilla al hombro, la garbosa montera de terciopelo ladeada en la cabeza, corto calzón abierto en la rodilla (dejando asomar la blanca estameña de los calzoncillos), medias gruesas blancas de lana y toscos borceguíes. Dos filas de garridas mozas con el "dengue" sobre los amplios vuelos de la falda, cruzada manteleta sobre el pecho, el bordado pañuelo atado con gracia en la cabeza y las sartas de corales en círculos alrededor del cuello y colgando de las orejas. ¡Bajo el oro del palio brillaba la casulla del ministro del señor, que escoltaban las autoridades! ¡Después la imagen de San Pedro, sostenida por rudos pescadores! Detrás, dos filas de azules marineros con el remo al hombro y, por fin, el pueblo y visitantes en masa.

¡Vertiginoso revolar de campanas al unísono estruendo de las bombas, sonar de las gaitas, cantar de las mozas y el fiero relincho del guerrero "IXUXU", acompañábanla hasta el mue-

lle, donde tomaba colocación en las lanchas arregladas de ex profeso. La imagen venerada ocupaba su puesto, dándole escolta de honor, por ambos lados, dos lanchas tripuladas por los más viejos pescadores, entre los cuales, el de mayor edad, debía tomar la palabra en el momento oportuno de la bendición. A continuación no menos de sesenta embarcaciones formaban el pintoresco cortejo.

Durante el silencio producido al terminar los cantos, algunos romeros a quienes el mareo hacía vomitar los intestinos, oíanse clamar entre bascas y gemidos.

—¡Ay, San Pedrín de mió vida! ¡Sálvame del mareo, que si non, voy char el alma po la boca!

Pero, el Santo, preocupado de conservar el equilibrio a que le forzaban los bandazos de la mar, hacía los oídos sordos y continuaba impertérrito su marcha hacia adelante...

Alejados buen trecho de la costa, abríanse en círculo, en cuyo centro, quedaban las embarcaciones de San Pedro y veteranos marinos. Conseguida, a fuerza de remos, relativa inmovilidad, alzábase sobre la "proba" la figura del decano, que iniciaba su discurso, en mal romance, de esta guisa:

—¡Válgame el Señor San Pedro!
¡Señor San Pedro me valga!
¡Patrono de aquestas aguas!
En todo este año, merluzas,
besugos, bonitos, rayas,
díónos San Pedro bendito
con halagüeña abundancia...

¡Por ello dámosle gracias
dámosle gracias por ello!
¡y hemos mercarle una tiara
de ricas piedras labrada
pa que la luzca en la fiesta
de Asturias la más galana!

Una pausa, y el viejo pescador, después de gargarar una copa de caña, continuaba:

—¡Válgame el Señor San Pedro!
¡Señor San Pedro me valga!
¡Qué hé de decile aunque y duela
lo mal que fué la sardina
no habiendo dónde encontrala!...
¡Y en este puntu olvidóse
el Santo Patrón del agua
escaseando la pesca
que daba mayor ganancia!...

El señor cura no las tenía todas consigo, pues, si el año había sido flaco de pesca, veíase en aprietos para escuchar con relativo sosiego las recriminaciones del romance, que en algunas estrofas era harto duro y descomedido con el Santo, seguramente por las exigencias de la desacordada rima y cadencia.

Aun vibraban las palabras del viejo marinero por el aire, cuando la imagen de San Pedro, convenientemente amarrada bajo los sobacos era arrojada al agua, donde la liviana madera de su hechura flotaba largo rato, mientras el cura mascullaba latines recordando el bíblico pasaje del lago de Tiberiades cuando le

entraron al Santo portero del cielo humanas dudas y anduvo a pique de irse al fondo.

Esta costumbre del inoportuno remojón, venía de tiempos inmemoriales y como el baño era mayor de lo que la prudencia aconsejaba en beneficio de la frágil escultura, sucedía que la policromada faz y vestimenta de la imagen sufría todos los años serios desperfectos, hasta el punto de que en algunas ocasiones era imposible distinguir las facciones descascaradas, dando lugar a lamentables equivocaciones.

Sacerdotes hubo, que recién pisada tierra cudillerana, pretendieron evitar al Santo baño tan extemporáneo y falto de sentido, alegando que en las sagradas escrituras no se tenía conocimiento de tales aficiones hidroterápicas del padre de la Iglesia, y que, antes constituía burla y sacrilegio el uso nefando de hacerle tomar aguas que sólo servían para estropearle el físico.

Precisamente, aquel año, recién llegado el cura para hacerse cargo de la parroquia, su primer cuidado fué la restauración pictórica del Santo y juróse muy de veras no permitir, en la fecha oportuna, tocarle un solo pelo de la ropa... ¡Nunca tal hubiera hecho! ¡Fué aquello ponerle banderillas a un toro! (que tal nos parecían los mansuetos vecinos del rincón que nos ocupa) a punto de irse a pique estuvieron la procesión y fiestas y sólo la transigencia del señor cura calmó las iras populares.

A la hora en que la tarde huía fatigada a su descanso, formábanse en la plaza principal del pueblo dos hileras de alternadas parejas que ocupaban largo trecho. Entraba a formar la danza todo el pueblo y no se admitía a ningún forastero ¡así fuera descendiente de reyes por línea colateral o directa!...

Era fama bien ganada la de esta genuina y típica costumbre del pueblo de Cudillero. Cantábase improvisando con uniformidad perfecta (que no parecía sino que era el resultado de pacientes y continuados ensayos) los de una banda, al unísono, comenzaban un verso, repetido por la hilera del frente y rematado por la primera generalmente con mucho donaire y gracia.

Pero un ejemplo haranos entender el intríngulis de este asunto. ¡Allá va!:

La primera hilera tomados del meñique, avanzando y retrocediendo acompasadamente:

—¡Ahí vién Pepe Lerás!

Repitió la segunda hilera y tornaron los primeros:

—¡Con un güeyu nada más!

Volvieron a repetir los segundos y finalizaron los primeros:

—¡Sin contar con el de atrás!...

El lector comprenderá la intención picaresca del epigrama si le explicamos que a don José Lerás, el dueño del colmado a que hicimos referencia anteriormente, habíanle lastimado en un ojo, por cuyo motivo traíle fajado dejando solo uno a la vista, y como se retardara unos minutos en entrar a la danza, apenas le divisaron, le espetaron la copla.

También el señor cura dió ocasión a una coplita maliciosa:

¡El señor cura no baila
por que diz que tién corona!...

¡Baile, señor cura, baile
que Dios todo lo perdona!...

Y así pasaba el pueblo los días de las festividades, añadiendo las paganas fiestas que eran, además de los bailes, regatas entre la gente de mar y cucañas en el muelle.

Salir de Cudillero sin haber probado "les cantolles a la vinagreta" que preparaba, con rara habilidad, el hostelero don Pepe, fuera pecado imperdonable, y así nosotros, como despedida, hicimos el consabido y ritual consumo de buena parte de estos crustáceos, escanciando la espumosa sidra, como era de rigor, en el caparazón vacío de la sabrosa carne, ingurgitando el contenido a pequeños sorbos y paladeando con fruición.

Cuando regresamos a Sotrances, llevábamos "abondo" que contar, según la clásica expresión del viejo Xurel, y en la primera tertulia de la casa de don Rosemundo comentamos con lujo de detalles nuestras impresiones, que aunque conocidas de los tertulianos, no por eso dejaban de ser escuchadas con singular agrado. A don Emerenciano Cañueles, encendíasele el católico celo escuchando lo del baño de San Pedro:

—¡Callen, por Dios! ¡Debían silenciar comentarios que denigran! ¡Bárbaros! ¡bárbaros!... Ocúrreseles nada más que a esos hijos de Satanás echar al agua la santa imagen venerada... ¡Ay mi doña María! ¡dejados de la mano de el Eterno están esos pecadores!...

Pachu el Zurdu comentaba socarronamente:

—Con el respeto debido, ¿quier que y diga, señor cura?... pues mire: Lo del baño non ye lo peor, que si bien se mira paezme a mí que hay muchos Santos aquí mesmu en la iglesia suya que non vieron el agua desque nacieron... y digo yo que non vendríales mal, dacuando, una buena refrescada...

Arrojaba los naipes don Emerenciano, tomando muy a veras las sacrílegas palabras y había que poner paz en aquellos revueltos corderos del Señor...

"LAS ANDANZAS DE JUAN RAMON"

La casa de huéspedes de doña Sinforiana estaba situada detrás de la plaza de la Escandalera, frente al mercado y cerca del teatro Campoamor, orgullo de la ciudad de Fruela. Ocupaba el segundo piso de una vivienda que lucía su angosta fachada como acoquinada entre el moderno edificio que hace esquina a la plaza y el pasaje que da a la calle Uría. Los pupilos de doña Sinforiana eran, la mayor parte, estudiantes de abogacía y algunos militares. Juan Ramón, durante los primeros días, sostuvo un aislamiento pertinaz. El recuerdo de Isabel consumíale la mayor parte del tiempo, una incertidumbre le atenazaba angustiosamente; había sido su primer cuidado enviarle una carta a la que no tuvo contestación, y como sus compañeros de mesa no le eran conocidos, sumíase en un mutismo doloroso y comía con desgano causando la desesperación de la excelente doña Sinforiana. Cada vez que rechazaba un plato llegaba ella con los brazos en jarras y decía:

—¿Pero "neñín" del alma, sin comer qué va a ser de usted? ¿Qué cuenta voy a darle a su padre?

—¡Pues dígame usted que no tengo gana!

Malhumorada respuesta que tenía la virtud de acallar los escrúpulos de doña Sinfioriana, cuya humanidad alejábase meneando la cabeza y mascullando frases ininteligibles.

Acabada la breve sobremesa, íbase cada quisque a su olivo y Juan Ramón deambulaba sin rumbo por las calles de la ciudad, parándose en cualquier parte, contemplando los escaparates, o mirando al cielo. A veces acudía tímidamente a su imaginación el recuerdo de Conguina; parecía que llegaba a llamar débilmente a su corazón y de pronto sentía deseos de volver a verla, de escribirle para abrir su alma explicándole aquellos sentimientos que enturbiaban su voluntad y enmudecían sus labios, durante su estancia en Canzueles.

Por fin decidióse y la respuesta que él creyó le iba a llenar de angustiosos sobresaltos recibíola friamente, y al correr sus ojos por aquellos renglones mal coordinados e imprecisos, una desilusión profunda borró de un golpe la imagen adorada. La que se agarraba con tenacidad desesperante a todos sus sentidos era la otra: Isabel. Mientras caminaba por las calles el taconear de sus zapatos repercutía en la base de su cerebro el nombre de aquel amor procaz que se le había adentrado tan hondo...

Una de las tardes en que mayor aburrimiento le embargaba, en los precisos instantes en que contemplaba embobado un escaparate de joyería, sintió que una mano se posaba blanda en su hombro. ¿Quién será?—pensó. Dió vuelta y encontróse, frente a frente, con su compañero de mesa, Elpidio Santelices.

—Perdone usted la confianza, pero, me parece que está usted más aburrido que una ostra y no hay derecho que se eche a morir... por una cualquiera... porque usted está enamorado

¡hasta las entretelas! ¡no me lo niegue! ¡Conozco la sintomatología!... ¡estudio medicina!...

—¿.....?

—¡Bueno!; véngase usted conmigo a tomar un café y después le presentaré a los compañeros. No está bien que viviendo juntos se esté usted royendo el alma en tanto que los demás nos divertimos.

Cruzaron la Escandalera, pasaron frente a el viejo caserón de carcomidos muros de la Universidad, y dando vuelta a la antigua cárcel de mujeres, adentráronse en la pesada atmósfera del Café Suizo, que hervía de gente. Elpidio hizo la presentación:

—San Román, Boves, Mario Gómez, futuros jurisconsultos; el teniente Pérez, nuestro compañero y amigo Juan Ramón de Ulloa.

Jugaron unas copas al dominó y después unos cuartos a las "siete y media", haciendo hora de comida que fué por las ocho y minutos.

Desusada animación ululaba en torno de la mesa; aquella noche, roto el hielo de la natural circunspección que debe guardarse entre desconocidos, rivalizaron los optimistas comensales en donosos comentarios sobre incidencias estudiantiles, forjando fantásticos planes para el porvenir. San Román, alegre y dicharachero, levantóse del asiento con énfasis oratorio, dirigiéndose a doña Sinforiana:

—¡Señora de mis entretelas... por lo que más ame en el mundo, ruégole nos "apoquine" unas botellas del mejor caldo que guarde en el santuario de su bodega para festejar, con car-

go al ilustre autor de mis días, (y aquí hizo un guiño malicioso) a nuestro correligionario don Juan Ramón de Ulloa.

Doña Sinforiana apareció en el dintel de la puerta, escandalizada de los ademanes y líricos arrebatos de San Román.

—¡Calle de una vez charlatán de los "díaños"! (7) ¿Qué voy traele con cargo a su padre si ya la tienen sus dispendios aburrido? ¿Olvídese de la última vez que arreglamos cuentas?

Exclamación general.

—¡Pues cárguelo a todos por parejo y asunto concluído, exceptuando, como es de elemental justicia, a nuestro festejado!

—¡Buenos puntos filipinos están ustedes? ¿Ya quieren echar a perder este rapaz apenas llega? Pues conmigo no lo conseguirán ¡aunque me aspen!

—¡Pero, señora!...

Costó un triunfo convencerla, hasta que por fin apareció con avinagrado gesto portadora de unas botellas que despabilaron en menos tiempo que canta un gallo... Arreboláronse los semblantes y los ojos adquirieron el brillo peculiar de los excesos alcohólicos, animóse la charla y cuando levantaron manteles, quien más y quien menos, echaba sus piropos a doña Sinforiana, que huía del chubasco ocultándose en la cocina. Elpidio, a quien la naturaleza había negado esa vibración de las cuerdas bucales que hace emitir deleitosos sonidos, carraspeó los compases de la "Praviana", vieja y melodiosa canción de la tierrina, que el resto de sus compañeros acompañaron con ensordecedora charanga de tenedores y cuchillos.

—¡¡¡Sooooooy deeeee Praaaaavia... sooooo deeeee Praaaa-
via...

Boves, tapándole la boca con el reverso de la mano, suplicólo encarecidamente:

—¡Por favor, chico! ten compasión de nosotros. ¡Después de esta abundante y bien regada cena, déjanos, siquiera, hacer la digestión!

El teniente Pérez en el desideratum del entusiasmo protestó indignado:

—¡Déjale!! Si tú no quieres, tápate los oídos! A mí—continuó con lagrimoso acento—esta canción me conmueve... me conmueve...

San Román llevando el compás burlescamente aconsejábale:

—No lo hagas caso a ese troglodita, no entiende una jota de música. Continúa... eyaculando esa canción magnífica para regalo de los dioses y de... nosotros...

A Juan Ramón entróle una risa alborotada; sentía una coomezón en la sangre que le llegaba hasta la punta de los dedos. Hablaba por los codos... creíase capaz de cualquier cosa, tartajeaba atropelladamente:

—¡Chicos! ¡Viva la amistad y la revolución!... ¡Bravo el vino! ¡Siéntome capaz de conquistar el mundo! ¡Oye, tú, Elpidio, ¿sabes cómo veo el universo? ¡¡¡Del tamaño de un perdigón!!!... ¿Qué dices tú? ¿Oyesme?

Oíale a medias enfrascado en ardiente discusión con Mario Gómez.

—¡Te digo que vamos allá! ¡Hay confianza, hay crédito!...

Mario Gómez:

—¡Perdona que mi parecer distienda en esta ocasión... Iremos donde yo diga que será lo mejor.

Elpidio sin dar su brazo a torcer, requería la aquiescencia del resto del grupo:

—¿A ver? ¿Qué opinan ustedes? Yo digo que a la casa de Mariquita, y este mastodonte, “quier” empujarnos a fuerza de resoplidos donde el “Avilesino”...

Hízose en el grupo un silencio reflexivo. Juan Ramón no adivinaba los motivos de la discusión y quedóse a la expectativa de lo que resultare. San Román dió su fallo salomónico:

—¡No haya discusión por pequeñeces!... ¡Con ir a las dos partes quedamos todos de acuerdo!...

Caminaron calle Uría arriba, dejando atrás el moderno edificio de la Diputación Provincial, siguieron por la de Fruela y pasando bajo los soportales de Cimadevilla dieron en la obscura vía que baja a Santo Domingo, cuyo colegio conventual trajo a sus mentes, en rauda impresión, el recuerdo de pasadas abstinencias... Recelosamente llegaron a la Puerta Nueva (sinónimo en la ciudad vetusta de perdición y pecado) donde cada casa es un prostíbulo y cada encrucijada un sucio y maloliente chiribitil. ¡Como hay Dios en los cielos que hubiera querido pasar por alto estos malos pasos de nuestro amigo Juan Ramón! pero, en la vida del hombre, dánse estos traspiés harto de seguido, y preocupados nosotros de analizar la formación psicológica de nuestro héroe vémonos forzados, en honor a la unidad del asunto, a describirles.

Así, pues, que pisaron el mal acomodado pavimento, comenzaron a aparecer en la aguja de las puertas femeninos rostros, y a poco más, el mal cubierto busto, y en seguida, ayunas de recato y sobradas de lubricidad, salieron a la acera, mal cubiertas las carnes, contoneándose en incitantes contorsiones. Juan

Ramón, con el vino, había perdido la vergüenza, despertándose en él con fuerza avasalladora toda la brutalidad del macho... Salióse de filas barbotando obscenidades, golpeando el anca de la prójima más cercana, gruñéndole con los dientes apretados y la locura en los ojos:

—¡Oye, tú "pelona", ven acá que te voy a dar morcilla!...

El teniente Pérez indicóle a San Ramón:

—Dile a ese que se calle. ¡Nada de escándalos! ¡Fijarse que voy de uniforme!

Sujetáronle, calmando a fuerza de reconvenciones sus ímpetus selváticos y penetraron de golpe en el iluminado vestíbulo del Avilesino.

Un salón en felpado, algunas litografías que temblaban en las paredes, luciendo pornográficas actitudes y cuatro o cinco mujeres derribadas en los desvencijados sofás, completaban el conjunto. Salieron luego. ¡No había allí tela que cortar! La hora avanzaba y era preciso terminar la juerga. A poco trecho un farolillo colorado indicaba, al nocheriego transeúnte, la subida al famoso lenocinio de la Mariquita. Desde la calle sentíase el rasguear de una guitarra, una voz femenina tanteaba salirse por peteneras... y a cortos intervalos el repiqueteo de las castañuelas, acompañado por el taconeo, voces y risas y ¡olés! indicaba que más de alguien jaleaba su cuerpo torero...

Desde el dintel de la puerta contemplaron el salón, que lucía churriguerescos espejos, un piano y las consabidas sillas y enfelpados...

Mariquita, cincuentona, de flácidas carnes, currucato vestir, tendía la mórbida contextura de su brazo invitándoles a pasar. Dirigióse a Elpidio:

—¡Salud, hombre! ¡Adelante con la compañía!

Elpidio acercándose:

—¡Salud! ¿Hay moñas?

—¡Háilas! pasen.

—Entonces aquí es la nuestra...

Decíalo porque acostumbraba a usar de una parquedad histórica en sus pedidas de licor, arreglándose las, con estudiada habilidad, para que otros hicieran el consumo:

—¡¡Chist!! Dejarme a mí este negocio... ¡Hay que mamarles a esos!... ¡Son "tratantes", conóceseles en la cara! ¡Deben traer cuartos!

Una broma aquí, un pellizco allá y unos palmetazos acullá, burla, burlando, acomodóse en forma que a los cortos instantes bebía y trajinaba por entre los honrados traficantes de ganado como si les hubieran criado en la misma cuna.

Juan Ramón, inexperto en artimañas lupanares, lanzóse al torbellino del salón hambriento de sensaciones, convidando a ésta, bailando con la otra y vaciando los bolsillos, que como eran cortos y no muy llenos, presto se vieron en ruinosa flacidez, gema de las grasas de Mariquita, y así que se dió cuenta comenzó a írsele la color del rostro, y el afligido semblante, a demostrar tan a lo vivo sus apuros que, San Román y Boves llamáronle a cuentas por saber qué mal le aquejaba.

—¿Qué te pasa, chico?

Obstinado silencio de Juan Ramón...

—¡Pero hombre! ¿Es que te aburres? ¡Pues hace cinco minutos no lo parecía!...

—... Es que...

—¡Ah!—dijo Boves—¡comprendido! ¡Se acabó el "parné"...

Pues, chico, no te aflijas, eso sucédenos a todos los pipiolo; ¡ya te irás acostumbrando!... Bueno; aquí van "cinco del ala" y cuídalas... que no hay más cera que la que arde...

Resistíase aceptarlas.

—¡Hombre, no! ¿Y tú?... ¡no vaya a ser!...

—¡No seas babayu! Para eso somos amigos. ¡O las aceptas o dejamos de serlo desde este momento!

—¡Eso no, gracias!

A una imperceptible señal de Elpidio, unos por aquí, otros por allá, fueron acercándose al grupo de los adinerados tratables, que bajo la influencia del afortunado mentor de sus bolsillos, comenzaron a vaciarlos con gran contento de doña Mariquita y no menos gusto de los amigos de Juan Ramón.

DONDE SE CUENTA EL TURBULENTO FINAL DE AQUELLA NOCHE...

Mujeres, sidra, canciones picantes, torbellino del baile, halos excitantes, carraspeos de guitarra, cuerpos ondulantes... ¡He aquí el revuelto aquelarre que desfilaba ante los ojos de Juan Ramón y acompañantes a las cuatro de la madrugada... Sacando el rostro de las profundidades del ancho cuello almidonado, como el monigote que surge de la caja de sorpresas, uno de los traficantes gorgoriteaba la "Chambelona", canción asturiana de monocordes notas, mientras trataba con mil trabajos de rodear la voluminosa cintura de una vieja meretriz. San Román, dando traspiés, presumía plegar con los brazos en alto las ondulaciones de su cuerpo al compás de unas sevillanas. Elpidio peroraba en el círculo de sus nuevos amigos sobre las excelencias de la sidra. Mario Gómez desaparecía misteriosamente hacia los aposentos interiores... Juan Ramón dormitaba en brazos de las opulentas carnes de la señora Mariquita. Y otra pupila mostraba sus nalgas en lúbricos vaivenes caminando a gatas entre alaridos e imprecaciones. ¡Toda la brutalidad huma-

na parecía haberse dado cita en el salón de honor de la conocida prostituta!

Elpidio, que ya presumía a los honrados tratantes sin blanca en los bolsillos, conminó con voz perentoria:

—¡Eh! ¡Chachos! ¡Levar anclas, que ya va siendo hora!

Juan Ramón respondióle con ahipada voz:

—¡Espera! ¡Yo no me voy todavía!

Elpidio:

—Tú el primero; como estreno en "sociedad" parecenos que ya estuvo bueno.

Juan Ramón:

—¡Que no, hombre, te digo, que ¡no!

Y agarrábase con desesperación de las estremecidas e hilarantes morbideces de la señora Mariquita...

Reunióse el grupo en marcha hacia la puerta; Juan Ramón resistiéndose con tenacidad de embriagado, y los demás, tratando de convencerle. Iba a posar sus vacilantes pasos en el umbral cuando sintió una sacudida que puso en rígida tensión los músculos de su cuerpo; enderezóse violento, sus ojos adquirieron esa tenaz fijeza de los poseídos, agarrotándosele las manos angustiosamente, una palidez de cera invadió su rostro, sobre cuyas facciones la tesitura nerviosa dibujaba aristas agudas y tremantes; resolló con furor apocalíptico:

—¡¡Tú!!!

Menudos pasos taconeaban nerviosos alejándose...

—¡¡Isabel!!!

Era ella... Isabel, que llegaba enlazada estrechamente por Mario Gómez, con signos inequívocos de haber oficiado profusamente en los lúbricos ritos a Venus Afrodita...

EL DERECHO DE PECAR...

—Pero, ¿qué te habías figurado tú? ¿Creías que íbamos a vivir del aire? ¿Soñabas que nuestros trajes, perfumes, joyas, alimentación y demás necesidades que trae aparejadas consigo esta cochina vida nos iban a llegar del cielo? ¡No, amiguito, hay que ser razonable! Cuando tú nos conociste éramos así... ¿Es que te hemos ocultado algo? ¿Pues, entonces? ¡A ver levanta esa vista, Juanillo, mírame a los ojos y dime con franqueza si hay razón o no en lo que te digo...

Expresábase Pura de esta guisa en el coquetón saloncillo que arrendaba en una casa de la calle la Rúa en tanto que Juan Ramón, con las manos en los bolsillos, el cigarro alicaído, paseaba midiendo la habitación a pasos lentos, baja la mirada y un rictus de desencanto en la boca voluntariosa. Transcurrió un momento de silencio que rompía el débil quejido del encerado pavimento. Juan Ramón, embargado por multitud de pensamientos, mascullaba en el hondor de su alma la forma en que debía cristalizarlos para mostrárselos a Pura en toda su claridad deslumbrante. De pronto fluyeron a sus labios, atropellada-

mente, como si quisieran salir todos a una, no dándose paso los unos a los otros. . . Iluminaba su cerebro una lucidez extraordinaria cuando alguno de ellos, adquiriendo destacado relieve avanzaba a codazos, abriéndose paso, enturbiando con su repentina luminosidad el vago destello de los otros, pero apenas asomaba a la punta de su lengua, sentía que los que quedaban atrás adelantábanse en un esfuerzo supremo, sujetando al audaz que presumía volar en la palabra por el aire! . . .

Sufría el angustioso martirio de la parturienta, con la diferencia que no había a su lado el abnegado doctor que introdujera en su ayuda el forceps que necesitaba su doloroso alumbramiento. Por fin, el más liviano e insubstancial ocupó el primer puesto y sonó tímidamente:

—¡Si tú supieras cómo había prendido en mi alma esa ilusión primera!

—¡Me lo sé de memoria! ¡Como en todos! ¿O es que te creés diferente a los demás? ¡Pues, chico, eres igual! . . .

—No, no es eso, Pura, es que yo había soñado mucho. . . ¡Creía que era algo para ella! ¡Qué se yo, no sé explicarme! Si es por dinero yo no puedo dárselo ¡no lo tengo! Figurábame que ella podría cambiar. . . ¡Oye, Pura, perdóname! Quisiera decirte un mundo de cosas ¡no se me ocurren! Es decir, ocurrenseme, pero no sé decírtelas. . . En fin, salúdala de mi parte y dile que nos veremos.

Salió de la casa entontecido como si el peso de una gran desgracia gravitara sobre su corazón, pero la camaradería de sus amigos y los estudiantiles quehaceres, fueron borrando aquella impresión paulatinamente, dando paso a nuevas radiantes ilusiones.

PODEROSO CABALLERO ES DON DINERO ...

Un reconcomio desasosegaba a Juan Ramón e iba tomando cuerpo amenazando trastornar sus hasta entonces humildes ambiciones, y era, que palpaba en el ambiente, afirmándosele cada día más esta opinión: la urgente necesidad de financiar su vida, sin cuyo requisito, hacía imposible navegar sereno en el proceloso mar de la existencia. Presentía la fuerza arrolladora del dinero, dábale cuenta que por la falta de él había perdido a Isabel y recordaba las exageradas simpatías que levantaban Arturo y Luis en el lejano lugar de sus abuelos. Graves disgustos familiares, que hasta entonces no habían tenido en su mente satisfactoria explicación, resolvíalos ahora con claridad perfecta. Sus abuelos, de holgada posición en Canzueles, bien quistos y considerados durante la época en que sus repletas arcas abríanse a todo el mundo, sencillos y alegres, tornáronse en graves y pensativos, amargando sus últimos años de vida el recuerdo de pasados esplendores. Oía entre sus familiares y vecinos comentar halagüentemente el retorno del indiano cargado de millones... Admiraba con envidia los modernos "chalets"

edificados en casi todos los pueblos asturianos y comprobaba con angustia que pertenecían en su totalidad a americanos.

—Las profesiones—escuchaba en todas partes—no dan más que para un medianejo vivir... Estudiar doce años, sacrificar a sus padres y como final arrear la vida entera con la cruz a cuestas.

Un tío suyo, médico, que vivía en Canzueles, solía decirle muy a menudo:

—¡Si yo tuviera tu edad, Juanín, y las cosas pudieran hacerse dos veces, mañana mismo me largaba a Cuba o a cualquier otra parte de América! ¡Allí está lo bueno, sobrino! Cierto que ha de trabajarse, pero, remuneránse en justa retribución los sacrificios. Ahí tienes a fulano de tal; ése, estudió conmigo bachillerato y no era muy allá que digamos... Pues mira, embarcóse a Buenos Aires, y le tienes joven y rico... ¡Ahora riése de los peces de colores!...

Camino del hospital, donde acudía con otros compañeros a iniciar sus estudios de anatomía, por el trayecto, ibanle martillando con creciente tenacidad las palabras escuchadas a su tío...

—¡Sí—pensaba—esto no es vivir!... Estudiar, practicar en la sala hedionda y horrible, horas y más horas, y todo, ¿para qué? ¿Para terminar la carrera y conseguir a fuerza de empeños una plaza perdida quién sabe en qué rincón de la provincia? ¿Para vivir la vida siempre igual batallando el mendrugo, sin horizontes, quizás amarrado al yugo de la compañera que le daría un vástago por año cuando menos? ¿Para ver acercarse el "arrabal de senectud" donde todo se torna "graveza", jugando dominicalmente al tute o al tresillo y comprobar a última

hora vacías las arcas, y la decrepitud adueñándose, paso a paso, inexorablemente, de sus energías y de sus arrestos? ¡¡No!! ¡Eso no! ¡Sentíase capaz de conquistar el mundo!

En su imaginación repercutían los relatos de las fortunas fáciles que enriquecieron a tantos emigrantes, y a donde quiera que dirigía sus pasos tropezaba siempre con el oro americano. ¡En la fiesta de Nuestra Señora de Cueva-Honda había rematado el "ramo", en una gruesa suma, un americano; la carretera de Nariandi hacía a costa del opulento don Luis, recién llegado del Perú; por todas partes sonaban nombres de españoles que habían tornado a sus lares con el riñón bien cubierto, abriendo caminos, construyendo puentes, edificando escuelas y organizando fiestas. La juventud femenina influenciada por este ambiente de egoísmos e intereses, con raras excepciones, trataba de prolongar la efímera duración de sus encantos, a la espera del que había de llegar cargado de millones... La legendaria fantasía popular encontraba campo propicio a sus elucubraciones en la vida de estos modernos argonautas, que salieran de sus pueblos atraídos por la sed de aventuras y de trocar suerte. ¡Todo ello acicateaba, fuertemente, la volandera imaginación de nuestro héroe, que se posaba sobre el lejano continente, inmenso y fabuloso!

—¡Puag! ¡Los libros! ¡Estaba abotagado de estupideces, sentía una indigestión de materias que no podía digerir ni con agua de "Carabaña"!

En la clase, mientras el sesudo profesor, presumía aclarar oscuros conceptos, Juan Ramón dejábase ganar con fruición por toda clase de divagaciones. ¡Iba por mal camino! decíale así Elpidio Santelices:

—¡Que te pierdes, Juanillo! ¡Tú pasas “embobau”! Oye, rapaz, a ti estas cosas dante fiebre. ¿Eh? ¡Pues hijo, tienes para rato!

Un día en que Juan Ramón había recibido una seria reprimenda del catedrático de anatomía, llegó al hospedaje malhumorado y triste, fué a su habitación, arregló su equipaje y entre el asombro y estupefacción de doña Sinfioriana y amigos, afirmó rotundo:

—¡No estudio un día más!

Doña Sinfioriana:

—¡Pero neñín!

San Román:

—¡No seas babayu!

Elpidio:

—¿Qué vas a hacer muchacho?

—¡No sé! pero me revientan los libros! ¡Me voy a casa, le diré a mi padre que no quiero estudiar más! Y...

Juan Ramón quedó en suspenso...

—...y ¿qué? Acaba...

—Pues embarcaré para América...

Elpidio:

—¡Brava resolución!

Juan Ramón:

—¿Por qué?

Elpidio:

—Porque si creés que por esos mundos vas a tirarte la pera ¡estás apañado! Mira, chico, por allá se anda un mi pariente diez añitos justos y está peor que cuando se fué...

—¡Eso será él!...

—Eso pasa a muchos... Lo que hay que por acá, fijámonos sólo en los que triunfan, sin averiguar cómo, pero olvidamos los que se quedan y los que vuelven a entregar el pellejo...

—¡Tanto vale entregarlo aquí como allá...

Y aquella tarde, entre abrazos, despedidas y lágrimas de doña Sinforiana, Juan Ramón, tomó el tren con destino a San Esteban de Pervises y llegó de sorpresa a su casa bien entrada la noche de noviembre...

"CONSUMATUM EST . . .

—Sí, papá, no quiero seguir estudiando, estoy convencido que no vale la pena el sacrificio que importa. Lo estamos viendo, palpando día a día; tienes abogados ocupando oficios desdichados y sabes mejor que yo lo mal remunerada que está la medicina. Contéstame por ti mismo. Cierto que no falta nada en casa, pero, será mientras tú vivas. ¿Y después? ¡Convéncete! Otros se han ido y han hecho fortuna, y yo, tengo también mis ambiciones, deseos de luchar. Tú tienes allá parientes y amigos que pueden ayudarme . . .

Don Rosemundo sentado en la mesa del escritorio, escuchaba gravemente las razones de su hijo, alzando los ojos por encima de los lentes, mirando alternativamente a éste y a doña María de las Mercedes, que apenas podía contener sus lágrimas arrinconada en el extremo del aposento.

Continuó Juan Ramón:

—Además, nuestra separación no será larga . . . Lucharé con energía, lo que han hecho tantos puedo hacerlo yo, y en último caso, pues me vuelvo. ¡Sí, mamá, déjame ir! ¡Es mi ilusión,

tengo sed de aventuras! Con sinceridad te digo que no podría, que no sería capaz de seguir estudiando. ¡Téngolo bien pensado! ¡Algo superior a mí me arrastra hacia América!

Por fin don Rosemundo alzó su voz serena y grave:

—¡Lo pensaremos, hijo mío, así de pronto no se puede tomar una determinación de trascendencia! Por ahora quedaraste aquí unos días y si persistes en alejarte de nosotros, buscando otros horizontes en los que tú crees o sueñas que la vida te reserva situaciones brillantes, contra toda nuestra voluntad... pues te irás... ¡Por nada del mundo quisiera torcer tu vocación, si como espero, va bien encaminada! Pero, piénsalo bien... ¿Quieres decirme qué es lo que aquí te falta? Un nombre honrado, amigos, y un mediano pasar es lo que la providencia se sirvió hacernos regalo. Aceptémoslo con serena conformidad, no pretendas tú saltar por encima de sus sabios designios. La vida, hijo mío, seméjase a una escalera: ¡hay que subirla tramo a tramo! ¡es difícil y peligroso alcanzar la cúspide de un solo envión!

Contestó obstinado:

—Todo eso que me dices está muy bien, pero yo siento dentro de mí algo que me atormenta, que no me deja vivir, que se rebela, precisamente, contra esas leyes de fatalidad inexorable... ¡Siéntome lleno de confianza para pasar por encima de ellas y os ruego no me quitéis esta ilusión que se ha apoderado de mi espíritu y de mi tranquilidad!

Rompíó en sollozos la voz de doña María.

—¡Hijo mío! ¡hijo mío! ¡que me estás matando!

Juan Ramón corrió a sus brazos:

—¡No, mamá, eso no! Lo que yo aspiro, lo que yo quiero es seros útil el día de mañana, ahorraros sacrificios, hacerme hom-

bre, luchar para vosotros. ¡No matéis, por Dios, estas ilusiones mías que se agarran profundamente a mi alma!

Flotaba en los subsiguientes días en el hogar de don Rosemundo una sombra de tristeza... ¡Habíase roto la serena armonía de su marcha, por uno de esos misterios inescrutables del destino!

LA RUTA DEL EMIGRANTE

En tanto que doña María de las Mercedes, con amorosa mano iba colocando, una a una, las prendas de vestir en la abierta maleta, aconsejábale con voz que las lágrimas empapaban de ternura:

—¡Hijo mío! Aquí te pongo un escapulario de la Virgen de Covadonga para que te acompañe en el viaje. ¡Yo le he bordado y no habrás de quitarle por motivo alguno! Acuérdate de cumplir tus obligaciones de católico. ¡Mira bien, hijo mío, que no olvides las oraciones que con tanto cariño te he enseñado!... Aquí van las camisas, en esta bolsita los pañuelos... ¡No te olvides de escribirnos desde cada puerto en que bajes!...

Juan Ramón, desasosegada el alma, a duras penas contenía su emoción y cuando la madre de su amor, tomando su cabeza entre las manos, estrujábala angustiosamente contra su pecho, estalló en sollozos articulando débilmente:

—¡Mamá!

—¡Pequeño mío! ¡Cuánto me haces sufrir y qué sola me vas a dejar!

—No, mamá, no quedas sola, mi espíritu estará siempre contigo; además, queda papá y pronto nos reuniremos de nuevo!

Doña María gritaba en lo más recóndito del alma. ¡Dame fuerzas Dios mío! Juan Ramón sentía que le apretaban los fríos abrazos de la desolación.

Don Guzmán de Alfaro, el señor Pintueles, el señor cura y Pachu el Zurdu, penetraron en el vestíbulo en aquel momento. El primero, con mal disimulada voz, conminaba:

—¿Adónde está el americano para reñirle? ¡Eso no se hace, señor mío; avisase a los amigos, óyense sus consejos...! ¡Muy bien lo de marcharse! ¡Gústame los hombres con desplante! Aquí, no hay nada que hacer; ¡hánse volado para allá las ilusiones y las risueñas esperanzas!... ¡Ojalá, ojalá, se cumplan Juanillo!...

El señor cura conversaba discretamente con doña María. ¡Bien se notaba en su faz que trataba de llevar tranquilidad a su abatido ánimo! Pachu el Zurdu, daba vueltas en silencio a la boina entre sus manazas sin saber qué decir... Don Rosemundo llegaba en aquellos momentos y Juan Ramón retiróse con ánimo de acostarse. Pasó la noche sin pegar pestaña, desasosegado y triste.

A la mañana siguiente, como ladrón que oculta el bulto a las miradas delatorias, escurriase sin gustar los amargos tragos de la despedida. Automáticamente cruzó el "parador" del pueblo, encaminando sus pasos hacia el palacio de la Magdalena, donde ya le esperaba el señor Pintueles en un coche. Subióse y el auriga, recogiendo riendas, salió al trote de los flacos jamelgos camino adelante...

Por el trayecto, al compás de los alegres cascabeles, el mayo-

ral entonaba melancólicas canciones. Cruzaron el férreo puente de Muros, admirando por última vez la desembocadura del río Nalón; cuesta arriba divisaron el sendero que conduce al Mirador y llegaron a San Esteban a la hora de almuerzo, silenciosos y meditabundos. En la tarde, mientras las peregrinas gaviotas tendían su raudo vuelo al horizonte y el gemebundo sonar de las sirenas anunciaba la partida de los barcos, Juan Ramón, desde la ventanilla del tren en marcha, agitaba su mano con la desgarradora insistencia de los tristes adioses.

En Oviedo esperábase don Rosemundo, y al día siguiente, de mañana, partieron a Santander, en el tren cantábrico y anduvieron el trayecto sin gustar la serena quietud de los paisajes, ni admirar su variedad maravillosa. Hicieron noche en el Continental y de temprano caminaron por la avenida de Pereda hasta la caseta de embarque, consultando el barómetro con ansiedad, mientras esperaban la lancha que había de conducirles a bordo...

¡Comenzaban a llegar los emigrantes!... Sobre los frágiles leños, apretujados racimos humanos acercábanse a los costados de la nave. Gentes de la montaña y de los pueblos, cuyos cuerpos bailaban dentro de los sobrados trajes recién "mercados", y puestos por primera vez... Mecíase blandamente el barco enorme, tragando en sus fauces misteriosas los cuerpos vacilantes... Algunas mujeres sollozaban quedas aferrándose al hijo de sus entrañas, a quien quizás no volverían a ver jamás! Congestionados rostros de hombres mostraban los ojos vidriosos y brillantes. Había un murmullo silencioso en el que se adivinaban las ternuras de las eternas despedidas... A trechos sentíanse insistentes recomendaciones:

—¡Que no te vayas a olvidar!

—¡No, madre, no!

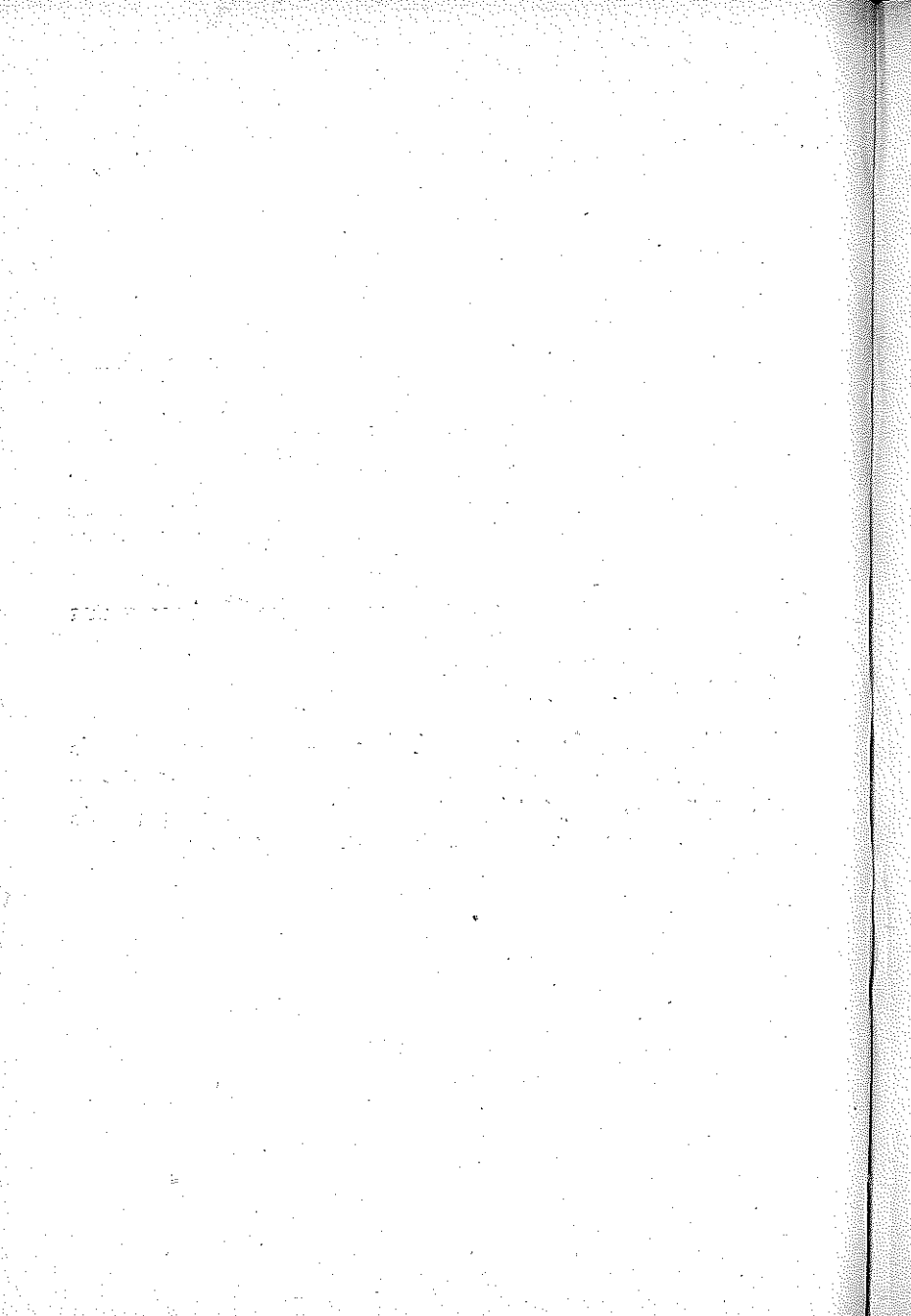
—¡Escribe!

—¡Sí, madre, sí!

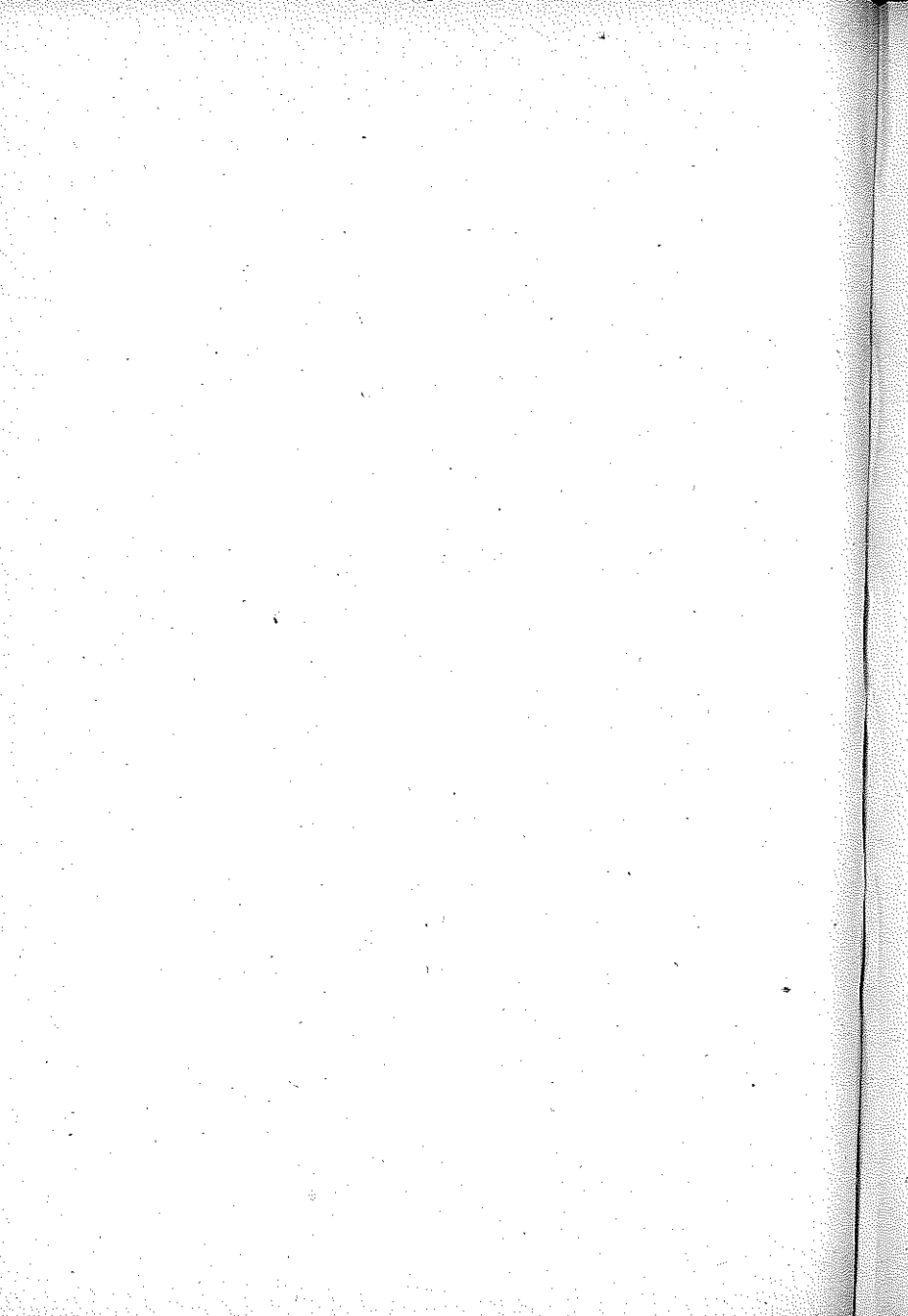
Juan Ramón sentía que la mirada fija de su padre le traspasaba el alma. Un remordimiento tenaz apoderábase de su voluntad haciéndole bajar la vista... Miraba el puerto, queriendo grabar en su retina los detalles más insignificantes. Una mano misteriosa hacía sonar en su corazón la hora más solemne de su vida. Rasgó el espacio la ronca voz de la sirena, sintió unos brazos que le apretaban muy fuerte contra el pecho, unos labios que sorbían sobre su rostro las trémulas lágrimas y una voz estrangulada que musitaba a su oído:

—¡Ya sabes: cuando quieras vuelves!

Insensiblemente fueron apartándose de la costa... Atrás quedaban flotando sobre las aguas, un revolar de pañuelos y agitar de brazos... Al frente, la inmensidad del mar, y el rojo disco del sol que iluminaba su ruta... ¡la ruta del emigrante!...



SEGUNDA PARTE



ELOGIO DEL EMIGRANTE

Lector; no vamos aquí a describir determinado tipo de emigrante, no se vea, pues, intención de desnudar defectos para mostrarlos en toda su crudeza ante los ojos del público; tampoco queremos rasar a todos con la misma medida; sabemos que emigran gentes de toda clase y condiciones, y, cada uno de ellos, merecería, seguramente, un capítulo aparte ya que, aunque en lo físico parecémonos racialmente, en lo espiritual diferimos a tener de nuestra educación y cultura, amén de infinitas causas climatéricas que forman la idiosincrasia de los pueblos y de los individuos. El tipo del emigrante que nos ocupa pertenece a la honrada clase campesina de nuestra tierra, que levanta su vuelo acuciado por la pobreza de los campos, la estrechez de horizontes y la visión de un hogar en aumento, cuyos medios de vida disminuyen sin vislumbres de mejora y cuyas expectativas son, generalmente, harto exiguas dentro del pequeño círculo del pueblo.

¡Qué tristeza más honda la de estos barcos cargados de esperanzas y de ilusiones! ¡Cuántas lágrimas dejan en pos de sí,

los que un día quisieron domeñar la ley inexorable del destino!

Cuatro "xarales" en el monto difíciles de labrar en la pendiente, un par de "vaquinas" que rumian malamente la medida ración y un "pradín" que segar para el invierno, ¡he ahí lo que había "en casa", y eran cinco o seis a la comida! ¡Había que correr el "mundu" en busca de trabajo! Por ellos no se irían, que aunque "probes", teníanle mucho apego a lo suyo, y mal que bien "diban tirando". Pero aumentaba la familia ¡y no había para todos! En grave consejo, con la ayuda de vecinos, decidíase la suerte del rapaz. Lo mejor sería "embarcarse"; en América hacían falta brazos y ganábanse buenos sueldos, la vida era fácil, los campos ubérrimos, nadábase en abundancia, y ahorrando, en pocos años juntábase un "capitalín" y de vuelta al pueblo, comprábase algo "pegau a lo que había" y quedaba solucionado el problema. ¡Sólo sabían que había que "trabayar"!... A eso iban, y no les arredraba ni la escasez absoluta de conocimiento sobre el país a que salían destinados, ni las mortales diferencias del clima, ni su ignorancia sobre los trabajos que deberían emprender. Llevaban su juventud por delante, oreados pulmones por los aires de la montaña, brazos musculosos y hombros capaces para lo que viniera...

En muchos casos la causa era evitar el servicio militar y la guerra de Melilla... En otros, la gravitación sobre sus conciencias de que "nadie es profeta en su tierra"... ¡Y así triunfaban muchos, que a su vuelta, despertaban la admiración y la envidia de los convecinos! ¡Y así, también, fracasaban otros tantos agobiados por el infortunio, las enfermedades y los vicios! Un barco, es un pequeño "universo" sometido a la ley del capitán. El es el responsable de vidas y haciendas, y por con-

siguiente, el Dios. Las jerarquías sociales, rígidamente delineadas, sométense exclusivamente al dinero. A la altura del bolsillo será la clase que cada cual habrá de ocupar, dividida por barandales y vigilada por marineros. En el vapor que viajaba Juan Ramón, la primera ocupaba el centro con sus espléndidos salones, bibliotecas, comedores, bares y demás; la segunda, más comprimida, la popa, agitada siempre por el sordo gruñir de las hélices y los coletazos del barco; y la tercera, la proa, en revuelta confusión con carga, equipaje y maquinaria de desembarque. El desprecio, el asco y desconsideración con que se miraban los pasajeros de tercera, no es cosa nueva en este mundo y no vamos nosotros a tratar de remediarlo... pero anotamos el hecho por cuanto da una idea de lo que ello debe influir en la juventud que viaje de esta guisa por falta de medios. Hablo aquí del año 1914, fecha en que Juan Ramón hacía su viaje a tierra americana. Pasaban los días para éste con una monotonía atroz: levantarse, el café, el baño, el desayuno, el almuerzo, el té, la comida y bocadillos en la noche... comer... comer y comer... Algunas fiestas descoloridas en las que surgen siempre: el gracioso, el prestidigitador, el que declama, las que cantan y los que tocan... Tiernos idilios de subidísimo color... en la toldilla de botes, allá por las cuatro de la madrugada y algunas mesas de juego, donde se despellejaba a los incautos (que nunca faltan) y así, todos los días, hasta llegar a Buenos Aires. La farsa, la petulancia y la estolidez dueñas del buque... Todo el que podía, trataba de asombrar a los demás, fingiendo negocios, graves preocupaciones financieras, explotaciones fabulosas, etc., etc. ¡Rodaban, al correr de la charla, los millones como si fueran granos de alpiste! Juan Ramón sentíase acoquinado

¡no tenía qué contar! En la mesa tocóle al lado de dos chicas llenas de remilgos, que fingían estirada etiqueta y mostraban los dientes al señor capitán cuando honraba la cabecera. Según ellas, venían a Buenos Aires en viaje de placer. . . A veces, por estar a tono, ofrecíales en la punta del tenedor cualquier entremés, recibido con estirado ademán, agradeciendo con una ligera inclinación, pero, con suficiencia tal, que éste, sentíase francamente molesto por el orgullo con que le trataban. ¡Después supo que venían a la gran ciudad del Plata con fines "non santos" y que, eran, unas de tantas. . .

A pocos días de Buenos Aires, sobrevino una fuerte marejada que trajo el barco de "maza en calabaza" y tuvo la peregrina cualidad de borrar de un tirón las diferencias sociales. ¡Ahí todo el pasaje revuelto y aterrorizado, dábase golpes de pecho y clamaba, en disparidad de lenguas a la Divina Providencia! . . . Aquietáronse las aguas y tornaron los estiramientos, suspendidos momentáneamente por la furia de los elementos.

Juan Ramón, a medida que se acercaba a tierra americana, establecía en su interior diferencias substanciales. En la clase que viajaba el vicio, la concupiscencia, el lujo, la gazmoñería y la estupidez. . . ¿A qué iba esa gente a América? A plagar de miserias morales, a contaminar la joven y generosa savia americana con el veneno de la corruptela europea, ¡nada más! En segunda, comerciantes, gente de teatro, vivos y gente honrada, confusión que le retenía de emitir una opinión más o menos acertada. En tercera, la que había de regar con el sudor de su frente las argentinas pampas, horadar las ricas venas de Bolivia y entregar sus músculos a los cafetales del soñoliento Brasil. ¡La carne joven, viril, pletórica de vida, hambrienta de trabajo, na-

vegaba en promiscuidad inicua, durmiendo amontonados y comiendo mal. Lo insubstancial y corrompido tumbábase muelle en los soberbios salones despabilando cockteles y jugando al amor. ¿Pero en qué categoría encuadraba Juan Ramón sus ambiciones? ¡Llevaba el alma anestesiada de ilusiones para responder con exacta sinceridad a esta pregunta!

BUENOS AIRES

Posar las plantas sobre la gran ciudad americana y sentirse aplastado bajo el peso de una gran desilusión, fué simultáneo. Al recorrer las soberbias avenidas, presumía empapar su espíritu de una visión exacta de aquella América novelesca y legendaria que traía grabada en lo más profundo de su alma. Buceaba con inquietud en el ambiente, esperando descubrir el típico exotismo de que venía borracha su imaginación. ¡Pero la ciudad cosmopolita y enorme mostrábale con sorna los admirables trazos de su fisonomía, correcta, casi exagerada! Parecíale no haber salido de Europa. ¿Adónde estaban aquellas selvas aborígenes, fantásticas, jamás holladas por la atrevida planta del hombre? ¿Qué se había hecho de la pintoresca vestimenta de sus gauchos? ¡No divisaba ni siquiera indios a quienes cambiar por una bagatela relucientes lingotes de macizo oro! ¡Caray con el chasco!... En las calles había un "jaleo" de todos los diablos. Aturdido en aquel mare magnum caminaba sin rumbo, tratando de fijar una impresión definitiva que le permitiera poner sus sentidos a la altura de aquella moderna Babilonia. Algunos com-

provincianos residentes en la metrópoli lleváronle a Palermo y al Parque Zoológico, haciéndole viajar en el cómodo metropolitano. Recorrieron algunos cabarets, escuchando la gemebunda música del tango y admirando sus cadencias enervantes. Decididamente, eso no podía ser América! Allí había que "hilar delgado" y luchar como un león para surgir en algo. No vislumbraba la decantada facilidad para formarse una situación por ninguna parte... Vióse dentro del fabuloso radio de la gran urbe, como un microbio, y sintió la angustia de asomar su vida a los bordes de un espantoso vacío. En la tarde del día siguiente, fueron a la Aduana a revisar equipajes, y al asomarse al muelle, una tristeza infinita bañó sus ojos en lágrimas al contemplar la salida de los grandes transatlánticos rumbo a Europa. ¡Parecíale que el espíritu salíasele del cuerpo y volaba por la ruta de los astros hasta el hogar lejano, tornando fugitivo, a posarse sobre las verdes colinas testigos de las felices horas de su infancia!

LOS PRIMEROS PASOS

En las ocupaciones comerciales, como en todos los órdenes de la vida, los primeros pasos son duros, por lo que tienen de humillantes. Hay, desde luego, jerarquías establecidas por la mayor o menor capacidad del principiante, amén de mil causas que gravitan sobre el temperamento psicológico, influenciando su ductilidad para plegarse a la rigurosa necesidad de pasar por ellas, retardando o acelerando, el antedicho aprendizaje. Apenas llegó Juan Ramón a la casa comercial, meca de sus aspiraciones, y ya en la primera noche hubo de darse cuenta que necesitaba temprar su alma para sobrellevar con dignidad la cruz que debía cargar sobre sus hombros. Pertenecía la firma en referencia a unos sus comprovincianos, gente de trabajo, honrada y seria, que se habían levantado de la nada, a fuerza de puños y de constancia. Como negocio establecido en el campo, componíase de varios giros y era por consiguiente su estructura compleja y desarticulada. Comprábase de todo y el expendio también abarcaba todos los ramos. Hacía esquina a la calle principal del pueblo, y era, por su situación y lo acreditado de sus

operaciones; de extendido renombre en muchas leguas del contorno. Por especial recomendación de un amigo de don Rosemundo, que vivía en Santiago y para el que Juan Ramón traía una carta, habíanle ocupado en aquella casa que ostentaba el rótulo de "Gómez (Hermanos)". Almacén y Tienda "La Cantábrica" y una serie de títulos que cubrían en abigarrada confusión las murallas exteriores. Don Manuel Campomanes, de espectral situación en el comercio de la capital de Chile, consideraba peligrosa la estancia de Juan Ramón, joven sin experiencia, en Santiago, y así procuró embarcarlo lo antes posible al obscuro rincón provinciano de "Los Olivos", evitándole tentaciones y poniéndole a cubierto de los cantos de sirena del mujeriego, entre cuyas sagaces mallas, barruntaba don Manuel, que había Juan Ramón de caer muy pronto y sin remedio. Llegaron de la capital en el tren de la tarde y después de presentarle a los jóvenes dependientes que habían de ser sus compañeros, dejáronle en amable charla con ellos. Así que llegó la noche, siguiendo la costumbre establecida, entregáronle un colchón (que por lo delgado y duro más parecía cama de tormentos que de regalado descanso para su maltrecho cuerpo), substituyéndose las blancas sábanas de lino por unos cobertores de algodón descoloridos. De almohada, como no las había hechas, diéronle consejo que metiera una pieza de género debajo del colchón que subió prominente, hasta quedar a la altura de la cabeza. Las duras tablas del mostrador hicieron las veces del muelle jergón, comenzando de esta guisa a tomarles el cariño que todo empleado de mostrador debe tenerles. Recipiente no le había, así que para las naturales exigencias de la vejiga no quedaba otro recurso que levantarse, haciendo de tripas corazón, y salir al pa-

tio. Pasó la noche mal, sumergido el pensamiento en tristes consideraciones, y a la mañana siguiente, cuando apenas apuntaba la aurora, el jefe principal hizo su entrada por la trastienda, invitándoles a dejar la cama, que aunque incómoda, costaba abandonarla tan temprano. Doblaron sábanas y colchones (el que las tenía) y sobre los hombros, corrieron a dejarlas, unas encima de otras, a una habitación interior que servía de guarda-equipajes, ropa y pieza de "toilette". Al fondo del patio estaba la noria con su bomba y allí se lavaron dejando correr el agua, inclemente y fría, sobre el aterido cuerpo. Vestidos ya, fueron entrando a ocupar su puesto, y mientras unos abrían puertas y ventanas, otros acomodaban los estantes de géneros. A Juan Ramón, entrególe el "chupe", que ascendió con la llegada de éste un tramo, la regadera y la escoba, a tiempo que le decía:

—Buen amigo; ahora te toca a ti hacerte cargo de las "herramientas". Pasó por Juan Ramón un relámpago de rebeldía... pero, adivinando sobre sí socarrones miradas maliciosas, hizose cargo de ellas y comenzó primero a regar el pavimento y en seguida a manejar la escoba concienzudamente. A pesar de sus esfuerzos, no lo hizo tan correctamente que no mereciera el reproche del jefe:

—¡Oiga, señor Ulloa, barra usted sin levantar tanto la escoba, ¿sabe? así como lo hace, el polvo va a llegar hasta el techo.

Siguió el consejo, demorando largo rato en la tarea y dió término por fin a este bajo menester, renegando en su interior de la maldita hora en que se le había ocurrido abandonar sus estudios para dar cima a su aventura emigratoria. No le dieron lugar a mayores consideraciones un redondo mango con unas

tiras de trapo clavadas en uno de los extremos, era la nueva "herramienta" que debía manejar hasta dejar limpios, de tierra y demás corpúsculos, los alineados estantes de la tienda. A media mañana comenzaron a llegar los "clientes", gente campesina de rara y pintoresca vestimenta, caballeros sobre briosos corceles, con la mujer al anca, sentada sobre bordado paño, en andaluza guisa, tocados de encintado bonete, airosa y resaltante manta terciada de soslayo sobre los hombros con cierto donaire y gracia. Admiróle la soltura con que descabalgaban, sin molestar con la pierna a la compañera y también el gesto de rústica gentileza para ofrecerle sus brazos al bajarla de su asiento como una pluma. Pero cuando Juan Ramón entró en mayúsculo asombro fué al contemplar las enormes espuelas que salpicaban el aire con sus notas vibrantes. ¡Caray con los tíos, pues no se gastaban espuelicas que digamos! Un compañero apuntóle en voz bajo:

—¡Fíjese, esos son los "huasos"!

Espíritu inquieto, inquirió de uno de ellos:

—¿Quiere usted decirme el porqué de esas espuelas tan grandes? ¡Deben pesar mucho y hacerle daño al caballo!

El interpelado eludió la respuesta, buscando con la vista algún conocido a quien guiñó un ojo, preguntando a su vez con sorna:

—¡Oiga, ñor, parece que este "jutre" será algún "godito" recién pescaol!

Quedóse en ayunas Juan Ramón, sonriendo estúpidamente. Aquel hablar dulce y suave antojábasele un cadencioso murmullo del que apenas entendía una palabra. De sorpresa en sorpresa llegaron las horas de la tarde y el agua comenzó a correr

por las acequias, circunstancia que le dió motivo para conocer la otra "harramienta" que consistía en un largo palo en cuyo extremo un abierto cajón de lata debía recoger el agua para ser lanzada a mitad del camino y orillas hasta quedar totalmente regado. Cuando terminó la tarea, estaba rendido y las manos hechas una lástima de mataduras y callos.

Comieron por turnos a las ocho de la noche, cerrando allá por las diez y media y volvieron a hacer las camas como en la noche anterior. . . El cansancio no dió lugar al pensamiento para que le molestara con sus inoportunas visitas. Encontró el colchón de plumas y durmió como un "lirón" toda la noche.

CON LA CRUZ A GUESTAS

En aquel tiempo las reglas que gobernaban el comercio eran de una rigidez y disciplina dura y desconsiderada: el dependiente había de levantarse de madrugada, efectuar el aseo, colocar muestras, dándose el caso de colgar en puertas, ventanas y murallas, la mitad por lo menos de su existencia, convenientemente sujetas y prendidas en defensa de raterías y tentaciones... Terminada esta tarea, íbase al desayuno (una taza de café y pan) y después a "lidiar" con la pintoresca clientela que entraba y salía en continua sucesión, debiendo turnarse a la hora de almuerzo a fin de no perder el contacto con los sosegados compradores. No se comía jamás a la misma hora, los turnos efectuábanse con los que estuvieren desocupados, por manera que, en ocasiones, solían juntarse "onces" y almuerzo. A veces cuando arreciaba la gente, aprovechando unos minutos de descanso, engullíase atragantadamente y de pie. Juan Ramón desarraigado de sopetón de su medio ambiente sentía que le empezaban a flaquear sus cimentados propósitos de lucha... Palpaba que le era preciso un cambio radical en todo su ser, oía, en lo más es-

condido de su conciencia una voz que le soplabla malignamente con socarrona inflexión:

—¡Juanillo! ¿Te das cuenta de que "otra cosa es con guitarra"? ¿Sirvente de algo tus estudios? ¡Confiesa, rapaz, que antes te perjudican que te causan alivio! Lo mejor que hacías ¡créeme a mí! que te aconsejo bien, era volverte a tu tierra y continuar lo que en mala hora dejaste...

—¡No, eso no!

—Entonces, muchacho, aparta tu pensamiento de todas sus nobles actividades, concentra tu voluntad en ganar dinero, olvida, ¡olvida, Juanillo! y dobla tu cerviz al amargo yugo... Ya lo sabes: ¡tienes que empezar por barrer bien, sacudir mejor, regar concienciadamente, conocer los trapos, y una vez que lo consigas, ¡hablaremos!...

Juan Ramón pensaba:

—Sí, estaba escrito, haré lo preciso; retroceder ¡jamás!

La transformación debía ser completa; volverse todo del revés a la manera de un calcetín o de una media, desde el sombrero hasta los zapatos, que no le cuadraba ni siquiera el modesto tinte de distinguida elegancia, resabios de su hogar y de su vida de estudiante!... ¿Llamábanle "pije"? ¡Pues bien, dejaría de serlo! ¿Reíanse de su "fabla" a la manera castellana? ¡"Ligerito se plegaría a las modalidades del pueblo! Pero, sobre todo, había que encontrar la sutil esponja con la que borrar en su cerebro aquellas malditas adherencias que le entorpecían la marcha para convertirse en el ideal de un perfecto empleado de mostrador, atento sólo a las incidencias comerciales, guardando "caliche" para cuando llegara el comprador a aturdirle con las reservas de "palique". Puso todo empeño y tesón en conocer las diver-

sas mercancías y consiguiólo muy antes de lo que pensaba; varió el conversar aderezándolo a tenor de las simples necesidades comerciales, sujetó los vuelos de su imaginación que rondaba diversos tópicos, como una mariposa, y refrenó sus juveniles ímpetus de bohemia y de vagabundaje. Hablaba mesurado haciendo reservas para cuando llegara el caso. Por las cuatro puertas del negocio sólo se asomaba un pedazo del azul del cielo y un trozo del polvoriento camino... El horizonte de su porvenir divisábase lejano y envuelto en densos nubarrones. ¡Y así pasaban los días y los meses, librando en su interior la batalla más formidable de su vida, cediendo palmo a palmo sus prerrogativas espirituales ante la miserable ley de la material!... Pero toda esta lucha titánica iba agotando sus energías y derramando en su alma, gota a gota, el amargo acíbar de la desilusión.

LA FAMILIA DE DON PANCHO

Los domingos y fiestas de guardar cerrábase el negocio a las doce, o una meridiano, y una vez hechos los arreglos pertinentes, almorzaban en democrática comunidad, patrones y empleados, comentando generalmente, incidencias ocurridas durante la semana y anécdotas acaecidas a dependientes anteriores. Los jefes recordaban sus buenos tiempos, lamentando la excesiva libertad que ahora exigía la gente moza ¡como si fuera posible contener las naturales inclinaciones de la juventud dentro de las oscuras murallas del caserón enorme!

Después de almuerzo salían, los que por rigurosa antigüedad habían adquirido ese derecho, y los novatos hacían guardia sentados en sendas sillas a la puerta o bien dedicaban la tarde a escribir a sus familiares. ¡Acontecimiento notable en todos los extremos del minúsculo rincón de los Olivos, si por rara y especialísima circunstancia, concedían permiso a alguno de los nuevos empleados!

Entre los habitantes que solían condolerse e invitarles a menudo, contábase en primera fila don Francisco Menéndez, ad-

ministrador de un "fundo" colindante con el pueblo, persona de holgada posición y genuino representante del campesino chileno. Frisaba allá por los cincuenta y era de rostro moreno, tostado del sol, ojos negros, grandes e ingenuos, abiertas narices y barba recortada sobre el ancho mentón. Su vida transcurría a horcajadas sobre la muelle montura cubierta de enlanados cueros y sus piernas mostrábanse abiertas en característico compás, de rodilla abajo, más notable en la derecha que habíale quedado ligeramente arqueada a causa de una quebradura sufrida al atracarse a la vara topeadora en son de lucha. Su mujer, Misia Celes, de abundantes carnes, bondadosa y humilde, habíale dado cinco hijos. El mayor de dieciocho años, alto y enteco, moreno, excelente caballista, llamábase Luis, cuyo nombre la costumbre campera redujole al apelativo de Lucho; tres mujeres: Olga, morena y graciosa; Rebeca y María y Juano, el regalón que apenas daba los primeros pasos. Vivía en el fundo El Romeral, en una de esas casas de amplios corredores, dispuestos en correcta cuadratura, en cuyo patio interior, los soberbios emparrados, brindaban el frescor de su sombra con magnánimo gesto. Motivos "meramente" comerciales habían hecho intimidar a don Pancho con don Eduardo Gómez, patrono de Juan Ramón. Las seguidas y abundantes necesidades de la hacienda que regentaba, surtíalas don Pancho en el negocio de su amigo, el "godo", con que cariñosamente le apodaba. De ahí la solícita atención, de jefes y empleados hacia su persona, correspondida con una generosa y amplia amistad. Los domingos había carreras a la chilena en el fundo y don Pancho convidaba a todo el personal. Un día, en que, como de costumbre, llegó cara-

coleando su yegua preferida, al notar la novedad de Juan Ramón, dirigiéndose a éste, díjole:

—Mañana hay carreras, si querís venite, godito, yo le consigo permiso con el patrón.

—¡Muchas gracias!

—No hay porqué; véngase no más a la casa, que tendremos mucho gusto de verle por allá.

Juan Ramón agradeció de nuevo y como sentía la comezón de conocer algo de las costumbres criollas (que sólo de oídas, y bastante adulteradas, sospechaba) consiguió el permiso, y al domingo siguiente, bien de mañana, esperábalo un mozo que traía un alazán tostado del cabestro, aparejado a lo "huaso", sin faltar las espuelas y la manta. Juan Ramón titubeaba calzar las espuelas, que figurábansele descomunales, pero los compañeros convencieronle, y mucho más, cuando el servicial campesino le recomendó con voz cantarina:

—Si no se las pone, va parecer "gringo" su mercé.

Aquella arcaica expresión en boca del rudo caballero, hízole levantar la cabeza con asombro, retrotrayéndole a las pretéritas epopeyas de la conquista... ¡Así debían "hablar" los heroicos antepasados que hollaran por vez primera las desoladas pampas de Atacama! Puestas ya las espuelas, tocada la testa del amplio y adornado chapeo, terció la manta sobre el hombro, y mientras caminaba dificultosamente abriendo las piernas para no enredarse en los acicates que pesaban como un demonio, figurábase que vestido de tal manera no le reconociera ni la madre que le había echado al mundo. Subióse al dócil alazán, y con alegre ánimo, enderezó sus pasos al Romeral, seguido de su escudero, que le aconsejaba de vez en cuando, para que pu-

diera con relativo garbo, tener su humanidad sobre los lomos de su cabalgadura. Así que llegaron, diéronse prisa en descabargarle (que a él solo fuérale imposible) y quitándole de encima los arreos, invitáronle al comedor para que se repusiera de las fatigas del camino. La confianza y liberalidad de aquella casa, hizo sentirse en familia, sin saber si admirar más el cariñoso recibo o la abundancia y derroche con que le festejaban. Acabado el copioso desayuno, salieron al patio, donde ya les esperaban los sirvientes de la casa con aperadas cabalgaduras. ¡Hasta el pequeño Juano "manijaba" su minúsculo "chilote" con apropiados arreos! Encamináronse a los "potreros" enormes, donde pastaban las engordas, al final de los cuales topáronse con don Pancho, que así como les divisó, enderezó su tordillo, y a medio galope, vino sobre ellos "sentando" el manco a media vara escasa de nuestro héroe, que no las tenía todas consigo, por lo que apenas se sosegó el fogoso bruto, confesó con franqueza sus temores de que la cabalgata acabara rompiéndose la crisma cualesquiera de los imprudentes jinetes. Rieron de buena gana y para demostrarle que había "piernas", las chicas y los chicos, enredáronse en una de caballazos y revueltas, que le pusieron los pelos de punta y le llenaron de temores. Tornaron al almuerzo, comprobando Juan Ramón, la exagerada hospitalidad de aquella casa, donde sin la vana palabrería que se acostumbra por esos mundos de Dios, hueca y sonora, convidábase a todo el mundo que llegaba con sencillez hidalga. Como era día de carreras acudía bastante gente y la mayor parte amigos de la casa, por eso Juan Ramón, no acertaba a comprender el milagro de aquel almuerzo que alcanzaba para todos y no acababa nunca. Llegó a cruzar por su imaginación el prodigio de la mul-

tiplicación de los peces. Cazuela con chuchoca, asado de cordero, fruta en abundancia y un licor delicioso y espumante que corría inagotable, y le hacía hablar por los codos, con gran regocijo de los anfitriones y no menos contento de los dueños y gente menuda de la casa.

Comenzaba el sol a empalidecer tiñendo de carmín las desperdigadas nubes, cuando llegaron a la "cancha" de carreras. Los huasos de los fundos vecinos habíanse dado cita en aquel lugar y pululaban sobre sus caballos, luciendo airosas mantas y lujosos arreos. La pista era un ancho camino, orillado de frondosos castaños de indias, debidamente regada y limpia, dispuesta para la justa con minucioso cuidado. En algunas casas, adornadas con banderolas nacionales, expendíase en sendos y enormes vasos la famosa chicha cruda, que pasaban de mano en mano, acompañando el acto de "empinar el codo" con la frase sacramental

—¡Salud!

En el centro, un círculo de no menos de cincuenta hombres, entre copa y copa, discutían las condiciones de una carrera que se estaba "armando"; los jinetes, distanciados, tenían el caballo de la rienda con la siniestra mano, mientras en la otra, lucían amarrado a la muñeca el pequeño "chicote" semejante a unas disciplinas. Hallábanse en ropas menores, por aliviarse el peso, y en lugar de silla, sólo había sobre el lomo del animal un trozo de cuero sujeto por angosta barriguera. Para Juan Ramón el espectáculo iba tomando un acentuado sabor criollo, sazonado de reminiscencias aborígenes. ¡De buena gana hubiera dejado crecer las recortadas crines, y, desnudos los jinetes de entecas carnes quemadas por el sol, dejar correr los impetuosos

corceles como seguramente ocurriría allá en los tiempos del Arauco inmortal!

Puestos de acuerdo sobre las condiciones de la carrera, nombrábanse "vedores de malicia" (cuyo oficio era vigilar durante el trayecto los jinetes), juez de llegada, a quien colocaban en la meta formada por estirado "lazo" tendido de orilla a orilla, y juez de partida o "gritón", que daba la señal de la largada por medio de un grito que debía ser perfecto y cuando los caballos estuvieran sin ventajas. Listos los jinetes, despejado el campo, situados los vedores, colocado el gritón y firme en su puesto el juez de llegada, comenzaban los paseos de los contendores, acompañados de sus correspondientes "madrinas", y en la doble fila de espectadores hacíanse las apuestas, depositando el monto en un tercero. En este punto, Juan Ramón, juzgando por la famélica traza de uno de los caballos, cuyo aspecto no era precisamente el del Bucéfalo, sino de abuelo o padre de Rocinante, (tal era el sucio y largo pelambre que lo vestía) entráronle acongojados deseos de probar suerte, arriesgando unos pesos al contrincante, que gordo y reluciente, relinchaba que era un portento. A tiempo acudió don Pancho, macuco en hípicas lides, para evitarle la segura pérdida de los cuartos:

—¡Oiga, godito! ¿A cuál va a apostar?

—No hay ni que pensar: ¡a ese!—Y apuntaba al rollizo y rozagante animal que piafaba impaciente.

—¡No sea "leso", amiguito! ¡No bote su plata! ¡Va a ganar el otro!—Y acercándose al oído, musitóle: —¡Tráenlo de "tapadita"!

Efectivamente, puestos en facha, acudieron en demanda de

la señal de partida a corto galope, repitiendo varias veces, hasta que el ojo avizor del juez filolos sin ventaja y lanzó sonoro:

—¡¡¡Chás!!!!

Partieron como centellas, gritando confundidos jinetes y público y, a media cancha, ya el peludo y flaco rocín había echado alas cual nuevo hipógrifo, dejando a su contrincante sin haberle ni olido el rabo. Arremolináronse en grupos los enardecidos caballeros y oyéronse algunos gritos:

—¡¡¡Pillería!!! ¡¡¡Pillería!!!

Pero dieron el salomónico fallo los jueces y el público fué despejando, acercándose a trasegar unos tragos de la "baya" "pamatar el gusano". Rasguear de guitarras y acompasado tamboreo, seguidos de voces que entonaban agitadas canciones; una pareja que dibuja el compás sobre la pista, palmoteos entusiasmados y "tallas" que vuelan picantes por el aire... En la borrosa penumbra del crepúsculo, bajo la fronda rumorosa de los árboles amigos, la "cueca" salpicaba el espacio de una sutil melancolía.

INQUIETUDES

Los vuelos de la imaginación, el impulso de la voluntad la inquietud del espíritu y los desasosiegos del alma, forjan en la juventud esa fuerza avasalladora que la arrastra a cometer toda suerte de empresas por imposibles que parezcan. En esa edad visionaria parécenos todo fácil y realizable: el sendero erizado de ásperos escollos y obstáculos insalvables, vémosle liso y despejado, y así, lanzamos la loca carrera en demanda de la meta convencidos de que nada detendrá nuestras arrogancias y que llegaremos pletóricos de vida y energías al final que nos propusimos! . . . ¡Pero el camino es largo, sinuoso, entorpecido de dificultades! . . . A media jornada, el peso de los desencantos, las jugadas de la suerte y el sino fatal que nos gobierna, van minando inexorablemente nuestras energías, caducando nuestros entusiasmos y apagando el ardor de la sangre moza y batalladora hasta arrastrarnos a una indiferencia que hunde el soplo viril que nos alienta, en un estado miserable y comatoso! ¡Han pasado varios años, Juan Ramón, que a su llegada apenas apuntaba el incipiente bozo, háse convertido en un hombre, en un

perfecto comerciante! Sabe, como cualquiera, conocer a primera vista el que llega a "emplear" y calcula con precisión matemática los artículos que debe mostrar, en primera fila, para que el cliente "pique"... La idiosincrasia del estudiante ha dado una vuelta de campana: sabe sonreír a la gentil compradora que le hizo trabajar dos horas y media para pedirle con una gracia celestial una "muestrecita", conoce el lado flaco del receloso huaso espinudo como un cardo y atiende, solícitamente, a la respetable matrona, llena de arrumacos, arisca y enojona, vidriosa y zalamera. Nada más sutil y plegable que la psicología de un perfecto comerciante, debe en primer término diluir su personalidad en múltiples facetas adaptables a cada caso particular con perfecta justeza, ha de saber escuchar calmadamente conversaciones interminables, opinar con todos, y soportar seráficamente las más escogidas expresiones del repertorio de la lengua. Y, si por casualidad, el comprador se marcha sin adquirir el artículo, la mirada anonadante del jefe o patrono, cáele encima con el formidable peso del reproche más espantoso... ¡No discutir jamás!... aunque la razón amenaze aplastar el universo... y torear la suerte, ¡que suele ser una "miura" de malísimas intenciones!... Por todo había pasado Juan Ramón hundiendo su personalidad en las turbias aguas del marasmo; vencía, pero, a costa de sacrificios atroces, transcurría su vida devorando en sus fauces insaciabiles los arrestos de su vigorosa juventud. Los días, los meses, los años, caían gota a gota sobre su corazón, monótonos, eternos, desesperantes... La belleza, los placeres, la sonrisa del mundo, cruzaban raudos y lejanos como un sueño vaporoso imposible de alcanzar. Muchas veces monologaba:

—¿Vale la pena vivir esta vida de molusco, pegado a las cuatro tablas del mostrador, sintiendo pasar las horas alejado de su contacto como una película cinematográfica? Supongamos que triunfas, Juan Ramón, haz un vuelo con tu imaginación hacia el futuro y responde a esta pregunta: ¿Crees tú que a la edad avanzada en que esto va a suceder (si es que ocurre) estará tu organismo apto para gustar los placeres que te ofrece el mundo? ¿Con qué dineros te pagarás de tu juventud perdida, de tus ilusiones rotas, y del terrible desencanto que soportarán tus hombros? Una ola de amargura sumergía su alma en la desesperación y volvíale el genio arisco y envenenado. A duras penas contenía los furiosos embates de sus acometidas, y su voluntad puesta en tensión inaudita, revolvíase acorralada como una fiera, luchando a brazo partido contra aquellos enemigos invisibles. Aquietaba sus nervios el cansancio de la labor diaria, y después, a solas consigo mismo, volvía su pensamiento hacia el hogar lejano donde su santa madre acaso rendía su vida abrevando el amargo acíbar de su ausencia... ¡Hay que luchar! y tornaba de nuevo a la batalla, remozada el alma por el suave y reconfortante licor de la esperanza!...

EL AVE TIENDE SU VUELO

Un día no pudo soportar más...

—Señor Gómez, me voy...

—Pero, muchacho, piénsalo bien. Aquí pareceme que no estás mal; nosotros algún día dejaremos esto y lo natural es que quedéis vosotros. Vas a gastar tu platita y a perder la situación que tienes ganada. ¡Es una locura y le escribiré al señor Campomanes sobre el asunto!

—No, señor; nada ni nadie me detendrá en mi determinación. ¡Me voy!... No es que esté descontento, no señor: es que... no puedo seguir trabajando... me siento mal... ¡vamos! no puedo.

—Vaya usted a ver al doctor; cuídese, descanse unos días...

Cortó rápido:

—No es cosa de médicos... Necesito... aire... me ahogo... el ambiente me sienta mal...

Contaba a la sazón veintiocho años, había pasado doce en el oscuro rincón de Los Olivos y salía de él con el alma albo-

rozada, respirando a pleno pulmón los sutiles aires de la libertad:

—¡Por fin, pensaba, voy a rehacer mi vida! ¡A la capital! ¡Es allí donde yo debía estar hace mucho tiempo! ¡Esto no es vivir! ¡Me desquitaré con creces de los años perdidos!...

Y mientras el tren cruzaba raudó los feraces valles de Colchagua, Juan Ramón, en alas de la fantasía, fabricaba castillos en el viento, presentía la fortuna esclava a sus pies y una existencia dichosa, plétórica de agradables sorpresas. La llegada a Santiago sorprendióle en un sueño; el bullicio de la estación Alameda sumió, sus mal despiertos sentidos, en un pertinaz aturdimiento. Caminaba con desconcierto y cuando el solícito mozo de cuerda le preguntó el hotel dónde llevar el equipaje, respondió desconcertado:

—¡Pues...—quedó pensando largo rato.—Pues... mire, llévelo al Español!— Por fin había acudido a su memoria el único título que recordaba en Santiago!

A la salida, en doble fila, un enjambre de choferes y desarra-pados infantes acudieron a ofrecerle sus servicios:

—¡Auto, patrón!

—¡Le llevo la maletita!

Juan Ramón mirábales con embobado semblante, siguiendo automáticamente los pasos del mozo. Llegaron al auto, acomodó el equipaje y arreglaron cuentas.

—¿Adónde?

El mozo adelantó la dirección:

—¡Al Español!

Partieron Alameda arriba como un relámpago, hasta San Francisco, y tomando por San Antonio dieron con el hotel en refe-

rencia. Una vez acomodado en la "pieza", distendió los brazos en voluptuoso desperezo, y mientras se preparaba para cambiar de vestimenta, pensaba para sus adentros: ¡Qué diablos, Santiago es Santiago! ¡Veremos lo que se tercia!

Reposados los nervios, por una descansada noche, a la mañana siguiente, pulcramente acicalado, salió, al azar, en demanda de aventuras por las calles. Observó con terror que el instinto de la ciudad habíase ausentado totalmente de sus sentidos; perdíase en el propio centro, y lo grave que sentía invencible repulsión por preguntar su ubicación a ninguna persona. Bajó por Estado, dió vuelta por Agustinas y, sin saber cómo, deambuló estúpidamente por una serie de calles hasta llegar rendido a la Alameda.

—¡Tomaré un tranvía!—pensó.—¡Es una brutalidad que me ponga a caminar sin pies ni cabeza!—Preguntó a un guardián:

—Dígame, señor, ¿qué tranvía debo tomar para llegar a Providencia?

Dióle el número, pero, como no le explicara dónde debía subir, hízolo en sentido contrario, y se alejó varias cuadras del lugar adonde tenía intenciones de ir. Pensó para su capote:

—¡Decididamente estoy hecho un perfecto imbécil!

Los años transcurridos en el tranquilo rincón de Los Olivos habían recubierto de rusticidad la viveza característica, que se adquiere en la agitada vida de las grandes urbes. Sentía envuelto en pesada bruma el sentido de orientación y el cerebro embotado y tardo en sus resoluciones. Llegaba del sosegado lugar campesino, cuya maravillosa quietud apenas si interrumpían, ni el rumor de las frondas mecidas por el viento, ni la peregrina corriente del río que corre lamiendo las floridas plantaciones de naranjos.

El ajetreo de las calles, chirriar de tranvías, alaridos de "claxon"; trepidar de motores, percibíalos como un sordo zumbido que le dejaba inconsciente. Poco a poco tornaba en sí y dirigía sus ojos en derredor buceando una salida que le llevara al objetivo determinado. Aplomaba el andar y presumía cierto desgaire como de persona que lleva sobre sus hombros el peso de graves preocupaciones. Pero en su ridículo azoramiento sentía que la sonrisa de los transeúntes caía sobre él con mal disimulada sorna. Parecía que miles de ojos se clavaban en su ropa, en sus andares, en su sombrero y en sus torpes ademanes... ¡Había perdido el ritmo de la ciudad! ¡Una sorda irritación le atosigaba; de buena gana hubiera gritado a todo pulmón; contra imaginarias burlas:

—Señores, ¿qué miráis tanto?... ¡Pues, sabed que este "cura" ha sorteado con más salero que Lagartijo, los peligros del tránsito de Barcelona y Buenos Aires.

Después continuaba en sus meditaciones:

—¡De todas maneras estoy hecho un bruto, hay que reconocerlo!

Por fin venía a caer en la cuenta de que nadie fijaba su atención en él y entonces revolvíase en un gesto de rebeldía:

—Pero, ¿qué se habrán figurado estos lechuguinos? ¿Soy yo diferente al resto de la humanidad?

¡Natural, precisamente, porque era igual a los demás seres humanos, pasaba revuelto, entre la barahunda de peatones, completa y lógicamente desapercibido!...

NUEVAS AMISTADES

Algunos comprovincianos suyos, compañeros de hospedaje, presto hicieron amistad, atraídos por el aire de honrada simpatía que iluminaba su semblante. Dos de ellos, naturales de Somonza, pequeña villa astúrica, situada en la boca del Sella, ofreciéronse para dirigir los primeros pasos de Juan Ramón por la populosa capital de Chile:

—¡Ya verás, neñu, qué fácil es darse vuelta por estos andurriales!

—En cuanto salgas conmigo vas a avisparte de lo "lindo".

—¡Oye, chico, hay por aquí cada "cabra" que te vas a quedar bizco!

—¡Deja, "no más" yo te enrielaré!

La primera salida hiciénronla en la noche, y observó con disgusto, que a pesar de lo temprano de la hora, las desiertas calles empapábanse de una tristeza desconsoladora. Había cesado el sordo gruñir de la multitud y sólo se perdían, de vez en cuando, el rumor de unos pasos allá en la borrosa penumbra . . .

¿Pero dónde estaba el mujerío de Santiago?

Caminaron en silencio algunas cuadras y penetraron por angosto pasadizo iluminado de rojo, hasta dar con una ancha cortina de negro terciopelo que corrió el "groom", dejando a su vista un salón de regulares dimensiones. Blas Cortijero, que era uno de sus nuevos amigos, apuntóle al oído:

—¡Llegamos al famoso "Caimán Rojo". ¡Verás lo que es bueno!

A juzgar por las trazas coligió Juan Ramón que habían puesto pie en un cabaret, que por aquel entonces hacía furor en Santiago. Un salón cuadrangular, con levantados pasadizos ojivales, decorado caprichosamente con ciertos tanteos de modernidad, en cuyo fondo brillaba la luz de la cantina y varias mesas alrededor de la encerada pista de baile, ofrecióse a su vista que trataba de escudriñar los amables ocultos rincones donde su fantasía soñaba quién sabe si qué nebulosas aventuras...

Tomaron asiento frente a la orquesta, encaramada sobre las ojivas columnas, y acudió el "garçon" ofreciéndoles mujeres y licores.

Cortijero habló por todos:

—Pues vengan de ahí entrambas cosas...

Cuchicheos del mozo por entre las femeninas asistentes, algunos adjetivos de grueso calibre que se escapaban como tiros por el aire, semblante congestionados, viejos verdes ahitos de alcohol que manoseaban lúbricos, juveniles pantorrillas de mujer y la orquesta que rompía el tumulto con los acordes del fox trot de actualidad. Juan Ramón esperaba con impaciencia la llegada de la compañera que había de tocarle en suerte. A decir verdad, el elemento femenino era bien "chegre" (hablando en jerga "cabaretiana"), olía a prostíbulo y a sordas tragedias mise-

rables... Parecía que, bajo la falsa alegría con que inútilmente presumían empañar el ambiente, asomaba el dolor su faz desencajada y sentía que una inmensa amargura le torturaba sin saber por qué. Por fin, guiadas por la sonriente cara del mozo, aparecieron las tres gracias... Rebeca, morena, fármica y desgarrada, sentóse al lado de Cortijero. Elsa, trigueña, de ojos claros y mirada triste, hizo pareja a Juan Ramón y Julia, vivaracha y oscura, suspiró tierna en los brazos de Pepe Caneja. Un viejo vals empapó de sutil melancolía el pesado ambiente, y los tres amigos, silenciosamente, balancearon sus cuerpos, unidos en estrecho abrazo con sus compañeras, retraídos por ese respeto instintivo que antecede a toda relación del hombre con la mujer. Elsa, intentó en varias ocasiones dirigir la palabra a Juan Ramón, pero desistió ante la mirada dura de nuestro amigo que pasaba por momentos de angustia y desilusión. Encogióse de hombros y continuó bailando con desgano; después, entonó susurrante los compases del vals con síntomas de mortal aburrimiento. Juan Ramón preguntóle:

—¿Te aburres, amiga mía?—Y como recibiera el silencio por respuesta, continuó: —¡También yo, hija mía, también yo!...

Terminado el baile sentáronse de nuevo y pidieron unos tragos de fuerte que bebieron ávidamente. Sentían la necesidad de romper el hielo que les separaba, repitiendo a menudo la dosis, hasta que se notaron en estado de cometer toda suerte de locuras. Juan Ramón no había perdido la cabeza hasta el punto de no poder establecer comparaciones, y así, mientras transcurrían las horas, pensaba en su interior:

—¡Habíanme contado a mí que la alegría del chileno es triste ¡y es verdad! Ahora dóime cuenta exacta por lo que a mí me

sucede. Allá, en mis tiempos de estudiante, nos juntábamos unos cuantos y con cuatro reales armábamos cada trocatinta de todos los diablos. ¡Había alegría a chorros y suplíamos la falta de dinero, con la jarana y el humor que se nos salía a borbotones por los poros! Aquí, en este recinto, véolo todo turbio y gris, y los esfuerzos de la charanga, dilúyense en nuestro ánimo, acogotado por no sé qué misteriosa pesadumbre. ¡Hay que beber hasta embriagarse, hasta perder el sentido de las cosas para que una falsa alegría nos cubra con su máscara!

Así era en verdad; a pesar del aire de despreocupación y suficiencia que pretendían insuflar las parejas que danzaban en la pista, notaba Juan Ramón una decadencia aplastante y parecíale que todo estaba saturado de algo impalpable que envenenaba el aire, haciéndole sufrir una desilusión aplastadora. ¡No valían la pena las mujeres que allí ofrecían sus mustios encantos! La Rebeca, la Elsa y la Julia, adoptaban "enfáticas actitudes y pedían tragos, guiñando el ojo al camarero, buscando la coima que debían abonarles al final de la jornada. Juan Ramón asqueóse de este indigno juego y suplicóle a su compañera:

—Chica, no hay necesidad que te abotagues con licor, si quieres beber, bebas, y si no, pues te daré la diferencia en dinero, ¿qué dices?

—Yo, nada; hagan lo que quieran...

La orquesta preluvió los compases de un tango, una angustia infinita arañó la garganta de Juan Ramón, y mientras se lanzaba al torbellino del baile, las notas pringosas, de arrabaleras tragedias, apretaban su corazón como una garra que se gozara en su lenta agonía dolorosa... Algunos muchachos "bien" trataban de hacer notar su presencia, adoptando estudiadas pos-

turas, hablando alto y llamando, entre risas y gritos, a sus amigas del hampa.

—¡Que te vaya bien, Rebequita!

—¡Felicitaciones, Elsa; te pescaste un "congrío"!

Sonreían éstas, como halagadas por el hipotético homenaje... Confidencialmente, la Elsa habló a Juan Ramón:

—¡Fíjate, ese que me habla, es Larrondo-Rivas, de lo mejorcito de Santiago... ¡Somos amigos!

Decíalo con mal disimulada satisfacción, mirando a las demás muchachas por encima del hombro, con arrumacos de infinita superioridad:

—Usted habrá creído, mi hijito, que soy una cualquiera... ¡Pues se equivoca!

Y refirióle por lo menudo la historia de su desgracia, en la que nuestro amigo apenas si puso atención preocupado por las hilarantes manifestaciones que Cortijero lanzaba en la mesa donde refrescaba su gazzate con excesiva frecuencia. Dos o tres tipos de firme contextura y enguantadas manos, lucían su garbo balanceando el cuerpo con matonescos desplantes. Acercáronse a la mesa y encarándose con Cortijero intimidáronle silencio:

—¡Oiga, amigo, no meta "boche" si quiere estar en paz!

La contextura física de Cortijero no era de las que metían miedo a nadie... antes debemos de confesar su insignificancia, pero, era puntilloso como demonio y no aguantaba "pelos sobre el lomo", y levantándose de su asiento contestó con arrogancia:

—¡Bueno! ¿Y quién le da a usted vela en este entierro? ¿De cuando acá no va a poder reírse uno? ¿Estamos en misa o qué?

Uno de los guapos, desvistió el abrigo y jugando piernas acer-

cósa a Cortijero en boxeril guardia, con ánimo indudable de soplarle un moquete. Juan Ramón, alterado y pálido, terció en la contienda, interponiéndose entrambos. Pepe Caneja empuñó nervioso una botella. Las mujeres apartáronse llenas de melindres. ¡Faltaba sólo la chispa que prendiese los caldeados ánimos para que estallase el incendio, armándose la de Dios es Cristo! Precipitadamente acudió el dueño y puso paz en aquel campo de Agramante. Serenos los nervios, la fiesta continuó sin interrupción hasta bien entrada la mañana. Acompañaron a las gentiles damiselas hasta sus respectivos hogares y la Elsa convidó insinuante a nuestro héroe, que penetró por el vestíbulo de un sucio chiribitil de la calle Eleuterio Ramírez. En la destartalada y maloliente habitación, un rubio e inocente querubín, dormitaba plácido, descansando el oro de sus bucles sobre la mugrienta almohada. Juan Ramón detuvo el paso y colocando sus manos sobre el barandal del catre, contempló silencioso el sueño de la inocencia... Llamó:

—¡Elsa!

—¿Qué pasa!

—¿Y este nene?

—Es mío...

—¿Pero tú me crees capaz de acostarme contigo al lado de esta criatura?

La Elsa levantó la cabeza y abandonando las manos sobre el abierto cajón de la cómoda donde buscaba unos paños, recitó quejosa:

—¿Y qué quieres que haga? Necesito vestirle, comer... no tengo más pieza que esta...

—¡Pero mujer! ¿En esta promiscuidad inicua vendes tu cuer-

po y te entregas a los hombres? ¡No tienes perdón de Dios! ¡La verdad no te creía tan pervertida!

Herida en lo más vivo, alzó su cuerpo violenta y apostrofó a Juan Ramón:

—¡Bueno el “coño de mierda”, con la que me sale ahora! ¿Y quién tiene la culpa, tú que me compras para satisfacer un capricho o yo que me vendo para remediar una necesidad?

Agitóse indignada, revolviendo con furia los trapos del cajón, y cuando levantó la vista hacia él, brillaba en sus ojos una lágrima que éste no supo descifrar si era de rabia o de sufrimiento:

—Mira, no te pongas así, yo, aquí, no me quedo, ¡ni aquí ni en ninguna parte! Pero, toma, no perderás la noche!

Y alargándole veinte pesos salió de la estancia, rumiando en sus adentros la tragedia de aquella mujer que la vida arrastraba por el fango y la maternidad ennoblecía hasta lo sublime!

EL RETABLO DE MAESE PEDRO

Al siguiente día, juntáronse los amigos a la hora de almuerzo, comentando entre carcajadas las incidencias de la noche. Juan Ramón, distraído y silencioso, sonreía vagamente y notándolo Cortijero preguntóle intrigado:

—Bueno, rapaz, cuenta algo. ¿Cómo estaba la "pelona" de anoche? ¿Te fué bien? ¡Habla, hombre, que estás hecho una ostra!

—Nada, chicos, una bagatela: la pobre muchacha pues era...

—¿Apostáis algo a que a éste le hallaron "huaso de punta y raco"? Oye, ¿qué historia te contó la "individua"? ¿Sería la del "descuido"?

Juan Ramón que le picaba en la punta de la lengua lo sucedido, hizo un esfuerzo guardando su drama en las profundidades de su alma, y con cara que quiso hacer sonriente, levantó la copa brindando por el amor y las mujeres...

Los tres en amigable charla, caminaron por Merced hasta la Plaza y de ahí bajaron por Estado. Hablaba Cortijero:

—En la tarde tenemos un "panizo macanudo". ¡Tres cabras

de rechupete!... Hélas convidado a tomar té en la "Linterna", a las cinco en punto. ¿Qué os parece?

Pepe Caneja, relamiéndose en lúbrico gesto, respondióle:

—¡De pistón!

—¿Qué dices tú, Juan Ramón?

—Hombre, yo creo que no debías tomarme en cuenta; no ando bien y temo estropearles el "plan".

—¡No seas...! la cosa está hecha. Llegamos al té, pedimos al mozo unos tragos con "malicia", bailamòs, seguimos bebiendo... entusiásmanse las cabras y las echamos para Apoquindo... y... ¡viva la Pepa!

Caneja aplaudió estruendosamente; algunos transeúntes dieron vuelta la cabeza y Cortijero recomendó disgustado:

—¡Caneja, no seas "cavernario" que nos pones en ridículo!

Avergonzado silenció las palmas... Hicieron hora jugando unos billares, y a las cuatro y media, allegáronse al lugar de la cita. En los vidriados mostradores, repletos de golosinas, que anteceden al salón, curioseando con volandera inquietud sorprendieron a las gentiles dulcineas. Cortijero ensayó una reverencia:

—¡Cómo están! ¡Tanto gusto de verlas por aquí y muchas gracias por su amabilidad de aceptar mi convite!

Rápida presentación mientras se encaminaban al salón:

—Rosa, Luz y María, mis amigos Ulloa y Caneja. ¡Adelante!

Penetraron al enorme salón cubierto de mesas y a una seña imperceptible de Cortijero, un mozo acercóse volando:

—¿Qué desea, señor?

—Mira, búscate una mesa, si es posible de aquellas que queden en el rincón al lado de la orquesta.

—¡Como no, señor, al momento!

En tanto el grupo quedó estacionado cerca de la tarima que circunda el salón por sus orillas, charlando insubstancialmente y dirigiendo su vista por la amplia sala, repleta de parroquianos. Volvió el mozo y guiados por él, subieron los tres escalones del entarimado y fueron a ocupar una mesa en el lugar elegido por Cortijero:

—¡Eso es! Aquí vamos a estar como príncipes.

Tomaron asiento y Cortijero, guiándole imperceptiblemente el ojo al garçon, pidió fuerte:

—A ver, unas tazas de té con los correspondientes añadidos y en seguida veremos.

Mientras se servían las "onces" las chicas buscaban el aplomo que da la costumbre para colocarse a tono. Meticulosamente procuraban hacer el consumo por el orden establecido, tratando de dar la sensación de que para ellas aquello era cosa de todos los días. Caneja insinuaba a Rosita, que era una morena graciosa y sentimental, los primeros tanteos amorios, dirigiéndole frases veladas, pisando con estudiada prudencia el terreno y demostrando un tacto estratégico de primer orden. Juan Ramón conversábale a María, circunspecto y retraído de cosas sin importancia y admiraba, con el rabillo del ojo, las finas curvas de su cuerpo de adolescente. Cortijero, más íntimo y dueño de la situación, acercaba su rostro a la picaresca melena de Luz desgranándole al oído la música de sus ilusiones. La típica orquesta argentina ponía su nota de color decorando el ambiente del salón, y los mozos, cruzaban raudos haciendo milagros de equilibrio con cafeteras, tazas y servicios. Dos mesas al frente de nuestros amigos, tres chicas de "agarçonados" semblantes chu-

paban displicentes sendos cigarrillos y bebían espaciosas el rubí de unas copas. De vez en cuando sonreían y cruzaban una pierna sobre la otra, mostrando los ampulosos muslos insinuantes. Había algo de fingidas aposturas "montmartrescas". Al lado un matrimonio provinciano hacía esfuerzos inauditos por mantener su incógnito, dentro de una mal estudiada indiferencia desdeñosa. En los intermedios del té, salieron a bailar sorteando, al compás de la música, las profusas mesas, cuyos ocupantes ponían especial atención a fin de no causar molestias a los danzarinés. Juan Ramón iba interesándose por aquella chica que acudía a una cita sin conocer los invitantes, con una inconsciencia admirable:

—¿Es usted nacida en Santiago?

—No, señor, vivo aquí de ocasión: mis padres están en Colchagua.

—¡Hola! Algo conozco de eso. ¿Podría decirme el lugar?

—En Curaico, cerquita de Los Olivos.

—¡Ah! Entonces hemos sido vecinos, yo estuve muchos años en ese pueblo.

—¡Sí! Mire la casualidad...

—O la suerte...

—¿Por qué?

—Porque vamos a ser muy buenos amigos...

—¿Cree usted?

—Es decir, si usted quiere. Mire, y para comenzar, podríamos tratarnos de tú. ¿Qué dice?

—Como guste...

—¡No! Así no: ¡como gustes!

—Bueno, pues, como ¡¡gustes!!

Terminó la pieza y fueron a sentarse tomados del brazo. Caneja apuntó:

—¡Chico, la suerte tuya! ¡Olé! los novios...

—Amigos nada más, hemos sido vecinos.

—Esto merece festejarse. ¡¡Chist!! ¡Garçon! Traiga unas copas de algo bueno, ligero como el viento!

Llegaron los recargados bajativos y continuaron bailando y bebiendo revueltos en la confusión reinante. Juan Ramón intimaba cada vez más con María. Con el continuo copeo desaparecía, como por encanto, la reserva de la chica, y poco a poco, charlaba entusiasmada de mil tonterías que les hacían sentirse unidos por una vieja y cariñosa amistad. Juan Ramón murmuraba:

—Ves tú, María, la mayor parte de esta gente que nos rodea paréceme hueca, sin alma, petulante, viene para que la vean, quiere hacerse notar ¡y sabe Dios cuántos sacrificios les habrá costado los cuatro trapos que llevan encima!... Seguro estoy que si me brindara para dejarlas en su casa, muchas no aceptarían por no descubrir lo humilde de su vivienda... ¡y, sin embargo, observa el mentido gesto de despreocupación y señorío que les embarga y el desdén con que se contemplan y miden!... ¿Es gracioso, verdad?...

María, abandonada en brazos de su compañero escuchaba a medias sus palabras, enardecida por el licor y la música que despertaban en su alma un cúmulo de encontrados sentimientos... Cuando terminó el baile, diéronse cuenta que Cortijero y Caneja, habían desaparecido con sus respectivas parejas. Juan Ramón experimentó el choque con la realidad, reflexionando con desagrado:

—¡Es verdad que habíamos venido a otra cosa... pero soy tan imbécil que héme dejado arrastrar ilusionado por los cerros de Ubeda!

Y explicóle a María:

—Oye, parece que éstos se han ido sin nosotros... Si quieres vamos a buscarles.

Desasosegada y nerviosa, María suplicó:

—¡No, por Dios! ¡Ya es tarde, qué dirán en la casa! ¡Vámonos inmediatamente!

Trató de convencerla, pero ella insistió:

—No, no, es tarde...

En el fondo de su conciencia, Juan Ramón experimentaba la lucha feroz entre los hidalgos sentimientos del honor caballeresco grabados indelebles, mamados en la cuna, y los aviesos consejos, que cual nuevos Mefistófeles, habíanle aleccionado sus amigos horas antes de la fiesta:

—¡No sea "leso" compañero! La cosa está hecha. En cuanto las "cabras" se entusiasmen con el trago, tomamos cada uno por su parte un auto, hablamos al chofer, las "raspamos" y después el "diluvio"...

Vaciló un segundo:

—Oye, María, tomemos un auto.

Le miró asombrada, en sus ojos temblaba la resignación fatal del sacrificio, resistió débilmente, y por fin, ayudada por él, acomodóse en el asiento, a tiempo que éste sentábase a su lado ordenando al chofer:

—Siga usted la dirección que esta señorita le ordene...

Apoyó ella la cabeza sobre sus hombros y mirándole con desmesurados ojos, murmuró con voz inaudible:

—¡¡Muchas gracias!!

REBELDIAS...

—¿Qué fué de tu humanidad que no se te ha visto el pelo desde nuestra deliciosa aventura?

—Afortunada para vosotros; para mí un desastre...

—Pues, chico, no me explico tu fracaso, el asunto estaba que se caía de puro maduro. ¡Pregúntale a Caneja!

Caneja a tiempo que se acercaba, reunió los dedos sobre el pulgar y llevándolos a sus labios, chasqueó la lengua como degustando exquisito manjar:

—¡Como se pide Don Vito!... ¡Miel sobre hojuelas! ¡Canela fina!...

—Os felicito. A mí—dijo como hablando para sí mismo— ¡extraña muchacha! hízome llevarla a su casa y conducirme como un perfecto "gentleman".

Risas de entrambos amigos.

—¿De qué os reís?

—¡De tus escrúpulos de monja!... ¡Pues chico, estás "aviado", si te "botas" en Santiago a sentimental, te vas a hacer famoso... ¿Pero no comprendes, alma de Dios, que te te pones

en ridículo? ¿No "cachaste" que todo estaba perfecta y lógicamente preparado?

—¿Queréis que os hable con franqueza? Pues bien, voy a confesaros que para proceder en la forma que vosotros me aconsejáis, tendría yo que nacer de nuevo. ¡Amigos míos! ¡así me parió mi madre y es difícil cambiar la psicología de un tipo, en lo relacionado con la conciencia, a los veintiocho o treinta años. Enseñóme ella a proceder sin dobleces ni engaños, y cuando me tenía apretado contra su corazón y yo estaba ya con un pie en el estribo para partir a Chile, díjome muy bajito, alentando sus frases en mi oído: —¡Hijo mío! mira bien que no tengas que arrepentirte de ninguna mala acción! ¡Recuerda siempre mis sufrimientos y desvelos por hacerte un hombre! ¡Tú, mi hijo, no serás un ladrón de honras, ni de conciencias, sino la personificación del deber, y en esta confianza viviré y moriré tranquila, dando gracias a Dios por mi ventura! Eso, amigos míos, llévolo yo clavado aquí...—y golpeaba la despejada frente— y es inútil que os canséis en aconsejarme el dolo y el engaño... ¿Os reís? ¡Allá vosotros! Para mí no es ninguna gracia embaucar a una criatura y arrastrarla a la prostitución, por el simple hecho de satisfacer apetitos inconfesables...

Quedaron meditabundos Cortijero y Caneja, tratando de digerir las expuestas razones. Limitáronse a sonreír en tanto que Juan Ramón giraba sobre sus talones y saludaba gentil, perdiéndose en el tráfago de las calles. Sin saber cómo encontróse a orillas del río Mapocho, y cruzando el puente que da frente al monumento de Baquedano, adentróse en la calle que muere a los pies del San Cristóbal. Subió al funicular, y ya en la cumbre, encaminó sus pasos al Santuario de la Virgen, cuya enorme

imagen tiende sus ojos al azul del cielo, implorando clemencia y abre sus brazos en un gesto de protección hacia la ciudad que circunda el firme pedestal donde descansa.

—¡Ah! gritaron sus pulmones al recibir la fresca caricia del aire puro y saturado de alegres fragancias campesinas! Sus ojos maravillados contemplaron la ciudad desparramada en círculo, como cobijándose bajo el ala protectora de aquellos brazos divinos. Las soberbias avenidas dividíanla con sus firmes trazos, interrumpidos por las verdes motitas de los árboles; el pequeño Santa Lucía emergía la fronda de sus copudos habitantes, cuyo follaje mecía la canción vagabunda de los vientos; el río Mapocho bordeaba sujeto en su caprichoso cauce los dilatados basamentos que morían a sus pies, como sorteando la graciosa curva de sus férreos puentes; un sordo fragor llegaba hasta sus oídos transportándole a lejanos lugares de la costa; parecían las casas de cartón y las gemelas torres de los Sacramentinos esbeltos minarettes desde donde el muezín clamaba su voz quejumbrosa invitando a la oración; la tarde agonizante empujaba lentamente el soberbio carro del sol que apagaba su lumbré esplendorosa allá en la lejanía, tiñendo de añil las desflocadas nubes y empujando el prodigioso armiño de los Andes.

Juan Ramón meditaba:

—¡Ese clamor que hasta mis plantas se dilata, es como la vaga orquestación de la ciudad que lucha! ¡Vibran confundidos la alegría y el dolor, la efímera dicha del placer fugaz y la eterna lamentación de las hondas tragedias que la conmueven! ¡Parece que una mano omnipotente dirige la batuta, a cuyos acordes movimientos, los minúsculos peatones cruzan las calzadas como aplastados bajo el peso del sino fatal que les empuja!

Alegres pajarillos rayaban el espacio con su vuelo caprichoso y tornaban al nido huyendo de las medrosas sombras que avanzaban. El chirriar del ascensor rompía la soledad de la hora y algunas desperdigadas parejas volvían a tomar asiento, musitándose al oído las divinas palabras inmortales... Juan Ramón sentía el alma saturada de una sutil y agridulce melancolía, sonaban a huecos sus pasos que repercutían en su corazón como una marcha fúnebre. ¡Si hubiera una mujer, una sola, que leyese en su pecho la sed de cariño que le ahogaba! ¡Soy un sentimental—pensaba—un estúpido sentimental! ¡Una mujer? ¿Adónde encontrarla? Acordó su andar a las desigualdades del áspero lomaje, y envuelto en la bruma de sus desilusiones, llegó al funicular a tiempo de tomar asiento para entregar de nuevo su espíritu a la voráGINE de la ciudad...

CON LAS ALAS ROTAS

Pasaban los días sin que Juan Ramón encontrara una ocupación a tenor de sus aspiraciones. No era fácil entrarse de rondón y caer "parado" en una casa comercial, mayorista y fuerte. Había muchas cuerdas para un solo trompo y hacía necesario comenzar de nuevo, hasta dar a conocer la valía de sus aptitudes. Consiguió entre los compatriotas algunas recomendaciones, y premunido de ellas, acercóse a varias firmas del comercio mayorista, y en todas partes recibía igual o parecida contestación:

—Señor, lo sentimos mucho; pero, en la actualidad, no hay vacantes. Espérese un tiempo y le avisaremos.

Así fué perdiendo las esperanzas y comprobando con inquietud que los escasos fondos de sus reservas disminuían rápidamente, amenazando con quedar exhaustos. La ciudad no se entregaba con la facilidad que él se había forjado en sus optimistas divagaciones; la vida no se resolvía como en las películas: a gusto de los espectadores, era algo rudo, serio y brutal, una espantosa agonía a la que había que oponer toda la vitalidad de una voluntad de acero y la sagacidad del zorro para no ser

destrozado, aniquilado, en sus ocultas emboscadas. Rindiéronse sus ilusiones, aplastadas bajo el peso de su destino fatal. Presentía que de seguir en Santiago, presto se convertiría en un guiñapo. Reflexionaba amargamente:

—¿Por qué será mi suerte perra?

Creía examinar desapasionadamente su preparación y conocimientos, juzgándolos en paralela comparación con los que poseían algunos amigos bien puestos y a los que todo les salía a pedir de boca.

—Fulano—pensaba—que no tiene nada de particular, que no sabe dónde lleva la mano derecha, que carece hasta de educación y cuya figura es un desastre, ocupa un puesto de responsabilidad y representación, embolsándose mil quinientos del ala... mensuales. Zutano, que en su vida ha sabido pronunciar una frase a las derechas, arrea con cinco muestrarios y vende lo que quiere y Perengano, ocupa la jefatura de una importante firma de la ciudad... En cambio, yo, que no seré un ente superior, pero que comparativamente alcanzo la misma altura, por lo menos, y me quedo corto, apenas se me presenta algo en que ganarme el sustento.

¡Acaso, Juan Ramón, en sus apasionadas divagaciones, no alcanzaba a traslucir las cualidades que les hacían triunfar ampliamente en la lucha, cegado por el amor propio que arraigaba tan hondo en las profundidades de nuestro ser!

Decíase aterrado: —¡Un momento de vacilación y estoy perdido! ¡Debo sobreponerme! Y escribió a unos comprovincianos y vecinos suyos, establecidos en San Rafael, solicitando su ayuda para colocarse. A los pocos días recibió la anhelada respuesta: rogábanle diera una vuelta por allá para ver el modo de

arreglar su situación. Aligeróse el peso de sus amarguras y un rayo de optimismo iluminó su entenebrecido semblante. Sus amigos notáronle el cambio. Cortijero silabeó dirigiéndose a Caneja:

—¡Hombre! ¿Qué bicho le habrá picado a éste? ¡Tiempecito que no le veíamos una cara como la que trae!

Oyole Juan Ramón y contestó alegre:

—¡Pues, chico, que me voy! ¡Que ya encontré ocupación!...

—Pero, ¿adónde?

—En el campo, en San Rafael...

—¡Pchs! ¿Y eso te alegra?

—¿.....?

—No pongas esa cara, te lo digo porque fuera de Santiago ¡nada! ¡A mí no me vengán con pamplinas! ¡Los "potreros" ¡pa los bueyes... y pa los huasos!...

—¡Hombre!... eso...

—No sigas! E. s. o... es así! Vas a vivir una vida estúpida: levantarte, comer, dormir...

—¡Y trabajar!...

—¡No! eso no es trabajar... ¡eso es romperse el alma, sin alicientes, sin nada! ¡Probín Juan Ramón, compadézcotel!...

Juan Ramón habló pausadamente:

—No me compadezcas, envíame. ¿Quieres decirme tú, Cortijero, cuáles son los alicientes de los que tanto te vanaglorias?

—¡Pero, chico! ¿Vas a discutir!

—No, discutir, no; hablemos como amigos, pongamos en una balanza imaginaria el pro y el contra, y veamos dónde se inclina...

Cortijero, con aire de suficiencia, respondióle:

—¡Vaya, vaya! ¡Fáltate algún tornillo! ¿Vas tú a comparar

las comodidades que aquí se encuentran en todo orden de cosas, con la rusticidad de medios que se estilan "poa allá"? Dime, alma de Dios, el movimiento de las calles, el tráfico comercial, lo variado y cómodo de los espectáculos, que nos ponen en contacto con el resto del mundo civilizado, la sociabilidad de las gentes, la elegancia del mujerío, arte, lectura, música y lo que quieras, encuéntraslo aquí, al alcance de la mano, y todo ello, hace que los días no se sientan y las noches pasen como relámpagos. Esto, amigo Juan Ramón, ¿no vale nada para ti? ..

—¿Y nada más?

—¡Te parece poco!

—Pues a eso opondré yo el dulce sosiego del ambiente campesino, la serenidad del amplio paisaje cuyos horizontes piérdense en la lejanía hasta confundirse con el azul del cielo, propicios a la meditación y al ensueño, y la maravillosa quietud que adquieren nuestros nervios al contacto con la naturaleza. La vida, amigos míos, es dulce y amable: las ambiciones, el desasosiego, la angustia neurótica, que traen aparejadas la velocidad y el ajeteo de las densas urbes, desaparecen diluídas en la armoniosa visión que hiera nuestra retina ante la majestad de un sereno atardecer o ante la fantasía de una espléndida mañana de primavera! ..

—¡Ta, ta! ¡Señor poeta!... ¿Esas tenemos? ¡Pues amigo mío con tu pan te lo comas!... que a mí no me mueve de aquí ni un terremoto... Vete enhorabuena con tus potreros, tus animales y tus sencillas costumbres a rumiar tus desencantos y majaderías allá por San Rafael... ¡y que los vientos te sean propicios!... Referente a mi humilde persona pienso que encuéntrase muy a gusto donde está y creo que los amigos te miran

con un poco de temor, calculando que puede faltarte algo... ¡vamos que fallas!...

Juan Ramón prosiguió ensimismado:

—Todo es más puro allá: el campesino que te ofrece hidalgamente el pan de su mesa, y el lecho de su hogar, la mujer que se entrega ingenua y desinteresadamente a tus brazos, los amigos que te invitan a tomar un trago, el trago delicioso y espumante, puro y transparente, jugo exquisito de la torcida parra, el habla dulce y cantarina que penetra muy hondo y la sincera y generosa hospitalidad que abunda por todos los caminos como algo genuino y representativo de la raza. ¿Te parece poco? Pues añadiré por sobre todo esto: tu vida interior. En la ciudad atropéllase por esas calles de Dios, llevando una existencia sobresaltada, superficial, frívola, en desdichado contubernio con la inmoralidad y la petulancia. ¡Siempre con la máscara puesta, y el cuello almidonado y la pechera tiesa y la sonrisa falsa y un mundo de prejuicios estúpidos que apenas se soportan sobre los hombros!... Amigo Cortijero, el que no se ha tumbado en una tarde soñolienta bajo la fronda de los sauces, ni dejado cabalgar la loca fantasía sobre las ondas peregrinas del río, ni ha visto cruzar el estero a la bueyada, ni sentido tintinear la espuelas por las umbrosas alamedas, ni...

—¡Basta! ¡Basta! ¡Ni media palabra más! ¿Cuándo es tu huida?

—Mañana.

—¡Hombre! ¡Deja tiempo para despedirte...

—Muy agradecido; pero, es imposible.

—¡Qué lastima! Tú hubieras dado fuego en Santiago, créemelo; necesitabas para triunfar ponerte a tono...

—¿Triunfar a costa de mis sentimientos? ¡Prefiero la derrota!

—¡Hombre, no seas extremista! Con que te hubieras adaptado un poco bastaba; pero, chico ¡eres cerrill!

Juan Ramón, no pudo menos que sonreír, y después de un rato de amena charla, comentando algunos incidentes que le habían sucedido en Santiago, despidióse de todos cariñosamente, rogándoles no le echaran al olvido.

POR LOS CAMPOS DE CHILE

San Rafael, por la envidiable situación geográfica que ocupa, podríamos colocarlo en pleno riñón de Chile. Es el extracto, la esencia, el más chileno de sus paisajes y lo más castizo, en cuanto a sus costumbres y habitantes se refiere. Circúndanlo feraces valles, rodeados de cerros, y los enormes campos dan al sol el oro de sus mieses, que la brisa cordillerana peina delicadamente. Los emparrados lucen la amable sombra de sus hojas y las caprichosas interrogaciones de sus pámpanos; las plantaciones de naranjos bordean los caminos saturándolos de fragancia; la tierra generosa devuelve centuplicado el esfuerzo de su labranza y las interminables alamedas, dirigen al cielo la punta de sus lanzas, enhiestas, flexibles y rumorosas. Los huasos colchagüinos, jinetes bien "chantados", caracolean los "mancos" flameando al viento la roja llamarada de sus mantas:

—¡Güenas tardes, patrón!

Cantan acomodando el bonete y "apequenando" el cuerpo sobre las mullidas monturas; a la oración sácanse el bordado

chapeo, entrecejan el rostro y marchan meditabundos. . Si se "tercia" "ponele" un trago:

—¡Quién dijo miedo mi alma!—atráncense a la vara del despacho y escorzando el busto gritan con voz estentórea:

—¡Póngale una "cachá" por mi cuenta, amigo! . . .

—¡Agora me toca a mí compadrito!

Y si se "pican al verde", pues a desmontarse tocan, y ordenar torcerle el cogote a un par de "cluecas" para la "cazuela" ¡y se armó la rosca m'hijita! ¡Vaya a buscar la vihuela pa tanteale los puntos! y ¡vamos pegando que la vida es corta! . . hasta que bien entrada la noche, con ayuda de vecinos, cabalgan a duras penas sobre la paciente bestia que les lleva cuidadosamente hasta las mismas puertas de su casa. . .

Pero, San Rafael tiene un enemigo que solapadamente va rumiando el fecundo migajón de sus tierras. . . Nace por allá en los picachos andinos, que sirven de telón de fondo a la magnífica decoración de su paisaje, y va recogiendo en su andar aventurero y alegre, los mil arroyuelos que los deshielos trazan por las bucólicas vertientes. Las sedientas fauces de los verdes trigales, las reseca raíces de los árboles y los jugosos frutos de los naranjales, hallan en sus linfas generosas, los unos: el vigor para el cuaje de la simiente, los otros: el frescor de su sombra, y éstos: el agridulce sabor de sus gajos. En verdad que el estero Zamorano no alcanza a ser un río. . . pero tampoco desciende a la triste condición de mísero arroyuelo. . . Si fuéramos a juzgarle por el puente que tiende la armoniosa comba de sus arcos, desde la salida del pueblo hasta el camino carretero del Cardal, le daríamos con seguridad el pomposo título de caudaloso río. . . pero, de verano, en los días turbios que acoquinan

el deshielo, el estero cambia de cauce con una versatilidad desconcertante y puede atravesársele a la pata coja. De invierno, hínchasele las narices y carga, como un toro bravío, contra los débiles costados que pagan su tributo, entregando a sus aguas turbulentas, lo mejor de sus tierras. Por eso los vecinos de San Rafael cuando le ven débil aprovechan, conociendo sus mañas... para encajonarle a fuerza de defensas, dirigiendo su marcha como si fuera un chico travieso y regalón... En rigurosa justicia, la balanza inclínase favorablemente del lado de los beneficios que reportan sus aguas, ricas en detritus minerales que entrega como inapreciable abono a los campos por donde pasa. y, los agricultores que saben de su inagotable caudal, venero de riqueza y promesa cierta de futuras cosechas, cuidanle cariñosamente y perdonan sus diabluras.

Al convivir, por razones de su ocupación, con la gente campesina hallaba Juan Ramón fuertes adherencias en el espíritu de sus costumbres que le hacían recordar las de su tierra. Parecíale que Chile era como una provincia más del gran conglomerado de la raza, y venía a reafirmarle en su creencia el hecho de que, en la Península, existían en lo superficial y climático, diferencias notables que le hacían cavilar en una disparidad absoluta de costumbres, tradiciones y caracteres. Así, para su capote, encontraba que existía mayor divorcio entre un vasco y un valenciano, que entre un chileno y un andaluz, valga el ejemplo. En lo substancial había una pauta que marcaba el espíritu de la raza con una nitidez asombrosa: la misma sed de aventuras y de vagabundaje; el mismo empaque bravío y puntilloso. Cuando en las fiestas se acercaban a la vara en son de topeadura, hacíanlo sacando el pecho, exactamente igual que cualquier chaval al lanzar los primeros capotazos. También la cueca chilena tenía sus vagas apariencias de jota y el rasguear de las guitarras su prestancia andaluza. Al final de la juerga, los

excesos de licor despertaban los instintos belicosos, armándose "cada pelotera" de chicotazos que temblaba el credo . . . exactamente igual que en las "quimeras" de su tierra, donde también se "armaba la de Dios es Cristo" . . .

Solía llegar en sus andanzas comerciales hasta un rudimentario lugarejo empotrado en la falda de unos cerros, cuyas viviendas daban la sensación de algo primitivo y ajenado a la barahunda civilizadora de estos malhadados tiempos. Eran una sucesión de mal acomodadas rucas fabricadas de barro, y entoldadas con totora, por entre cuyos tabiques silbaba el viento, fisgoneaba el sol y se "aguaitaban" los vecinos . . .

Pero todas ellas tenían un buen cerco orillado por álamos, donde pastaban mansamente los vacunos y se revolcaban con fruición numerosas piaras de chanchos. Casi a la orilla del estero, que en aquel punto hacía un quiebro pronunciado, como queriendo empujar la pequeña parcela contra el cerro, levantaba su vivienda la señora Domitila Palma (una casa de altos que más parecía palomar que seguro albergue) famosa por sus conocimientos medicinales y por su afición a pleitos y pelambres.

La tal doña Domitila, al decir de las malas lenguas, tenía "pacto con el diablo" y usaba de ciertos ritos y menjunjes, que si no mataban a los supersticiosos pacientes que a ella acudían en busca de salud, daban harto que hacer al facultativo de San Rafael que había de remediar los yerros a fuerza de ímprobos trabajos. "Peladora" sí que lo era; ¡no quedaban en el lugar libres del veneno de su lengua, ninguno de sus vecinos! Con todos tenía cuestiones, a todos había movido pleito, y de todos hacía mofa abriendo la sima de su boca, en cuyas limpias encías, bailaba un solo diente una danza macabra al compás de

su risa cavernosa. Sus ojillos negros y fulgurantes asomábanse, como dos ratones, a la obscura penumbra de las cuencas, y los salientes pómulos, recogían las mejillas hacia las fosas nasales, dejando en tensión el masetero que mantenía a medio abrir el maxilar prominente, como esos dibujos de la muerte que muestran la calavera con una sonrisa infernal. Acorcovado el cuerpo, de cuyos hombros pendían dos brazos desgarrados; huesudas las muñecas que remataban unas manos sarmentosas y la pelambre sucia y como pegada a las cóncavas sienes... ¡La figura de doña Domitila parecía un capricho de Goya, y más de cuatro vecinos del peregrino lugarejo, juraban haberla visto cabalgar sobre una escoba en las inquietas noches sabatinas! Muralla por medio vivía don Juan Francisco Colina y Negrete, de acomodada posición y larga historia. En casa de adobe y teja, construída rústicamente, pero no exenta de comodidades, movía su corpachón el mentado don Juan Francisco, cuyas tragaderas lo mismo despachaban medio pernil de chanco que despabilaban un azumbre de vino. Contemplando aquel tipo cavernario, Juan Ramón, no comprendía cómo se las arreglaba para mantener en el índice de sus conquistas, varias mujeres, algunas de rostro agraciado y de juventud envidiable. Ultimamente, cuando ya la edad le hacía encorvar las anchas espaldas de titán, supo que convivía con dos... la propia—la del cevil—como él decía—y la barragana. No las separaba otra cosa que un tabique, tan delgado y flébil, que oíase el resollar de una parte a otra y se adivinaban divertidas escaramuzas amorias...

Parecía un señor feudal de vidas y haciendas, rodeado de "huachos", con el chicote en la diestra, el bonete de lana en la puntiaguda testa, el cuello atorunado abierto hasta el pecho,

un matorral de pelos pugnando por salir entre las aberturas de la camisa, unos ojos hundidos, abotagados, de alcohólico, y las narices enormes, granujientas y exudando acuosas. Pero tenía sus gracias... ¡improvisaba al contrapunto! ¡Y había que ver aquellos versos salir de su cabeza de elefante, monótonos, pastosos y picantes!.....

A juzgar por la tronitronante nomenclatura de sus apellidos y nombre, debía descender de algún fiero capitán de los tercios castellanos, de cuya estirpe quedábanle indicios en los rasgos fisonómicos y en la abundancia pilosa que le vestía. Trabajador sí que lo era, ¡como un león!... no le quitaba el cuerpo a lo que viniera y mantenía en su casa un pequeño negocio de comestibles para que las "chinas" no pasaran de ociosas...

—¡El hombre-patrón—comentaba—pa que sea hombre jeba tener toitos los vicios! ¡Así naiden la cuenta. cuentos! ¡Hay que arle gusto al cuerpo cuando lo pée! ¡Ya está! tocayito, sírvase un trago...

Y alargaba a Juan Ramón un vaso monumental de chicha cruda:

—¡Salú! ¿Ta güena?—decía limpiándose con el dorso de la mano. Después quedaba con la mirada vaga, perdida en el horizonte y expelía en un regüeldo formidable, que era como un rugido de liberación, los gases acumulados por los excesos cotidianos en el estómago.

Don Juan Francisco Colina y Negrete, era "cuaresmero", (quiere decir que, durante los cuarenta días de la pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo, no había poder humano que le hiciese probar una sola gota de licor). Apenas se acercaban los días de penitencia comenzaba a agriarsele el genio y descomponérsele

los nervios (que acostumbrados a la diaria ducha de alcohol, sufrían verdaderos trastornos con la repentina sequía), traduciéndose en desasosiegos angustiosos y un constante temblequeo que dejaba aquella humanidad como una hoja a merced de los vientos. Pero como tenía sus creencias aguantaba de firme, y por último, derribaba su maltrecho cuerpo en la cama, adonde acudían ambas mujeres a remediar sus males a fuerza de tisanas y agüitas calientes... El domingo de resurrección aun no asomaba el sol por entre los quillayes de la Laguna, cuando nuestro On Panchalo, con el semblante abierto en una sonrisa resplandeciente cabalgaba sobre la tordilla "pa ponele un taco por la fresca".

—¿Ya le va a poner On Panchalo?...

—¡Claroco, pué! ¿Estamos muertos?

De vuelta a su casa, entraba dando tumbos hasta el comedor y murmuraba en un resuello:

—¡Y dei! ¿Voy a pasar la vía jodío de acaballo, traajando como "alimal", sin probar lo güeno? ¡Las huinchas, pue fior! ¡Cuanti más que la otra vía eba ser un pelaero eterno! ¡Nuay ni aonde amarrar una bestia!

Después roncaba como un bendito y había que acostarle.

A don Juan Francisco Colina y Negrete y a doña Domitila Palma separábalos, además de la muralla medianera, una vieja rencilla que comenzó por una nadería y acabó envolviéndoles en un odio mortal. Ello fué que la señora Domitila tenía una engorda de cerdos que cuidaba como a las niñas de sus ojos,

pues, en su tiempo y sazón, habían de servirle para solucionar algunos graves problemas económicos de casa. Don Panchalo guardaba en la suya un verraco de raza, que era su orgullo, y el ser más apreciado en la familia... Acaeció, lo que había de suceder con los calores del verano... Un buen día, el arisco animal acordándose de sus atributos, hocéo la muralla por la parte más débil, ayudado por sus femeninos congéneres que del otro lado hicieron cuanto pudieron, hasta dejar un hueco capaz de dar cabida al impetuoso ladrón de honras porcinescas, que, así como penetró al cercado ajeno, hizo y deshizo, holló y desolló, y armó tal revolución que puso al vecindario en alboroto y a doña Domitila a pique de un ataque de nervios contra el que de seguro no le hubieran servido de gran cosa todos sus conocimientos terapéuticos... De ahí nació un pleito que entabló la Domitila por daños y perjuicios, al término del cual, entrambos quedaron como estaban, amén de unos cuartos que se comieron los papeles, abogados, viajes y testigos.

Era pues, aquella enemistad, algo tan arraigado en la conciencia del vecindario que, cuando se nombraba a doña Domitila, acudía de inmediato, por un extraordinario sortilegio, a nuestras retinas, la figura de don Juan Francisco Colina y Negrete...

Juan Ramón entregaba su alma sin recelos a las sencillas costumbres de aquel delicioso rincón que se le antojaba lo mejor del mundo. Transcurrían los días y los meses sin que una nube enturbiara su tranquilidad, había sido muy bien recibido en la importante casa comercial de sus comprovincianos y vecinos y

su natural sencillo encontraba amplio campo donde expandirse y desarrollar sus actividades. Iba ahorrando sus "pesitos" y lo pasaba admirablemente. A pesar de esto, Juan Ramón notaba un enorme vacío en su vida. La falta del contacto familiar sumáale en graves meditaciones; a veces no podía evitar que su imaginación volara al lado de los suyos en demanda del afecto cariñoso y desinteresado que sólo se anida en el pecho de una madre.

Los primeros años la imagen de sus padres llevábala en la retina grabada a fuego y acudía a su cerebro a todas horas. Pero, a medida que transcurría el tiempo, notaba con horror que se iba esfumando, apareciendo de tarde en tarde, cuando recibía carta o alguna noticia de la prensa rozaba por casualidad los cercanos lugares de su hogar. Además, las queridas siluetas llegaban débilmente dibujadas, borrosas, desvaídas . . .

Pensaba:

—¿Llegaré al extremo de olvidarlos? ¿Seré tan miserable como todo eso? Rebelábase tremante de indignación ante el hecho indudable y concentraba por un esfuerzo de su voluntad sus desperdigados recuerdos, reuniéndolos en un solo haz para repasarlos con fruición allá en lo más hondo de sus pupilas. ¡Tal como se recalcan las líneas de un dibujo querido que el tiempo comienza a destruir! . . .

La base de sustentación, el firme apoyo que hace triunfar en la ardorosa lucha por la vida al emigrante, constitúyelo la esperanza del retorno a los viejos lares, al rincón donde corrieron los primeros años de la infancia y donde nuestros sentidos recibieron las primeras impresiones, eternas e inmutables . . . ¡Tornar, tornar! . . . con la sonrisa del triunfo vagando en nuestros

labios al pueblo que nos vió nacer! Volver a los brazos de nuestros padres para decirles ebrios de orgullo:

—¡He aquí a vuestro hijo que ha sabido labrarse un porvenir para vosotros!

Este era el señuelo que Juan Ramón seguía con todas las fuerzas de su corazón y las energías de su alma. ¡Tornar, tornar!... pero al mirar hacia atrás dábase cuenta que las horas habían transcurrido como soplos, los días fugaces como relámpagos, y los años raudos, vertiginosos como rayos... La juventud escapábasele insensible por entre los dedos y observaba que su vuelta alejábale más y más ¡como aquellas lucecitas que tiemblan en las noches de los cuentos!... Si algún paliativo endulzaba el amargo acíbar de estas hogras grises, eran las atenciones que recibía de parte de los vecinos del pueblo de San Rafael.

PAISAJES DE CHILE

Es verdad que los paisajes de la provincia de Colchagua no tienen la grandiosidad del sur de Chile, donde la naturaleza parece que se hubiera mantenido inmaculada a través de los siglos para mostrarnos el fabuloso primitivismo de su formidable evolución. Es verdad que tampoco dan la sensación del desolado misticismo que se agita impalpable en las yermas pampas salitreras, ni la aridez de sus costas, ni la reciedumbre de sus conquistas legendarias... Pero los paisajes de San Rafael son delicados como una sonrisa, vagarosos como el ensueño, y dulces como la quimera... A través de sus campos traza el agua, juguetona y alegre, sus caprichos geométricos; los caminos ondulan su línea parduzca bordeando los potreros enormes hasta perderse en las alamedas rumorosas. A veces, un piño de animales galopa seguido de los vaqueros, que lucen vistosos arrees sobre briosos corceles, rompiendo con sus gritos la quietud de la hora:

—¡¡Alimal!! ¡Alimal!! ¡¡Alimal!! ¡¡Ah guacha!!...

El lazo dibuja en el espacio su parábola silbante, y el polvo si-

gue al arreo dejando su estela que el céfiro diluye en el misterio de su viajar sin rumbos. No tiene, no, la grandeza del sur de Chile, ni la mística desolación del norte, pero es un paisaje único, típico, genuino y regional. Tiene la dulce prestancia de la tierra, es un paisaje chileno y nada más. No, era pues, extraordinario que el temperamento apacible de Juan Ramón se plegara con facilidad a las costumbres de San Rafael y deleitara su espíritu en la contemplación de sus alrededores. Por otra parte, los vecinos del pueblo llevaban en la sangre el cariño a su región y defendían con orgullo todos sus productos. Para ellos no había huasos como los de Colchagua, chanchos como los de Curaico, paltas como en Los Olivos, naranjas como las tuncanas, frutillas como en Toquigua, etc., etc. . . .

¡Macizos los huasos! ¡Rumbosos como ninguno! ¡Para convivir con ellos había que tener un estómago a prueba y una cabeza como una catedral. . . Allí estaba la imponente figura del señor alcalde don Leandro Valenzuela, bravo catador de la baya, alegre como unas pascuas, sano como un toro, macuco, socarrón y tallerero de fina cepa. Allí también don Aníbal Jiménez, veterano del Pacífico, tieso como una vela, fibroso como un sarmiento, duro como piedra y con más reñíos que un "miura". Y allí, don Eleazar Riveros, alto como una torre, ancho como un hércules, de abdomen exorbitante (desde cuyos abismos salía una voz aflautada que movía a la risa, pero cuyas fuerzas infundían pavor conteniéndola prudente apenas asomaba en el gznate) y de cabeza tan lisa como una bola de billar. Los domingos por las mañanas, juntábanse a dar una vuelta por la plaza, y después de oír misa, aderezaban el plan de la tarde, que consistía en ponerse de acuerdo para "hacer unas on-

ces" pantagruélicas y jugar una brisca. No era fácil acompañar en sus andanzas dominicales al formidable triunvirato, ¡había que ser muy hombre para ello! (entendiéndose por tal, los atributos que dejamos descritos) apenas se acercaba alguno con ánimo de participar en sus planes, mirábanle de arriba abajo, midiendo su capacidad volumétrica, y como le vieran enclenque, irremisiblemente, volvíanle las espaldas asombrados de la audacia del intruso:

—¿Convidémosle?—aventuraba uno de ellos.

—¡¡Renunca!! ¿Querís que reviente el "tiuque"?

A Juan Ramón, que no tenía, ni con mucho, aquellas cualidades exigidas, por simpatía o lo que fuera, solían convidarle y una vez, con tanto apremio e insistencia que hubo de acompañarles hasta el vecino pueblo de Curaico, donde habían sido invitados por un amigo que allí vivía, radicado desde muchos años. Situado en la rinconada de unos cerros presentaba la peculiar estructura de todos los pueblos de campo chilenos. Constituía una doble fila de desarticuladas viviendas, que si por el aspecto exterior no entusiasmaban, por la parte trasera ostentaban soberbios emparrados y envidiables quintas frutales. Empero, sobresalía a muchas varas de altura la mansión de don Narciso Ravanales, lugar adonde se dirigían nuestros conocidos. "On Nacho" sonaba en toda la región colchagüina por la abierta largueza de sus manos, la cariñosa atención que dispensaba a sus numerosos huéspedes y la rumbosa abundancia de su mesa, que la gracia picaresca del pueblo bautizara con el apropiado remoquete de "La Olla del Pobre". Desde el camino ya se divisaba el patio, tras elegante enrejado, cruzado por embaldosados pasadizos, dividido en simétricos jardines a cuyos costa-

dos enormes tinajas de arcilla servían de rústicos floreros. A la derecha el comedor de cristalería y a continuación un alto emparrado con piso de cemento. Tres cuerpos de edificio formaban el primer patio y cuatro el segundo, en donde se ubicaban la cocina y la bodega. ¡Y todo aquel caserón habitábanle sólo dos personas fuera de la servidumbre! Don Nacho era el típico representante de una generación tradicional que iba cediendo su terreno ante el avance de las nuevas modalidades de la vida moderna. En lo concerniente a la regalada vida que cantó el poeta diremos sin pecar de exagerados, que siendo productor de la mayor parte de las materias primas, era su mesa pródiga en productos de la tierra. ¡No faltaban jamás las tiernas aves, el exquisito asado de cordero, el charqui de ternero, la verdura y toda clase de aditamentos! Poseía los mejores sarmientos de la comarca y el orgullo de su casa eran aquellos "caldos" jregalo de los dioses! con los que, según don Manuel González, adiposo y rubicundo comandante de la comuna, podía decirse misa sin que por ello se ofendiera Nuestro Señor Jesucristo!

Llegado que hubieron nuestros amigos, hiciéronles pasar a los amplios y característicos corredores del segundo patio, a cubierto de indiscretas miradas y a la sombra del calor de la tarde. Tomaron asiento alrededor de una larga mesa sobre cuyo tablero lucían su contenido sendos jarros de cristal y varios azafates con "aliñadas" aceitunas y sabroso charqui. ¡Todo ello para hacer boca en tanto llegaba la hora de "onces"! Presto el continuo desfile de jarros animó los semblantes, y la llegada de una de las sobrinas y amigas de la casa fué saludada con muestras de regocijo y galanas frases. (Y digo galanas porque aunque empapadas de picante rudeza campesina, adivinábase la intención

de rendir tributo de admiración al sexo enemigo). Juan Ramón, aprovechando la coyuntura de las nuevas amistades, halló propicia ocasión de inquirir datos de la chica que había sido su compañera de aventuras en la "Linterna". La Yolita púsole al corriente en menos tiempo que tardó en preguntarle:

—Dígame, Yolita, ¿no vive aquí una chica de ojos claros, esbelta, viva y muy simpática, que se llama María?

Quedó un momento pensativa, como ordenando el chubasco de señas que había soltado Juan Ramón, y saltó rápida:

—¡Ah, sí! ¿La María Rivas Fernández? Está en Santiago.

—¿La conoce usted?

—Sí, somos amigas; por cierto que su mamá me dijo que pensaba radicarse en Los Olivos definitivamente.

Y luego, con maliciosa sonrisa, inquirió:

—¿Por qué me pregunta?

—Por nada; la conocí en Santiago y me gustaría volver a saludarla.

Juan Ramón mientras respondía esquivaba la vista para no descubrir el interés que le guiaba. Cortó la conversación el llamado a los invitados y después de una abundante comida, copiosamente regada, retiráronse todos bien entrada la noche, dejando aquella casa solitaria y muda. Antes de poner pie en el estribo, Yolita acercóse a Juan Ramón para decirle:

—¡Cuando llegue María, le hablaré de usted!

PRIMAVERA EN LOS OLIVOS

—¡Cuando llegue María le hablaré de usted! Acudía esta frase, pronunciada por la Yolita, con periódicas intermitencias a su pensamiento, sumiéndole en una agridulce modorra espiritual. Esperaba, de un momento a otro, el aviso oportuno de su amiga y sentía como una vaga inquietud a medida que pasaban los días sin que llegara a golpear en su corazón. Las horas que juntos corrieran en la amable aventura de "La linterna" fueron suficientes para que su romántico temperamento zozobrara como débil barquichuela perdida en un mar de confusiones.

¿Acaso la amaba?

—¡Qué palabra más estúpida!—pensó Juan Ramón.—¿Amar? ¡No! Parecíale absurdo; ¡si apenas la conocía!... Pero en su forzada abstinencia, la proximidad del encuentro, acuciaba su instinto haciendo vibrar su imaginación en dulces sueños y poblando su fantasía de deliciosas aventuras.

—¿El amor? ¿Y qué diablos era el amor?...

¡Esas cuatro letras del alfabeto, combinadas al acaso, por un

azar de la suerte, expresaban un sentimiento formidable, cuyas proporciones le anonadaban! Por ellas la humanidad doliente había sufrido en el transcurso de los siglos sacudidas espantosas, y el pensamiento humano emociones intensas. ¡Siglos enteros perdidos en descifrar el misterio que entrañan! ¡Ríos de tinta gastados en describir sus aladas fantasías o en hacerle descender hasta el acto del placer material! ¡Bloques, enormes deshechos, en los que el arte presume insuflar un hálito divino por hacer palpar su marmórea insensibilidad con un soplo de vida, plasmando sus etéreas formas de ensueño en la concreción calcárea! ¡Quintales de pintura por llevar al lienzo el vuelo de una ilusión, la mariposa de un beso o la serpiente de la voluptuosidad!... ¡Fuente inagotable de la inspiración en todas las edades y tiempos, y campo de la adusta filosofía desde el admirable simplicismo griego hasta la complicada máquina freudiana!... ¡Amor! ¡Instinto! ¡Ilusión! ¡Lo que fuera! sentíalo rondar Juan Ramón ante la proximidad del encuentro con María, y temblaba azorado como si lanzara su vida a un abismo sin fin...

Presentóse la ocasión cuando menos lo esperaba. Un día, recibió Juan Ramón una tarjeta de un amigo que vivía en Los Olivos. En ella le invitaba para un baile de fantasía que había de celebrarse en el pueblo con motivo de las fiestas de la primavera. De improviso no acertaba a coordinar sus recuerdos y daba vueltas en sus manos a la misiva haciendo un esfuerzo de memoria, proyectándolos sobre la adiposa figura del firmante, y poco a poco, a medida que acudía a su retina la imagen desvanecida por la larga ausencia, sonreía ante la redonda

y mofletuda faz de aquel Leandro Henríquez, de ojos negros, chiquitos y vivaces, de humor saltarín y liviano.

—¡Buen amigo!

Iría a la fiesta, de todas maneras con un poco de chispa no se pasaría mal. Además, deseaba ardientemente tropezar a María Rivas Fernández e iniciar el asedio de la chica, poniendo toda el alma en alcanzar la victoria, como si su existencia dependiera en gran parte del triunfo. El día señalado, en la noche, partió en un auto rumbo a Los Olivos, a través de los desiertos caminos sobre cuya superficie la luna dibujaba los trémulos arabescos de sus sombras. Las fiestas en pueblos chicos adolecen, por regla general, de cierta monotonía impuesta por los prejuicios que ciernen sus agoreros nubarrones enturbiando esos cortos momentos de jovialidad con su aparición extemporánea. Todo el mundo se conoce y no vale la pena enfundar la humanidad dentro de vistosos colorines, ni esconder el rostro tras la amable complicidad del maquillaje. Continúa uno siendo el mismo para los honrados vecinos y no es raro escuchar frases como esta:

—¡Caramba con don Luis, a pesar que está hecho una facha, continúa bailando tan mal como siempre!

Si es mujer la que da rienda suelta a su afán de divertírse, y por natural impulso "flirtea" más de lo corriente, pasa indefectiblemente a ser la comidilla del pueblo y la "pelan" hasta dejarla convertida en un mísero guiñapo. A pesar de estos inconvenientes, en Los Olivos, resultaban agradables estas reuniones y acudían a ellas las familias deponiendo momentáneamente toda suerte de rencillas y sociales prejuicios.

Cuando llegó Juan Ramón estaba el baile en su apogeo, y

de inmediato dedicóse a buscar a su enemiga, como si el resto de los concurrentes giraran en un círculo irreal y pasaran por su lado cual fantasmas impalpables. No se equivocaba. Sentada bajo unos emparrados del interior departía animadamente con un bizarro galán, que le soplabá al oído quién sabe qué frases que la hacían ruborizarse y sonreír dichosamente.

Juan Ramón detúvose indeciso y esperó una mirada de María que le indicara que había sido reconocido; pero, la chica, entusiasmada parecía no darse cuenta de su presencia. Avanzó unos pasos, carraspeando la voz por hacerse notar; levantó la vista María y el galán giró medio cuerpo para contemplar con desdén al intruso... Juan Ramón hizo una reverencia saludando:

—¡Albricias, María... ¡Dichoso de encontrarla por estos lados...

—¡Bah! Juan Ramón. ¿Cómo le va, por esos mundos?...

—¡Regular!... pero ahora encantado de encontrarla...

El apuesto doncel no parecía dispuesto a abandonar el campo e invitó a su compañera al baile dejando a Juan Ramón solo con sus pensamientos. Después de una larga espera, tocóle su turno y durante las primeras vueltas, indeciso, no acertaba a enhebrar la charla. María, adoptando un aire indiferente, dirigía su vista por el salón hasta posarla sobre su anterior compañero que sonreía con la apostura del conquistador...

—¿Hace muchos días que está aquí?...

—Algunos...

—Había preguntado por usted, tenía verdadero interés en hablarle...

—Pues aquí me tiene...

—Ya lo veo... pero, sinceramente, hubiera deseado... es decir, esperaba que su recibimiento fuera otra cosa...

—¡Va! Pues no sé cómo...

—¡Sí que lo sabe; ahora que si molesto, si estorbo, no insistiré...

—¡Que ocurrencia!... ¡Nada de lo que usted se figura!...

—¡No, yo no me figuro nada! Pero me parece observar que está muy comprometida...

—¿Lo dice por mi amigo Suárez?

—¡Natural! ¿Por quién voy a decirlo si no?

—¿Es que no me cree con derecho a tener las amistades que yo quiera?

—¡Oh! ¿Adónde va a parar usted, María? ¡Perdone! No había nada de reproche en mi pregunta, sólo interés por su persona. ¿Me cree?

Como terminaba el baile, Juan Ramón no alcanzó a oír la respuesta y no queriendo abandonar la empresa sin luchar, insistió:

—¿Le sería muy molesto si la acompañara al "bufet"?

—¡Como guste!

—No, María, esa no es una respuesta. Si se siente molesta, pues no vamos... ¡la dejaré al lado de su galán!...

El tono dolorido de Juan Ramón hízole levantar la cabeza y contestar apresurada:

—¡No! ¡No! Estoy muy bien con usted...

—María, usted quiere jugar conmigo, y eso no está bien. ¿Me acompaña un momento al jardín?

Caminaron unos pasos en silencio, buscando un lugar apacible y retirado, y cuando le hubieron hallado, a cubierto de in-

discretas miradas, tomaron asiento sin hablar; abismado en amargas reflexiones, Juan Ramón, y en el presentimiento de lo que iba a ocurrir, María. Por fin rompió el silencio:

—Habíamos quedado en tratarnos de tú, pero veo con pena que lo has olvidado... ¿Recuerdas?... Fué aquella tarde en...

—¡Por favor! ¡No sigal! Una locura mía...

—¿Por qué? ¿Acaso no guardé contigo la debida compostura? ¿Está arrepentida de haber depositado en mí su confianza?

Juan Ramón un si es no es desilusionado y aturdido intercalaba confusamente al hablar la correcta circunspección y la confianza:

—Oiga, María, la verdad, tuve la ilusión que no le era del todo indiferente... ¡pero me había equivoçado!...

Trató de levantarse. María apresuróse a contestar:

—¡No se vaya! ¡Estoy tan bien aquí!

—Pero, entonces, no comprendo... Bueno, me quedaré con la condición que nos tratemos como viejos amigos. ¿Quieres?

María ruborizada deletreó como un soplo:

—¡Si quiero!...

A partir de aquel instante establecióse entrambos una fuerte corriente de simpatía que barrió las ligeras nubecillas aparecidas de un comienzo, con peligro inminente de enturbiar el naciente afecto. Algunos muchachos hicieron incursiones para llevarse a María al baile, pero Juan Ramón, listo como el rayo, hacía-se presente con oportunidad...

Después, mientras bailaba, decíale muy bajito:

—Hago mal en acapararte... ¡qué quieres chiquilla! el amor es egoísta, y yo, tengo serios motivos para creerme un poco enamorado de tí!

—¿Un poco, nada más? ¡Qué tonto!

Su voz recargada de inflexiones cariciosas cantaba dulcemente en el alma de Juan Ramón. ¡Qué bonita estaba! Levantaba su loca cabecita hasta él, y clavándole el dardo de sus ojos prometedores, volvía a repetir como un susurro:

—¡Qué tonto!

Un llamado de la señora Fernández les sacó del ensueño:

—¡María! ¡María! ¿Pero dónde estás metida criatura?

—¡Aquí mamá!

Juan Ramón incorporóse a tiempo que aparecía perpleja doña Luisa:

—¿Pero qué estás haciendo?

—Nada, mamá, convetsando con Juan Ramón. Y a propósito, voy a presentártele:

—¡Señora! . . .

—Tanto gusto. Bueno, ya es tarde, ¡nos vamos!

—¿Me permite ofrecerles mi compañía?

—¡Muchas gracias!

Salieron juntos a través de los jardines y por los pasadizos repletos de parejas. Al cruzarse con Leandro Henríquez, que movía su voluminosa figura al compás del baile, sonrió al grupo, guiñando a Juan Ramón un ojo en signo de inteligencia, como si hubiera adivinado lo ocurrido entre él y María. Dejólas en la misma puerta de la casa y al despedirse, doña Luisa ofreciósele gentilmente, quedando Juan Ramón de volver pronto.

PUNTOS DE VISTA.

La vida de Juan Ramón, que durante los últimos tiempos había sido un poco trashumante, por los continuos cambios de frente en lo relacionado con sus actividades, volvió a tornarse plácida y serena al encajarse de nuevo tras el mostrador de sus comprovincianos y vecinos. Ciertamente, no podía quejarse, por cuanto, además de ser trabajo llevadero, la remuneración era generosa y le permitía, si no forjarse grandes ilusiones, por lo menos vivir con relativa comodidad y ahorrar unos cuartos para el porvenir. Eso sí, los días pasaban lentos y monótonos causándole una depresión de ánimo espantosa. ¡Hubiera deseado hacer girar velozmente la tarda rueda del tiempo y pasar aquellos años que se le venían encima, en un sueño, cuyo despertar fuera el logro de sus aspiraciones! Volvía a apoderarse de él la necesidad de otros afectos más hondos y puros, cuya falta hacía un hueco en su vida, amenazando trastornarla para siempre. No le satisfacían los amores fáciles, necesitaba algo que le penetrara hasta los huesos y envidiaba de todo corazón a la mayor parte de sus amigos cuando comprobaba lo reducido de sus

aspiraciones amorosas, que giraban exclusivamente en el estrecho círculo sexual. Así, cuando su compañero de labores, Heriberto Rosales, le contaba en la intimidad sus conquistas con pelos y señales, lejos de prestarles aprobación, como la mayor parte de los amigos, torcía el gesto con desagrado y solía decirle muy serio:

—¡Amigo Rosales: te felicito por tu estómago! Pero yo no hubiera procedido así. En primer término a una mujer que no me guste, no soy capaz de decirle una palabra, y mucho menos de ponerle asedio con la paciencia que tú despliegas en tales ocasiones.

Rosales contestaba amohinado:

—Es que tú eres un idealista, en todas las mujeres no ves más que ángeles del cielo, y cuando te acercas a alguna, todo se vuelven frases y galanteos; ¡muy bonitos si tú quieres!... pero en la práctica de resultados perfectamente nulos...

Para Rosales, el hombre era antes que nada "el macho" y la mujer "la hembra" a la que había que poseer a cualquier costa. ¡Con las mujeres había que ser "gallo" y lo demás, estupideces y literatura.

Juan Ramón proseguía:

—¡No seas troglodita, Rosales! Piensa un poco. Además de macho me figuro que también eres hombre, y como tal, has de poseer imaginación, fantasía y sentido común. A ti, gústate servirse de las mujeres en crudo, y perdona lo rudo del lenguaje, sin adornos, sin alifios, del mismo modo que a los antepasados de la época cavernaria érales grato al paladar la carne fría y sangrante, sin condimento, en una palabra: sin arte, ni componenda... Para mí, querido amigo, por efectos que no es

del caso introducir en esta discusión, la mujer representa algo más que el instrumento de nuestro placer: ¡es la dulce compañera de nuestra soledad, la futura madre de nuestro hijos y la que comparte nuestras alegrías y nuestros infortunios! La idealizo y la recubro en mi fantasía de todos los adornos posibles, porque soy tan macho como tú, en el sentido de la frase, y más hombre, puesto que gozo del placer de poseerla al mismo tiempo que vibra y se estremece, en sublimes espasmos mi espíritu al idealizarla. Soy, pues, amigo Rosales, un sibarita refinado, y por eso me cuesta mucho el elegir las.

—Pero llegas al mismo punto que yo, ¡a poseerlas! ¿Quieres decirme tú qué tiene una mujer que no tenga otra? ¡Mira, chico, en llegando a ese punto, a mí parecenme todas iguales...

—Sí, pero tú, en la escala zoológica no avanzas, ¡retrocedes! ¡Comes carvernariamente sin que tu paladar guste las delicias de la condimentación! Te explicaré: "In illo tempore" las mujeres y los hombres ayuntábanse sólo atraídos por el instinto, el que satisfacían de la misma manera que los animales: primaba la fuerza del macho y la mujer entregábase pasiva, con la sumisión de la hembra dominada por la superioridad corporal de aquél. Fué la civilización la que refinó el placer y la voluptuosidad consciente de la posesión física, idealizándola, o si se quiere, "condimentándola". Y no me negarás, amigo mío, que entre el trozo de carne fría, cruda y chorreante, y un exquisito estofado con todas las reglas del arte, la elección no es dudosa...

—¡Hombre, qué comparaciones!...

—¿Absurdas? ¡Te equivocas! Si me escuchas un momento te haré ver que en la evolución del mundo, han corrido parejas el amor y la cocina... Mira, Rosales, despojémonos de nuestra

personalidad actual y cabalgando en nuestra imaginación retrotraigámonos de un salto a la edad de las cavernas, ¿qué sucede? Digámoslo a grandes rasgos, la pareja humana vive en perpetua lucha contra los hostiles elementos, el hombre defiende a su compañera, y ésta, admira en él su arrojo, temeridad y la soberbia contextura de su cuerpo, bajo cuyo amparo cobija su debilidad. Recibía sus caricias, por si acaso las usaba, con la pasividad de una bestezuela, y entregábase a él, sólo como hembra, jamás como mujer. ¿Y qué comían entonces? Carnes crudas, raíces, yerbas, etc., etc. . . . exactamente igual que las bestias. . . ¡satisfacían el instinto! . . . Apuremos el paso para cruzar las civilizaciones griega y romana y veremos que el amor y los placeres alcanzan grados de refinamiento enfermizos, por cuanto la fantasía del hombre traspuso los límites de la naturaleza, cayendo en la más abyecta degeneración. . . ¿Y la comida? Demos un repaso a los relatos que de las fiestas dionisiacas o de los banquetes de Trimalción hacen escritores de la época y veremos que navegaron a la misma altura, en refinamiento y depravación, hasta la perversión del instinto y el estrago del paladar, el amor y la cocina. . . Volemos hasta el siglo XVII y toparemos recatadas damiselas detrás de ferradas puertas, suspiros lanzados desde altos ventanales, galanes enamoradizos y sentimentales, perfumados billetes, tajos y cuchilladas, es decir hambres amorosas refrenadas por las costumbres y mantenidas a media ración, con peligro de una estocada a la vuelta de cualquier esquina. . .

—¡Bueno!—refunfuñó Rosales.—¿Y la pesebrera?

—Pues—contestó meditabundo Juan Ramón—en aquella edad dichosa “de algo más vaca que cordero” pasaban unas gazuzas

“caballunas”... Pero ya asomaba las narices el romanticismo y entrambas necesidades soportábanse con cristiana resignación... En la época actual...

—¿Acabas?...

—Sí, hombre, falta poco... En la época actual vamos demasiado aprisa... en algunos países, a fuerza de quitar trabas y prejuicios al amor van haciéndole desaparecer como sentimiento, retórnanle, hácenle retroceder a su primitivismo animal; la familia va debilitando sus lazos, y el espíritu de sacrificio y amor entre padre e hijos, parece arrollado por la grosera materialidad del momento...

—¿Y qué se come ahora?—gruñó Rosales con ánimo de terminar pronto.

—Una serie de porquerías—silabeó Juan Ramón—y menjures que a veces le dan a uno ganas de andar en cuatro patas pastando por los potreros.

—¡Que te entienda el diablo!—disparó Rosales en tanto tomaba su sombrero y se alejaba camino de la querencia...

Don Gumercindo Rivas, casado con doña Luisa Fernández, había sido educado en Santiago. Su padre, hombre de campo, que poseía unas cuadras de tierra en la costa, tenía la sana intención de dedicarle a la carrera de leyes. Esta resolución había hecho mella en su ánimo a raíz de un famoso pleito sostenido con unos vecinos colindantes suyos, por motivo de unas aguas, (que en aquellos lugares de secano son oro en polvo) y que, anduvo muy cerca de acabar con su paciencia y sus caudales, quedando a la postre, a media ración de agua y con abatido y avinagrado humor. Mas, el hombre propone y Dios dispone, y a don Gumercindo, que había hecho durante su niñez la activa vida campera ejercitando sus músculos sobre los lomos de las ariscas cabalgaduras, no hubo manera de convencerle y volvióse al hogar con la resolución de continuar la tradición paterna de labrar sus heredades. Después adquirió una casa-quinta en Los Olivos, que dejó en arrendamiento, y fué a administrar un fundo en los alrededores de Melipilla, donde casó con doña Luisa Fernández, finalizando por radicarse en

Curaico, donde había adquirido unos terrenos. Por fin y a consecuencia de la mucha presión que le hicieron sus familiares decidió ocupar su casa de Los Olivos. Del matrimonio Rivas Fernández habían nacido tres hijas: Luisa, la mayor, de carácter apacible, trigueña, de ojos melancólicos, retraída y hacendosa; Fernanda, morena, viva, picante y graciosa, y nuestra conocida María, que era el último retoño, o como decía don Guma; el concho, dando a entender su preferencia sobre las demás.

Cuando Juan Ramón llegó a cumplir su prometida visita, antes de trasponer los umbrales de la casa, reflexionaba con temor:

—¿Adónde me voy a meter? ¿Caeré bien? ¿No será una audacia de mi parte, una falta de delicadeza abusar de una situación forzada en la que la señora Fernández se vió obligada a invitarme?

Flaqueábanle los ánimos y ya estaba a punto de volverse, cuando divisó la silueta de su buen amigo Henríquez, que balanceaba su cuerpo camino de la casa de Don Guma. Desde lejos inició el saludo:

—¿Con qué por aquí? ¿Eh? ¿Cómo te va'yendo?

—¡Chico, mucho gusto de verte! ¿Adónde te diriges?

Henríquez, enarcando progresivamente las cejas, contestóle con sorna:

—Pues... adonde su señoría... ¡A casa de tu futuro suegro...

Juan Ramón tapóle la boca:

—¡Por favor, nada de bromas! Yo vengo invitado por la señora...

—¿Y quién te dice lo contrario? Yo también soy invitado.

Haremos "onces" juntos, cenaremos, bailaremos y nos enamoraremos... ¿Qué te parece?

Juan Ramón, no pudo por menos de sonreír, admirando la sagacidad de su amigo al descubrir lo que pasaba en su corazón:

—Oye, ¿cómo se te ocurre figurarte?...

—Porque no se necesita ser un vivo el ojo para darse cuenta que la "cabra" te tiene "reagarrao". ¡O me vas a convencer que vienes aquí por tomar aire!

Rió de buena gana Juan Ramón a tiempo que su amigo llamaba y empujándole hacia adentro anunciaba:

—¡Señora! ¡Llegaron los invitados!

Acudieron Luisa, Fernanda y María, sonrientes:

—¡Ya creíamos que no venían!

—Esas cosas no se creen nunca cuando se trata de un caballero como Juan Ramón y de un... apetito como el de un servidor de ustedes...

Celebraron la ocurrencia y pasaron al salón, donde ya les esperaba doña Luisa. Al poco rato apareció don Gumercindo, cuyo carácter alegre y dicharachero congenió de inmediato con nuestro héroe.

—Sí, pues amigo—decía con campechana sencillez Don Guma—mucho gusto de tenerle por mi casa, y suerte la suya de haber escogido por casualidad este día, en que celebramos, la patrona y yo, unos añitos de casados, ¿sabe? ¡que se han ido sin saber cómo! pero que nos han dejado buenos recuerdos y estos retoñitos que no están mal... ¿Verdad, guatoncito?

Las chicas protestaron:

—¡Pero papá!

—¿Qué hay? ¿No se va a poder decir la verdad cuando se está entre amigos.

Juan Ramón sintióse halagado y habló con entusiasmo:

—¡Y dice usted bien, señor Rivas, se ve que aquí la felicidad ha dado sus frutos!

—¡Y es cierto!... Aunque a veces suelen darme algunos disgustillos... pero pasan luego. ¿Verdad, hijitas?

Ellas, un poco arreboladas, terminaron por abalanzarse sobre su padre riñéndole cariñosamente y cubriéndole de besos y caricias. Por fin, doña Luisa puso paz, emocionada y con la llegada de nuevos invitados la conversación se diluyó en banalidades. Apareció una sirvienta, portadora de copas y pasteles; alegráronse los semblantes y comenzó la fiesta. Una victrola desarrolló el repertorio musical de la época y las enlazadas parejas aprovecharon entusiastamente. Juan Ramón, en el colmo de la dicha, decíale a María:

—¡Sí, chiquilla, he venido sólo por tí! ¡Si supieras mi alegría de verte! ¡Si te dieras cuenta de lo que siento, de lo que pienso! ¡Creo que te quiero demasiado, pequeña mía!...

Alzaba ella la cabeza voluntariosa y rebelde, sonreía halagada por la música de las frases, y abandonábase a los brazos de Juan Ramón, mimosa y segura de su conquista, con inconsciencia admirable, alegre de su triunfo, voluptuosa y coqueta, sin saber tal vez adónde podría llegar la pasión creciente de nuestro amigo. En los intervalos del baile, paseando, en apariencia indiferentes, dirigíanse frases cargadas de pasión y miradas preñadas de deseos. Juan Ramón desgranábale al oído:

—Si, mi linda, ¡supieras tú las veces que te traje a mi imaginación! ¡Oye! desde el primer momento comprendí que mi vi-

da tomaba un rumbo nuevo; ¡estos días sufría mucho sin saber de tí!

María contestaba semiaturdida:

—¿Por qué no me escribías? ¡Hubiera sido tan grato para mí!

—¿Y me habrías contestado?

—¡Sí! ¿Por qué lo dudas?

—¿Qué sé yo? ¡Pareceme que soy poca cosa para tí! ¿De veras, Maruja, que no te ofenderías si yo te escribiera?

—¡Qué ocurrencia!

—Es que no sé... ¡me asalta el temor de que tú juegas con mi corazón!

Llamaron a la mesa y arregláronse en forma de quedar juntos, Juan Ramón extremó sus atenciones, con asiduidad tan marcada, que los circunstantes diéronse cuenta del estrecho cerco que ponía a la plaza, demostrando su suspicacia con frases alusivas e indirectas, que éstos recibían con alegres demostraciones. Cenaron y bailaron (tal como lo había adivinado el buen "guatón") y ya entrada la noche, en los propicios rincones de la quinta, Juan Ramón, tomando la delicada cintura de María, atrájola hacia sí, colocando sus labios sedientos de caricias sobre la empurpurada boquita. Desprendióse ésta de sus brazos con un gesto de estupor y protestó quejosa:

—¡Eso no se hace sin mi permiso!...

—¡Perdona! ¡No pude contenerme! ¡Eres tan bonita! ¿Me perdonas?

—¡Tonto!

Corrían las horas para Juan Ramón insensiblemente y de seguro no habría salido de su ensueño si la voz de su amigo

Leandro Henríquez no le hubiera traído a la realidad recordándole que ya eran "pasaditas" las cuatro de la madrugada...

—¿Tan tarde?...

—Sí, señor, ¡tan tarde!...

—Pues, chico, yo creía...

—¡Ah, sí! Tú creías que acababas de llegar, ¿no es eso?... pues hijo...

—En fin; habrá que despedirse...

—¡Sí! ¡Hay que despedirse, con todo el dolor de nuestro "malferido" corazón!...

—¡Déjate de "payasadas"!...

—Bueno, en serio, nos vamos.

Pasaron a despedirse y en la puerta, María, apretándole significativamente la mano, decía:

—No te vayas a perder mucho tiempo de vista.

—¡Descuida! Te escribiré.

De retorno a San Rafael, por el largo rodeo del camino, mientras la aurora asomaba su faz por el oriente, y los duraznales en flor anunciaban la primavera, Juan Ramón también sentía dentro de su corazón un revolver inefable de floridas ilusiones...

ETERNAMENTE VIEJO... ETERNAMENTE NUEVO...

Los días subsiguientes transcurrieron para Juan Ramón llenos de sobresaltos e inquietudes. Operábase en su ser una lenta transformación que le hacía sentirse molesto, trocando su carácter alegre y comunicativo, en serio y meditabundo. Dentro de su corazón sentía como un bichillo, cuya labor de zapa, roía amenazando destruir la muralla con que le había rodeado en preventiva defensa contra los ataques del travieso cupido. ¡En verdad que le pintan ciego, pero, este demonio no erraba tiro y metía sus flechas por cualquier rendija, acertando medio a medio en el blanco de sus ilusiones! ¡Y Juan Ramón presentía que no eran rendijas, sino grietas enormes por cuyos intersticios podía colarse el diablillo con su arco, su carcaj y sus traviesas alillas! Quiso luchar contra la naciente inclinación por aquella muchacha y díjose en su interior:

—¡Ea! ¡Esto se acabó, no volveré más!

Pero este solo pensamiento desasosegábale, encogiendo su corazón como si naufragara a la deriva, en la inconsistencia de un amargo vacío. ¡Sí, necesitaba una mujer, un ser que le com-

prendiera, con quien departir el caudal de ternuras que almacenaba en su pecho peligrando desbordarse de un momento a otro. A veces, aquella voz que le martillaba con sus indignos consejos, volvía de nuevo a acariciarle halagando sus sentidos, acicateándolos con furia para ver de sacarle de sus casillas:

—No seas estúpido, Juan Ramón, pierdes tu juventud miserablemente encarcelada por los esbirros de tu idealismo enfermizo. ¿Vuelves la cabeza cuando el amor entona a tu oídos su canción apasionada? ¡Imbécil! ¡Aprovecha, aprovecha! ¡Que el tiempo que se va no vuelve!...

Reaccionaba violento:

—¡No! no puedo. ¿Engañar a una mujer aprovechándose de su debilidad, de su falta de experiencia, de los naturales impulsos de la carne sedienta de sensaciones? ¡No! Si lo hiciera, no sería yo, sería cualquier cosa...

—¡Pero si lo hacen todos! ¡Si es lógico y humano! No seas majadero, Juan Ramón, la teoría está a doscientos kilómetros de la realidad... y tú, me figuro que vives ¡y no en teoría! sino que sientes, palpitas, sufres...

—¡Pues, aunque lo hagan todos, muy mal hecho!... La mujer...

—La mujer, amigo mío, la mujer, de carne y hueso como tú, no tiene nada, pero absolutamente nada de ideal; es decir, tiene lo que tú, yo u otra persona le asignamos en nuestra ardiente fantasía. Por eso que el Don Juan triunfa, porque conoce su lado flaco y usa en cada caso el arma apropiada: halaga su vanidad, las aturde con su dinero, las doma y somete con su arrojo y valentía o fanfarronada, como quieras. El idealista fracasa

sarà siempre... y tú eres un idealista, un estúpido idealista, convncete!

El interior soliloquio le desconcertaba, y su falta de decisión para trazarse una línea de conducta, causbale un suplicio doloroso. Recordaba sus primeros pasos cuando la infantil Conguina en el lejano lugar de sus abuelos había despertado en él las primeras angustias amorosas; traía a su imaginación la imagen pecadora de Isabel, que había remecido sus sentidos eróticos, inundndole de voluptuosidad y aquietando el hervor de su fantasía. Dbase cuenta que el afecto, la inclinación que iba sintiendo por María, a pesar de los años y de la experiencia, envolvía su alma con la ilusión de aquel primer amor de su infancia y acuciaba sus sentidos con más violencia que el carnal y afrodisíaco de Isabel. En plena madurez de su vida, su corazón era un cautivo de pueriles caprichos, como un niño regalón que no sabe lo que quiere, lleno de inconsecuencias y arrumacos, que oscilaban a tenor de la fementida coquetería de su nueva dulcinea. Porque, María, se agarraba fuerte a su corazón, no podía negarlo! En los vuelos de su fantasía presentala necesitada de su protección, de su hombría, de su experiencia, para salvarla de las acechanzas del mundo, y estaba dispuesto a defenderla a tiros! La quería para él! Para él solo! Esta idea penetraba en su cerebro como una cuña que se hundía más y más, a medida que en las sucesivas visitas iba descubriendo en ella nuevos encantos, nuevas modalidades que encerraban en estrecho círculo el pájaro herido de su corazón.

Habíase dado cuenta doña Luisa del tenaz asedio, y sin obstaculizar sus pretensiones, cuid que las ocasiones de juntarse fueran espaciadas y cortas. Aumentaba, con esto, el brío de

Juan Ramón y sus acometidas crecían en progresión algebraica, de tal forma que, en corto espacio de tiempo, llegó a creerse dueño de la situación. Pero había en el carácter de María algo que le llenaba de suscipacias y de dudas, y era ello, que la chica adelantábase a su edad en experiencias amorosas y, a Juan Ramón sorprendíale en muchas ocasiones la mirada de maliciosa adivinanza que le lanzaba cuando él sutilmente bordeaba en la conversación los puntos escabrosos que se presentaban. Cierta vez, en que, como de costumbre, paseaban solos por el jardín estuvo a punto de producirse la ruptura definitiva. Aprovechando la hora y el escondido rincón que ocultaba la fronda de unos naranjos, rodeando la cintura de María con sus brazos, besó sus ojos con apasionada ternura, y ella, avanzando el busto, atrajo hacia sí la cabeza de Juan Ramón. Lentamente, en estudiada postura apretujóse contra su pecho, dobló en lánguido desmayo la cabeza hacia atrás, abrió sus labios anhelantes, retardando el momento de aquel beso espectacular, incitando con sus ojos traviosos la sed abrasadora de Juan Ramón, que cayó sobre aquella boca en una borrachera de voluptuosidad . . .

Pasado el instante de estupor, preguntó:

—¿Adónde aprendiste tú a besar de esta manera; chiquilla?

Bajó ella los ojos en rubor creciente y al cabo de un rato contestóle:

—¡En las películas, tonto! . . .

Una llamarada de confianza barrió los negros presentimientos que agitaban su corazón. Comprendió la verdad:

—En aquella forma bésanse en todas las películas "impropias para menores", no recomendables para señoritas . . .

TODO ES FUGAZ Y MUDABLE...

Absorbido por su pasión transcurrieron los meses insensiblemente, hasta que un día volvió a sentir la voz interior que desde tiempo le tenía olvidado.

—¿Y bien, amigo, hasta cuándo?

Sí, había que formalizar aquel asunto, estaba decidido a ello, pero, algunas cosas de la chica chocaban fuertemente contra los principios incrustados en el hondor de su alma, por su educación quizá demasiado tradicional. Ocurríale a Juan Ramón lo que a todo hombre en semejantes trances: María acaparaba, absorbía todas sus actividades y todos sus pensamientos. Pasaba por un estado excepcional, ebrio de dicha y optimismo: los problemas más arduos, resolvíanse con facilidad dentro de su cerebro; los trabajos más duros recibíalos con la sonrisa en los labios; las decepciones y los desencantos apenas le rozaban ligeramente la epidermis, como si estuviera acorazado contra ellos. ¡Solo una cosa había para él: ¡¡María!! Sin embargo, a veces meditaba fríamente y no podía por menos de reconocer la juvenil inconsistencia de aquella muchacha demasiado loca, de-

masiado ingenua, y demasiado imbuída en las irrealizables fantasías modernistas... Veníansele a la memoria infinidad de hechos ocurridos entre sus familiares, cuya educación habíase forjado en el yunque de la austeridad, y cuyas costumbres ceñíanse estrictamente a sus rígidos postulados. ¡Por nada del mundo, en el seno de la familia, se toleraba a las mujeres las libertades de hoy día! Las exigencias de la moda en el vestir y maquillaje, eran severamente revisadas y no se permitía que rozaran, ni remotamente, los recatados preceptos de la moral cristiana. Y ello, habíanlo conseguido con una férrea, con una profunda norma educativa que comenzaba por el ejemplo de los padres, continuaba con la sanción severa de cualquier desliz, y el consejo abierto y franco, sin mojigaterías, aderezado a fabricar una conciencia de su propia estimación, y un alto sentido de la dignidad del sexo. Encontraba que había en su novia serios descuidos por esa parte. Figurábasele que estaba educada superficialmente, a la manera de un ligero barniz que ocultaba con su falso brillo un no sé qué de peligrosas inconsecuencias. Porque, efectivamente, era un barniz que apenas si cubría la periferia. Sabía, sí, vestir un lindo corte inglés con singular prestancia; era pintiparada para lucir la gracia de su esbelta figura en cualquier baile, y si se trataba de un té, ponía toda la delicadeza sajona en servirlo. Hablaba con un desparpajo chocante y abordaba temas subidísimos con una procacidad sospechosa... Empero, ¿sabía esta muchacha estimarse a sí misma? ¿Sería capaz de resistir el demonio de la tentación, cuando concurrían tantas circunstancias que lo hacían poco menos que imposible? Habíala conocido en "La linterna", adonde había acudido con un aturdimiento temerario, influenciada por esas

malhadadas y mal traídas escenas peliculeras, donde se arrebatan criminalmente las juveniles imaginaciones con cualesquier argumento de inverosímiles truculencias, desarrollado en un ambiente de fastuosidad y de lujo imposible de alcanzar como no sea por un capricho de la suerte. Reconocía los efectos desastrosos del arte cinematográfico, donde se aprovechaba el tema sensiblero para desarrollar refinadas aventuras, ahitas de lubricidad, bajo la capa generosa de los problemas sentimentales. Estaba convencido de la falta de una base moral sólida, fundamentada en la propia estimación, en el honor y en la dignidad de la mujer intocable e intocada. A ratos ocurríasele argumentar: —¡Pero qué estúpidos y egoístas somos los hombres! Exigimos de la mujer lo que jamás ponemos en práctica nosotros; gustamos gozar de su posesión absoluta ¡hasta de su pensamiento!... ¡y variamos de hembra con una inconsecuencia admirable, sin que apenas si deje una leve huella de su paso sobre nuestro corazón! Basta la más ligera insinuación, la más mínima de sus concesiones, para que de inmediato nos sintamos con derechos sobre su honra y abusemos de nuestra espectable situación. En cambio, cuán heridos nos sentimos si ellas cometen el más insignificante desliz a causa de su inexperiencia! Pero cerraba los ojos a todas estas reflexiones que acudían de vez en cuando a mortificarle y proseguía en su asedio con más tenacidad, con más bríos, sintiendo con más fuerza que nunca ese afán de protección que le arrastraba a defender la debilidad de las mujeres, contra las arteras acometidas del pecado...

¡Más me hubiera valido no haberla conocido!—decíase con amargura—pero la fatalidad la puso en mi camino y aquí estoy

hecho una paradoja viviente, sufriendo las consecuencias de mi estúpido idealismo!...

—No te quepa duda, amigo Juan Ramón—rumiaba en su conciencia la voz desconocida—no te quepa duda... ¡eso ya te lo pronosticaba yo y no me oíste! ¡Y ahora te profetizo que el día menos pensado el ave tiende su vuelo y te quedas en la luna... porque, ¡vaya usted a saber lo que pasa en toda cabecita loca de mujer!...

Agitóse indignado contra aquellos pensamientos:

—El sí lo sabía, estaba seguro de su cariño, no debía dudarlo...

Pero he aquí que, el pequeño lugar de Los Olivos, con el silencio de sus calles y su tardo desenvolvimiento, arrinconado, lejos del bullicio mundanal, no encuadraba con las aspiraciones de María y hacía estrecho campo para los vuelos de sus ilusiones que, semejantes a las mariposas, gustaban saltar de una parte en otra, en inconstante peregrinaje, y mal encubierta frivolidad. Un día confesóle a Juan Ramón sus deseos de irse, necesitaba romper la monotonía cotidiana para refrescar sus sentidos y ponerse a tono en la capital de Chile. Y puso tal artimaña, pintando tan a lo vivo sus al parecer infantiles caprichos, que éste accedió de buen grado, no sin antes deshacerse en recomendaciones para que la ciudad no la envolviera con sus tentáculos pecaminosos. María, en humilde apostura, asentía a los consejos de Juan Ramón, pero, un observador perspicaz a buen seguro hubiera notado el brillo inusitado de sus ojos y el ansia de liberación que le roía el alma. De aquel malhadado viaje no sabía por qué inexcrutables designios, esperaba Juan Ramón más de una desagradable sorpresa. Consintió en

él forzado por las circunstancias y, al despedirse en la estación, recomendó una vez más:

—¡Oye, Maruja, no dejes de escribirme!

—¡Se te ocurre, tonto, que te voy a olvidar!

—Y sobre todo no te juntes con tus amigas; Rosa y Luz, ni aceptes invitaciones que puedan ser un anzuelo para tu inexperiencia...

—¡No tengas cuidado! ¡Adiós! ¡Adiós!

—¡Hasta pronto!

Partió el tren, y le siguió con la vista fija hasta que se perdió tras la mole rojiza de unos cerros...

Los subsiguientes días a la partida de María, Juan Ramón permaneció con el ánimo aletargado. La felicidad de sentirse amado y comprendido, producía en su interior, así como un amable cosquilleo, cuyas dulces caricias sumíanle en una suave somnolencia. Pero cuando las semanas sucedieron a los días y los meses a las semanas, una honda preocupación le atenazaba inquietando su espíritu y envenenando su vida. Escribíale dos veces a la semana, y escasamente recibía respuesta, una vez al mes, llena de disculpas y vaguedades, que caían sobre su corazón como gotas de hiel. Trataba de desechar sus temores cuando recibía aquellas misivas telegráficas y monologaba repetidamente:

—¡Es tan muchacha! ¡Tan niña! ¡Hay que ser tolerante y dejar que se divierta. ¡Al fin y al cabo la juventud tiene sus fueros!... Pero sentíalo de dientes para afuera, pues, en el hondón de su alma, la aguda espina de la desconfianza arañábale sin compasión causándole un escozor intolerable. En la noche, cuando rendido del trabajo cotidiano iba a buscar al sobrio le-

cho de su alcoba el merecido y bien ganado descanso, mientras el sueño envolvía con sus tenues gasas la inquieta mariposa de su espíritu, la imagen de María vagaba a su alrededor atormentándole. ¡Descabelladas leyendas de infidelidades prendían en su cerebro, con visos de realidad indiscutible, martirizando con saña su pensamiento! . . . Pensaba:

—¡Si ella me quisiera, hubiérase venido hace ya mucho tiempo! ¡Si no viene, es porque hay algo que la retiene, cuyo poder supera con irresistible fuerza al afecto que creía tenerme!

Tardaba en dormir y hacía lo después de largos soliloquios, rendido física y espiritualmente. Una noche, entre la correspondencia de costumbre, apareció una carta para él, que resultó ser de su amigo Cortijero. Entre otras bagatelas sin mayor importancia, decíale en los párrafos finales: “¿A que no te imaginas a quién he visto, por cierto que muy acompañada? ¡Pues a la chica de nuestra aventura de “La Linterna”! Creo que se llamaba María, y me parece que fué tu compañera”. Aquel final inesperado de la misiva de Cortijero prodújole un decaimiento anonadante. El pensamiento de la infidelidad de su novia penetró en su corazón como acerado dardo y sintió la dolorosa desgarradura de sus ilusiones. Costábale convencerse de su equivocación:

—¿Así que la muchacha sentimental y buena, ingenua e infantil, trocábase por arte de Satanás en una hipócrita redomada? ¿Mientras él la adoraba, recubriéndola en su imaginación con la virtud de la inocencia y la gracia de su inexperta mundanalidad, ella tejía por las calles de Santiago, ¡y quién sabe en qué otros lugares! tiernos idilios y primorosos madrigales? ¡Reconoció el error de entregarse a una mujer que por su corta edad no era capaz de aquilatar la inmensidad de su amor! . . .

Ardía en su corazón el rescoldo de las escenas vividas a su lado, mortificándole a todas horas, amargando su vida y haciéndole concebir insensatos proyectos de venganza... ¡Aquella maldita voz interior golpeaba con más sarcasmo que nunca las paredes de su cerebro:

—¡Jaja! ¡Jaja! ¿Qué te decía yo, Juan Ramón? ¿Quieres que te cante la canción del imbécil idealismo?

Estas frases fueron una saeta que se clavó en el desconocido lugar del cuerpo humano, donde reside el arisco habitante de nuestro amor propio. Herido en el vulnerable tendón de Aquiles, una sacudida de indignación recorrió su cuerpo, poniendo en altísima tensión los nervios y haciéndole exclamar con rabia:

—¡Conmigo no juega nadie, y menos esa mocosa!...

Habló a sus jefes: tenía que ir a Santiago, su salud lo requería. Concedieronle permiso, y a la mañana del día siguiente partióse rumbo a la capital, con el corazón hecho añicos y el alma entenebrecida por tristes presentimientos. Almorzó con desgano y pidió una habitación. Dejó sobre una silla el maletín de viaje y sobre la mesita de noche, su pistola, que había tenido la precaución de echarse al bolsillo. Tumbóse en la cama y mientras fumaba un cigarrillo, preparó su plan de ataque:

Campo de Marte 10-8. Allí vivían sus tíos, en una casita de modesta apariencia. ¿Iría? No, no iría; eso hubiera sido ponerla sobre aviso y echarlo todo a perder. El habíase hecho el propósito de "pillarla" in flagranti. ¡Eso era! Tomaría un auto cerrado, estacionándose en uno de los costados de la pequeña placita, y apenas saliera, iríala siguiendo a prudencial distancia, pisando sus pasos ¡hasta que cayera!... Levantóse de un salto, tomó su sombrero y ya en la calle, en el primer paradero

eligió un coche de las condiciones requeridas. Le explicó al chofer de qué se trataba y concluyó enérgico:

—¡No importa el precio!

Las tres de la tarde, y ya Juan Ramón vigilaba, desde su oculto observatorio, la puerta de salida por donde debía aparecer la fina silueta de María. Pasó una hora, y en la desesperante excitación, tuvo un momento de lucidez:

—¿Qué voy a hacer? ¿Estaré en mi sano juicio? ¿Un hombre como yo, hecho y derecho, celoso como una bestia por esa criatura?... ¡Estoy loco!... Iba a ordenar la retirada, cuando la flexible figura de su novia cruzó los jardines de la plaza, pasando a escasos metros del auto. Ocultóse como pudo y ordenó al chofer:

—¡Esa es, síguela!

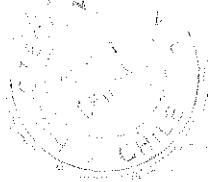
A paso menudo, María, anduvo hasta la Alameda, cruzando la calle para subir a un tranvía. A corta distancia fueron siguiéndola por Ahumada, hasta la esquina del Portal Fernández Concha. Bajó ésta, adentrándose en el Pasaje Matte. Por muy apurado que anduvo perdiósele de vista y a pesar de sus redoblados esfuerzos, no consiguió dar con ella. Desesperanzado tornó a su coche y ordenó al chofer:

—Vuelva a Campo de Marte.

Estacionáronse de nuevo en el mismo punto de observación que antes tenían y allá por las ocho de la noche divisó por la "vereda" derecha la amartelada pareja que formaban: ella y él...

—¿Él? ¿Y quién sería él? ¡Cualquiera! mordió con rabia Juan Ramón... Despidiéronse en largo preámbulo, a favor de las sombras de la noche y Juan Ramón sólo distinguió una sola silueta desvanecida en la penumbra...

CONSUMATUM EST...



Ya no le cabía duda, ¡era cierto!; pero él no se conformaría con dejar las cosas sometidas a la fatalidad del destino. ¡No! Había que hacer algo, no sabía qué, pero necesitaba desahogar su corazón que rebosaba de amargura, y dar juego a sus manos, que se le agarrotaban nerviosas sobre la culata de su pistola... ¡Presintió su vida truncada para siempre, y no se daba cuenta si los sentimientos que se le enroscaban al corazón eran de vergüenza o de desilusión. La voz misteriosa cantaba en su corazón:

—¿Qué te importa a ti, hombre de Dios? ¡Olvídala! Hay mujeres a montones... ¡No te echas a morir por una tontería que en el fondo es natural y corriente!... ¡Y qué más quisiera él!... Pero no podía, su temperamento apasionado rebelábase indócil a todo consejo o meditación. Pasó mala noche, y en la tarde, de nuevo, en el mismo lugar, de Campo de Marte, volvió a gustar la agria cicuta de contemplarla ¡más bonita que nunca! cimbreando su talle camino de la cita, como en la tarde anterior. Adelantóse al tranvía, y ya en el Portal, bajó de su vehículo

penetrando en un comercio de bisutería, donde espío la llegada de María. Siguióla a distancia calculada, en Huérfanos la esperaba él... Subieron en un taxi y partieron veloces. Tomó otro coche y mantúvoles a la vista hasta llegar a Apoquindo; bajaron ellos y entraron en un hotelillo de rústica apariencia.

Juan Ramón después de una mortal espera, apeóse impaciente; llevaba la diestra armada de su pistola, en el bolsillo de su vestón. Detúvole un mozo a la puerta:

—¿Qué desea, señor?

Pálido y nervioso tartamudeó:

—Oye, necesito hablar con esa pareja: son amigos míos.

—¿Cuál, señor?

—Esa que acaba de entrar. ¡No te hagas el tonto, ya te he dicho que son amigos!

Y como uniendo la acción a la palabra, pretendió entrar sin más explicaciones. Insistió el mozo:

—¡Un momento, señor!; voy a preguntarles:

Juan Ramón cortó radical:

—¡No seas estúpido! Necesito hablarles urgente: ¡toma!...

Y alargó un billete de cincuenta pesos a tiempo que cruzaba la puerta preguntando:

—¿En qué pieza están?

El mozo, aturdido, contestóle, indicando con la mano:

—En aquella...

Jiró el pestillo: estaba cerrado. Retiró su cuerpo, dejándose caer con fuerza: cedió la cerradura y penetró a tastabillones al medio de la alcoba. Una voz insegura de hombre preguntó:

—¿Quién es?

—¡¡Yo!!

.....

Sobre la cama yacía, a medio vestir, el cuerpo de María; en un rincón, sentado en una silla, en ademán de sacarse los zapatos, el cuerpo de un hombre como de veintidós años, giraba hacia la puerta... Trató de incorporarse, pero la figura desencajada de Juan Ramón, que pistola en mano le gritaba:

—¡No se mueva! ¡Si usted se mueve, como hay Dios que lo mato!

Detúvole clavado en su asiento. María, con un grito convulsivo, arrebujóse debajo de las sábanas sollozando queda... Un frío mortal invadió a Juan Ramón, apagando sus bríos y aclarando su pensamiento. Repitió con voz más segura:

—No se mueva usted. Aquí no va a pasar nada. ¡Lo oye usted!... Necesitaba convencerme de mi desgracia... por mis propios ojos... ¡y ya lo estoy!...

—¿.....?

—¡De mí—continuó—no saldrá una palabra... de esto!... ¡Quédense tranquilos!

Giró sobre sus talones, juntó la puerta, y salió ordenando al chofer:

—¡¡Vámonos!!

Para ciertos temperamentos los desengaños que en el vivir cotidiano maceran nuestras carnes, poniendo a prueba el temple de nuestro espíritu, cáusanles una honda depresión moral y aniquilan en ellos toda suerte de iniciativas, haciéndoles caer en la indiferencia y el abandono. Juan Ramón, propicio por contextura espiritual a la pereza fatalista, de dejarse llevar en brazos del destino, a raíz de lo ocurrido con su novia, encerróse en un mutismo pertinaz, rumiando su desencanto y aislando su vida de todo contacto social, con cuya manera de proceder lo que consiguió fué amargarse y caer en una aparente indiferencia, que interiormente le consumía en la más terrible desesperación. Decaía físicamente, no había más que verle para darse cuenta que alguna tragedia le roía el corazón:

—¿Por qué no olvidar esta mocosa indigna de mi cariño?

Pero a despecho de sus reflexiones y por encima de las mil teorías "científicas" que corren por el mundo sobre la pasión amorosa, sentía él que estaba una fuerza subconsciente, dominándola fácil y martirizando con saña su pensamiento:

—¡Era inútil! ¡Algo había faltado definitivo entre él y María! ¡Algo concreto, terminante, que hubiera liquidado aquellas ansias de ella que le consumían!

No tenía gusto para nada, ¡ni siquiera para trabajar! Pasaba en constante inquietud, y su imaginación, como el ave herida que torna a su nido, recorría con amarga satisfacción los lejanos lugares de la patria, donde habían corrido los años de la infancia. Al acercar su espíritu a los queridos seres, un reposo inefable inundaba su corazón. Comenzó a sentir el desasosiego de la ausencia, y como una atracción irresistible hacia los amorosos brazos de sus padres, en los que soñaba reclinar su abatido ánimo, aferrándosele la idea de que si no regresaba de inmediato, no les volvería a ver jamás. Noche a noche reconstruía el cuadro desolador de su casa vacía, sin alma, sin aliento, como una tumba, y él como un fantasma marchando por entre los objetos llenos de recuerdos que le hablaban de aquellos años que no tornarían nunca más...

La idea fué tomando cuerpo alentada por la débil resistencia de su maltrecha voluntad.

—¡Sí, se iría, debía de irse, no le importaba cómo, pero presentía que había llegado la hora de las grandes resoluciones.

En la tarde del día 4 de junio de 1928, bajo los funestos presagios del temporal que se avecinaba inminente, Valparaíso diluía a lo lejos, mientras el barco filaba su proa hacia la inmensidad del mar. A popa, con entrambos codos sobre el férreo barandal y la cabeza apoyada en la palma de las manos,

Juan Ramón contemplaba absorto el cabrillear de las luces del puerto como una constelación...

Desfilaban como una película cinematográfica, ante sus ojos, los detalles de su llegada a la tierra de promisión americana; recordaba nítidamente—como si el tiempo hubiérase detenido en aquel momento—su llegada a Buenos Aires; la interminable monotonía de la inmensa pampa argentina; el formidable lomo de la cordillera andina; el vértigo de sus precipicios, los soberbios tajos que se perdían allá en los abismos donde al agua rugía la fragorosa lucha de su deshielo, y su llegada a la estación Mapocho, en la noche del 28 de febrero de 1914... Parecíale que todo su pasado había sido un sueño, cuyo doloroso despertar encontrábale a bordo del "Ordalesa", acodado sobre el barandal de popa, sintiendo el rugido de las hélices y contemplando cómo se perdían en lontananza, junto con los destellos del potente faro, sus férvidos entusiasmos, su gran pasión de plena madurez y, por fin, sus más caras ilusiones...

NAVEGANDO

Desde su venida, nada se había inventado a bordo que hubiera de causarle sorpresa. La farsa, la estolidez y la petulancia lucían sus atrevidas dotes, conquistando el ambiente de las clases superiores; los enfermos, los tristes, los fracasados, rumiaban sus desengaños en la incomodidad de tercera, escudriñando con la mirada preñada de amargura el mudable horizonte que se alejaba cada vez más como una paradoja del destino; ¡como la inquieta esperanza de los desamparados!

¡Qué vida más estúpida!—musitaba Juan Ramón. —¿Y todo para qué? ¡Para culminar en una rotunda derrota!

Aquella voz maldita tornaba a repetirle irónica:

—¡Tornar, tornar al pueblo que nos vió nacer, con la sonrisa del triunfo en los labios y la satisfacción del deber cumplido!... ¡Eh!, Juan Ramón, ¿cómo vuelves tú? ¿A quién vas a culpar ahora de tu desdicha? ¿Serás capaz de cargar la romana sobre el país virgen que se entregó generoso a tus desmedidas ambiciones? ¿Supístelo aprovechar? ¿Fué la suerte? ¡No! ¿Quieres que yo te lo diga?... ¡Te educaron mal, muy mal!

Con tus sentimientos, con tus ideas, ni aquí, ni en ninguna parte, ¡convéncete: eres un idealista!, ¡un estúpido idealista! y la vida es una lucha feroz en la que el pez grande se traga al chico!... ¡Entiendes?...

¡Sí que lo entendía! Pero en el fondo de su conciencia sentía la satisfacción de no haber claudicado jamás de sus altos ideales. Cierzo que regresaba pobre de dineros, mas había sufrido lo suficiente para sonreír compasivamente ante la estolidez de los seres enriquecidos a costa de cualidades esenciales. ¡Tampoco la vida se traducía en llenar las arcas, echar barriga y adquirir aires de gran señor, falsos como Judas, ridículos y lamentables! Durante los días que duró la navegación, pudo convencerse de que la felicidad terrena era una utopía, un sueño imposible de realizar. En el pequeño mundo que pululaba por las dependencias del buque, estaban contemplados los diferentes aspectos del calvario humano! Aquellos que habían cifrado sus ilusiones en la riqueza, a cuya conquista entregan el tesoro de su juventud y las energías de su vida, volvían, es cierto, con las arcas repletas, pero vencidos por el tiempo que había marcado con huellas indelebles su paso a través de los marchitos rostros o de las nevadas cabelleras. Los otros, que vivieran intensamente entregados al placer y a la locura de la juventud, tornaban con el rictus del desencanto en los flácidos rostros y la desesperanza en el hondón de su alma. ¡Sólo unos pocos gustaban el delicioso licor del triunfo en edad propicia para paladearlo! Juan Ramón, mientras hacía estas reflexiones, medía a largos y abiertos pasos la cubierta del barco. ¡Ni el atrevido rompeolas, que desafiaba temerariamente los embates del mar, ni la ciudad de Antofagasta, que se desparrama blanda con indolencia orien-

tal, mientras los rebaños de lobos marinos ponen su nota exótica de leyenda, eran capaces de levantar su abatido semblante... ¡Llevaba la espina de su fracaso clavado en lo más hondo de su corazón! Desfilaba ante su vista durante el trayecto, la yerma y desolada costa del Pacífico, y como iba enfermo de un mal sentimental y los escasos recursos de que disponía, cantaban en su bolsillo la apremiante canción de la miseria, todo ello por junto, maltrataba su espíritu haciéndole sentirse el ser más infeliz del mundo.

Tal cual rudimentaria aldehuela colgada en los terrosos acantilados de la costa, sumergíale en fantásticas divagaciones que duraban lo que el barco tardaba en perderse lentamente tras la acombada superficie de la mar. Después tornaban los días y las noches monótonas, eternas, inmutables...

En Lima gustó el sabroso ambiente colonial, paseando por las enlosadas y torcidas callejuelas, con sus balcones enrejados, sus patios de azulejos y aljibes sevillanos. Las mujeres limeñas, de enmantillado semblante, ojos negros, charla melosa y ceceante, transportábanle a pleno riñón de Andalucía, y le hacían comprobar con melancólico patriotismo, las huellas eternas de una raza inmortal. La Catedral, oro viejo patinado del soberano artífice del tiempo, con sus suntuosas naves y su coro tallado en la dura fibra que los años respetan, envolvíale en una ola de angustioso misticismo... ¡Lima, la ciudad de las evocaciones quedaba también atrás de su ruta de emigrante, perdida en la lejanía del horizonte!...

¡Puerto del Callao, sobre cuyas aguas trazaron su ruta inmortal las naos de Méndez-Núñez! ¡Histórico arcano de inútiles heroísmos, que guarda engarzada la perla de la Punta, en

cuyos jardines floreció la quimera como una delicada flor besada por la brisa y arrullada por el mar! ¡El poeta lloró la muerte de Georgina Hümbert, desgranando el lírico rosario de sus estrofas suavísimas, angustiosas, como la bruma de un melancólico atardecer, que empapó para siempre la blancura luminosa de sus calles, de una impalpable y sutil evocación!...

¡Canal de Panamá, trazos matemáticos de líneas inverosímiles, forjadas en el potente cerebro del hombre! ¡Visión esplendorosa de una naturaleza, ludibrica y enervante, sometida a su férrea voluntad!...

¡Y el mar azul de los poetas, atlante poderoso que vence sus furias doblando sus ímpetus ante el Morro, que avanza imponente y el malecón que defiende la ciudad más querida del cacudado imperio español!...

¡La Habana pasó ante sus pupilas asombradas como una clara y fulgurante aparición!...

Durante la travesía hubo de convivir con toda suerte de personajes, que dejaron en su ánimo, algunos las imprecisas huellas de una personalidad desvaída, anodina y turbia; y otros, el sólido cimiento de una amistad imperecedera. Entre los últimos habría que catalogar a un matrimonio chileno que viajaba a Francia en vía de negocios cinematográficos, un español comprovinciano y una chica francesa, recién casada con un descendiente de italianos. Solían juntarse en la toldilla de botes a jugar al naipe, murmurar un poco y recordar a Chile.

Ferdinando Simonetti era un tipo de unos veintiocho años,

carácter reconcentrado, ojos hundidos y estatura baja. Su mujer, una francesita encantadora, alegre, vivaracha y muy amiga del baile. Pasaba en los primeros días muy pegada a su maridito como una gatita regalona y llena de gazmoñerías. Pancho Salas, chileno, buen tipo, de agradable rostro, alegre como unas pascuas, se la pegaba a su mujer ¡hasta con la planchadora del barco! Alfonso Cortina, español residente largos años en Chile, enamorado y sentimental, era lo que se llama un buen mozo, tenía chispa, carácter, y no había juerga o jaleo, en la que no metiera su cuchara...

Juan Ramón completaba la partida, aunque la más de las veces retraía su presencia, alejándose solo por otros compartimentos, como buscando distracción a las ideas que le embargaban. En la tarde, después de almuerzo, el que hacían en común, madame Simonetti invitaba mimosa dirigiéndose a su marido:

—¡Mon petit cheri! ¿Quieres que "vamos" a jugar un rato?

Gruñía el amigo Simonetti algo ininteligible, y Alfonso Cortina, con la más almibarada de sus sonrisas, levantábase de su asiento a tiempo que exclamaba galante:

—¡Como no, señora! Yo me ofrezco desde luego como compañero de juego.

Pancho Salas, a quien de seguro estropeaban alguna combinación amorosa, enlazando a su mujer por la cintura, asentía con un gesto de cómica resignación. Ya en la toldilla, juntaban unas sillas, acercaban las piernas y extendiendo por sobre ellas una manta de viaje, comenzaba el partido que seguían algunos mirones con relativa insistencia. Simonetti, después de contemplar con cara de aburrimiento las incidencias del juego,

desaparecía por la escala camino de su camarote. El contraste de caracteres de aquel joven matrimonio, hizo pensar a Juan Ramón que no terminarían el viaje sin que se produjera entrambos alguna seria desavenencia. Cuando llegaban a puerto, juntábase el grupo, bajo la dirección de Pancho Salas, y recorrían la ciudad, repartiendo al retorno, equitativamente, los gastos habidos como buenos camaradas. Sólo una persona torcía el gesto y no gustaba de aquellas expansiones que consideraba verdaderos dispendios: Simonetti. La encantadora Lisette partía en busca de él, y tornaba de "enfurrñado" y descompuesto semblante, encargándose el buen Cortina de deshacer la tormenta con sus finas atenciones... Invitábala al baile:

—Madama, si usted fuera tan amable que me hiciera pareja, bajaría un rato al salón para aprovechar la orquesta.

Ella, revolvía los ojos en un gesto de estudiado azoramiento, como si la invitación fuera algo desusado con tendencias sibilinas... Pero terminaba aceptando casi todos los días y gran parte de las noches...

Juan Ramón sorprendióles, en más de una ocasión, besándose furtivamente y estuvo movido a llamar la atención de su amigo Cortina a fin de que no se comprometiera demasiado, pero, ante las insinuaciones de ella, comprendió que lo más que conseguiría era ponerse mal sin objeto ninguno.

Así se deslizaban los días en el pequeño mundo del "Ordalesa", que avanzaba impertérrito, ajeno a las intrigas que se desarrollaban a diario. ¡Exactamente igual que rueda del universo a través de los espacios siderales, sin preocuparse de la desdichada humanidad que arrastra en su seno!...

DESILUSIONES...

En aguas españolas, Juan Ramón, hacía esfuerzos sobrehumanos por sentir esa emoción intraducible del retorno a los viejos lares. Una indiferencia feroz le dejaba frío como un mármol. La costa cantábrica que recorriera de niño y cuyos acantilados conocía como la palma de la mano, desfilaba ante sus ojos sin estremecer una sola fibra de su corazón.

—¿Qué me pasa a mí?—pensaba con amargura.—¿Será mi desdicha haberme olvidado de la tierra que me vió nacer?

Palpaba que otros compatriotas reventaban de entusiasmo, contagiando al pasaje con sus gritos e imprecaciones. ¡Sólo él permanecía mudo y estático, renegando en su interior de aquel amor que se le había agarrado al corazón como un pulpo maldito! Por fin, entre la bruma del amanecer, el profundo gemido de la sirena pedía entrada a puerto anunciando el término de su viaje. El pasaje aremolinábase sobre cubierta, a tiempo que un enjambre de pequeñas embarcaciones dirigíanse a todo remo al encuentro de la nave. El grupo de amigos estrechábase por última vez las manos. Simonetti indiferente, acaso con mal

oculta alegría, agitaba las suyas en gesto de despedida. Lisette, abandonábalas entre las del amigo Cortina, demasiado lánguida... Pancho Salas hablaba a Juan Ramón:

—¡Qué te vaya bien, gallo, en Santiago nos veremos!...

—¡Hombre, quién sabe!

—¡Va! ¡Lo sé yo! ¡Hasta la vista!

—Buen viaje. ¡Adiós!

Bajaron por la escalera de estribor a la minúscula chalupa que había de transportarles a tierra, y alejaronse en suave balanceo hasta la caseta de Aduana, punto de desembarque. Hacía catorce años justos que Juan Ramón había salido de Santander y al poner las plantas sobre el tabladillo del muelle giró la vista a la caza de alguna novedad que hiriera sus retinas, como buscando el choque de lo imprevisible, el contraste con los recuerdos grabados en sus pupilas de emigrante, en aquella tarde del año de 1914, cuando partía con la imaginación envuelta en una nube de risueñas esperanzas...

Volvió a experimentar la sensación que los años transcurridos habían sido un sueño. Parecíale que recién salía de su casa, y cruzó por su cerebro el fantástico desfile de las impresiones recibidas en aquella época, como si el tiempo corrido le hubiera sumido en un letargo, cuyo despertar encontrábase ahora en la caseta de Aduana, frente a los mismos bigotes, la misma gorra, idéntico ceño del celoso empleado que revolvía sin compasión su humilde equipaje, y que, antaño, divisara en el mismo punto, verificando idénticas operaciones. Sacóle de sus meditaciones el sonar de la sirena que anunciaba la partida del barco. ¡Allá quedaban los compañeros de viaje, a quienes qui-

zás no volvería a tropezar jamás en la vida! Cortina hablóle confidencial:

—¡Oye, ñato... la francesita de "rechupete"! ¿Te cuento? ¡Era toda ella un paquete de nervios!...

¡No hacía falta más para adivinar el resto! Sonrió Juan Ramón, y tomando del brazo a su amigo cruzaron el muelle, dirigiéndose al Continental. Después de instalados, decidieron hacer hora recorriendo las calles del puerto y encaminaron sus pasos a lo largo de la Avenida Pereda. En las aceras, los mismos cafés de antaño, tendían la protectora sombra de sus toldos, y juraríamos que a nuestros amigos parecieronles servidos por los mismos mozos de entonces. Llegaron al diminuto museo oceanográfico, donde unos pulpos distendían vanamente sus tentáculos, y tornaron a desandar el camino por la orilla del muelle, subiendo por la calle del Puente hasta llegar a los gastados enlosados de la histórica catedral santanderina. Visitaron la parte alta y los arrabales, sintiendo el acentuado sabor a "Sotileza" que aun conservaban intacto para gloria de don José María Pereda. Por fin, rendidos de cansancio, entregaron sus cuerpos al descanso en la cómoda habitación que les cupo en suerte. A las ocho de la mañana, partía el tren cantábrico, que había de conducirles a su destino. De temprano acomodaron su equipaje y dispusieron para el viaje. Hicieron el trayecto juntos hasta la estación de Arriendas, punto en que se despidieron efusivamente, continuando Juan Ramón solo, ensimismado en sus pensamientos, tratando de coordinar las mil reflexiones que se atropellaban en su cerebro, poniendo apenas atención en lo variado del paisaje que desfilaba raudo por la ventanilla del compartimento. Al llegar a la capital de la provincia, en los an-

denes de la estación tuvo la impresión de que todos los rostros le eran conocidos.

Sentía sobre sí la mirada del público asistente, como una interrogación, a la que no sabía a punto fijo qué respuesta dar. Entre los mozos de cuerda reconoció a Gabriel, que durante su época de estudiante solía trasladarle el equipaje en los días de vacaciones. Hízole seña, y éste acercóse presuroso a tiempo que se ofrecía:

—¿Qué manda el señoritu?

—Oye, Gabriel, ¿no te acuerdas de mí?

Gabriel hizo un esfuerzo concentrando su memoria, y a tiempo que se abrían, en un gesto de triunfo, los músculos de su cara, exclamó gozoso:

—¡Cóime!... ¡Pero si ye el señoritu Juan Ramón! ¿Entonces, qué ye? ¿Llega de América?

—Sí, hombre, creí que no me reconocerías!...

—Pues mire, al principiú quise como que sí, y aluego, quise como que no, pero hablóme y descubrílo po la pinta. ¿Y cómo llegó? ¿Trae mucho "parné"?

Sonrió Juan Ramón ante lo intempestivo de la pregunta:

—¡Hombre, debías preguntarme por la salud; el dinero será lo de menos, supongo!...

—¡Home, clarú!... ¡Desde luego!... Pero... ¡non crea!... que lo del parné non deja de ser muy importante...

—Bueno, búscate un auto que me traslade a mi casa, en tanto que yo pongo un telegrama avisando mi llegada.

Atravesó la ciudad entrando por la calle Uría y pudo comprobar una serie de modernas y fastuosas edificaciones que la prolongaban hasta la estación del Norte. Al llegar a la plaza

de La Escandalera sintió deseos de visitar la casa de pensión de aquella doña Sinfioriana de sus juveniles tiempos. ¡Ya no quedaba ni el rastro! Ocupábala ahora una modesta familia que se asombró de sus preguntas. Los clásicos edificios ovetenses, que con razón la dan el apelativo de vetusta, iban ambientándole el ánimo, saturando su alma de los perdidos recuerdos familiares. La Catedral, con su afligranada aguja hendiendo el espacio, la calle la Rúa, con su particular fisonomía, los soportales de Cimadevilla, el viejo caserón de la Universidad, la Fontana, Santo Domingo, todo ello hacía degustar agrídulces recuerdos de otros tiempos y traía a su mente las imágenes de los seres queridos que el luchar de la vida había ido esfumando poco a poco. Decíase en su interior:

—¡Sí, tenía la impresión que todo había desaparecido para mí! Pero el choque con la realidad demuéstreme que estaba en un error. Mi corazón revive ahora los felices días de mi infancia y me parece que en estos momentos es cuando comienzo a reanudar mi vida, interrumpida unos años que ahora siento como minutos, por lo veloces que cruzaron por mi existencia.

Al llegar a Avilés, siguiendo la carretera de la costa, ante la proximidad de su pueblo, cayó en una especie de embotamiento. Quería en su interior adelantar la escena de los primeros abrazos familiares y sometía su imaginación a una presión de soñadas emociones que difícilmente podía soportar. Detúvose en un café de la Plaza, para reponer sus perdidas fuerzas, y continuó su camino siempre preocupado de los acontecimientos que le esperaban. Al bajar la cuesta, columbró las primeras casas de Sotrances, llenándosele los ojos de lágrimas; y cuando pisó los umbrales de la suya, apenas tenía fuerzas para sostenerse...

¡Allí estaba su padre, esperando su llegada con un gesto de asombro, pálido de emoción y los brazos abiertos!

—¡¡¡Papá!!!

Articuló débilmente, arrojándose con ansias de contenidas caricias y ternuras, trémulo de angustia y palpitando de tierna emoción. Arriba sonó como un gemido inenarrable... Juan Ramón abandonó los brazos de su padre y subió, de cuatro en cuatro, los tramos de la escalera para caer en el blando regazo maternal que se agitaba en estertores agónicos de alegría y felicidad. Durante más de una hora no se sintió en aquella casa otro rumor que de frases incoherentes y suspiros interminables. Juan Ramón aguantó firme la terrible acometida de encontrados sentimientos que en tumultuosa agitación hervían dentro de su corazón, pugnando por salir a sus ojos convertidos en un torrente de lágrimas... El retorno a su hogar, vencido, rotas sus ilusiones, enfermo su corazón, pesaba en su cerebro amargándole la dicha de estrechar en sus brazos a los seres queridos. De primera, no se había dado cuenta de los estragos que el tiempo produjera en la noble faz de su madre, pero pasados los inevitables momentos de estupor, el rostro que él había dejado sin una arruga, en plena madurez de juventud, contemplábase ahora dolorosamente desfigurado por los profundos surcos que el correr insensible de los años, habían labrado su huella inexorable. Don Rosemundo, aunque presumía de recia contextura, adivinábase en los umbrales de la decrepitud, manteniendo su mentida gallardía a fuerza de coraje. A medida que iban llegando los viejos amigos de la casa, al contemplar sus figuras dobladas bajo el peso fatal de su destino, regustaba el áximo sabor de los recuerdos, que acudían en tropel a su imaginación,

haciéndole vivir un presente cuya realidad habíase esfumado como un sueño. El mismo, no era él, ¡era otro! Sentía que se desdoblaba su personalidad, pues, por una paradoja inexplicable, al recorrer los aposentos de su casa, palpaba en su espíritu, que su imaginación, le hacían vivir una existencia incorpórea, más allá del mar, más allá del horizonte, en el rincón amado de un lejano país, cuyas costas batían las aguas procelosas del Pacífico...

LA TRADICION Y EL TIEMPO

Sin juramento me podrás creer lector amigo, que si hay algo admirable en la vieja patria, es sin duda ese respeto a nuestras costumbres, que con ligeras variantes pasan de generación en generación, eternas e inamovibles. ¡Podrán los vientos modernos a su paso, sacudir la gárrula hojarasca de la fronda, pero es inútil que pretendan desgajar el tronco que en apretado abrazo distiende sus hondísimas raíces por la generosa tierra que le presta su savia! También las descocadas costumbres de otros pueblos pasan como un vendaval presumiendo socavar los cimientos de nuestra tradición ¡pero estréllanse sus vanas furias contra la roca inmovible de nuestro corazón, sin conseguir otra cosa que rozar la epidermis! Los domingos y fiestas de guardar, Juan Ramón, presenciaba conmovido, como en tiempos de antaño, la llegada a la castiza partida de tresillo de la diminuta figura del señor Pintueles: correcta, atildada, impécable, como el su decir: cuidadoso, pulcro y clásico. Don Edgardo Fonseca, que había abandonado las ediles escaramuzas, continuaba siendo asiduo tertuliano; don Guzmán de Alfaro, que ya no vivía

en el pueblo, sino en sus heredades de Naviegas, solía acudir desde el solar de sus abuelos a recordar tiempos pasados; Pachu el Zurdu no faltaba a una sola de las dominicales citas. ¡Sólo la muerte había impedido a Juan Ramón saludar la congestionada y rubicunda faz del señor cura, don Emerenciano Cañueles (que en gloria esté), fallecido años atrás de un ataque de uremia, enfermedad de ricos, al decir de Pachu, y cuyo vacío era mal llenado por el nuevo párroco, joven sacerdote que adaptaba mal sus naturales ímpetus a la sedentaria vida del pueblo de Sotrances. Doña María de las Mercedes narró a su hijo por lo menudo las incidencias de la muerte del bueno de don Emerenciano. Habíanle asistido hasta última hora don Rosemundo y Pachu el Zurdu, que, aunque no lo pareciera, escondía en su cuerpazo de animal un alma sensible y buena. Durante la enfermedad, cuando el paciente con voz apagada gemía:

—¡Ay! don Rosemundo, esto paezme el principio del fin...
¡Estoy muy mal!

Pachu interrumpíale enérgico:

—¡Non diga tonterías, señor cura, que entoavía vamos a xugar más de cuatro partidas y he de dale codillo ¡así me salve Dios!...

—¡No, Pachu, no! Dios me llama y me voy sin remedio...

De pronto no sabía qué contestar, pero al fin sonreía:

—Pues mire, señor cura, tan ciertu como que hay cielo que si ye verdá lo que usté tantas veces me cuntó, usté va entrar en la gloria con zapatos y todo ¡o non hay justicia allá arriba!...

—¡Calla, hombre, calla!—contestaba débilmente don Emerenciano.—Tú siempre eres el mismo.

—¡No, señor cura, ahora júrolo...

—¡No jures, hombre de Dios!...

—¡Bueno, que lo digo de todo corazón! ¡Eso es!

¡Y así se fué don Emerenciano de viaje a donde no se torna jamás!...

El vacío de su ausencia no le llenaba, ni con mucho, su joven sucesor, en lo que a las partidas de tresillo se refiere, y así no era raro que en las discusiones promovidas durante el juego llevara la peor parte, sobre todo cuando se enfrentaba con Pachu (quien, a pesar de las continuas reyertas, apreciaba muy deveras al difunto), que veía con malísimos ojos la intromisión del nuevo ministro del Señor... Cuando alguna polémica se suscitaba, Pachu, que ya usaba lentes colocados en la misma punta de las narices, solía gruñir malhumorado, y alzando su vista por encima de las antiparras, clavábala en el señor cura que bajaba la suya, acongojado:

—¡Tengamos la fiesta en paz, señor cura, y juegue como Dios manda, que non da pie con bola, y así non hay forma de entendese...

El aludido concentraba su atención nerviosamente en el naipe, mientras un rubor desvaído avanzaba lento por el cetrino y larguirucho rostro. Pachu, acostumbrado a la réplica oportuna y mordaz de don Emerenciano, sujetaba la frase en los labios, arrepentido de su viveza y continuaba la partida monótona y gris como si faltara algo.

Al recorrer las torcidas callejuelas de su pueblo, cuyos detalles conservaba intactos en la memoria, sufría el fenómeno de encontrarlo todo más chico, como si los años transcurridos hu-

bieran achatado aquellas viviendas de juguete. Las cercas que en otros tiempos éranle difíciles de salvar, pasábalas ahora de un solo tranco, y la torre del viejo castillo de Sotrances, le parecía fabricada de dados colocados sobre un montoncito de tierra que el anchuroso río respetaba por indulgencia de sus perzozas aguas. Eso sí que el paisaje total continuaba impresionándole con su grandiosidad. Dábale la sensación de un enorme lienzo en donde la divina mano del Supremo Pintor del Universo, al colocar su pincel, habíalo hecho con tal maestría que no se podía tachar allí ni un solo brochazo. Juan Ramón, a tiempo que acudía este pensamiento a su imaginación, cruzaba el sendero de la Magdalena, desde cuya altura se domina en toda su extensión. Paróse un momento, enjugando el sudor que la canícula hacía correr por su rostro, y buscando el lugar más prominente, derribó su cuerpo sobre el mullido asiento, a tiempo que exclamaba con admiración creciente:

—¡Sí, aquí mismo debe haberse sentado el divino Pintor a trazar la maravilla de este trozo de la naturaleza! No cabe duda que comenzó a grandes trazos por aquellas lomas que se deslizan suavísimas en lontananza, y que afirmó su pincel siguiendo la ondulante línea del camino carretero, en cuyas orillas fué poniendo la acogedora sombra de los castaños centenarios uniendo de esta guisa la Villa de Avilés con el pueblo de Sotrances. Y aquí entró en detalles, desparramando en los suaves lomaes las blancas casitas con rojos tejados, como una bandada de pájaros errantes. Después hizo bajar hasta el negrísimo río el camino carretero para hacerlo saltar sobre el férreo puente y subir culebreando la empinada cuesta de Muros, camino adelante, sorteando paralelo a la costa los embates del mar hasta perderse

en los bosques de los pinares umbríos. Al colocar el Castillo tuvo un momento de vacilación entre el lugar adonde se asienta y la cuesta de San Ramón. Pero el sabio pincel resbaló suavemente por aquélla, hasta hacerla morir de un tajo sobre el embravecido Cantábrico, tornando amoroso a dejarle asentado entre la fronda del gracioso montículo que avanza a mirarse en el bruñido espejo de la ría que le circunda. Hubiera quedado el paisaje incompleto sin puerto y sin barcos que rasgan el aire con su grito de angustia y ponen el vago brochazo de humo sobre la línea imprecisa del gris horizonte; ¡por eso aparecen empotradas caprichosamente en la falda de la cuesta las casitas de San Esteban de Pervises, y el malecón continúa su trazo hasta diluirse en la espuma que levantan las olas al estrellar sus ímpetus contra los arrecifes de la costa. Por fin la parda pincelada de la playa y el pueblecito de Las Arenas que avanza hasta mojar sus cimientos en las olas del mar. Al fondo, la Peña, la Deba, como si flotara en la blanda y azul superficie; después el cielo y el mar confundiendo su hálito en un abrazo infinito en la borrosa lejanía. . . Aquel día el moribundo sol del crepúsculo teñía de oro viejo la torre del Castillo, espejaba las ondas del río y envolvía en una suave tonalidad todo el paisaje. Juan Ramón sentía acongojadas sus entrañas de belleza; a paso lento fué acortando la distancia que le separaba del pequeño barrio del Castillo, donde su infancia había corrido horas dichosas e instantes de emoción. Al divisar la pequeña playa cubierta de redes como en tiempos de antaño, el recuerdo de su viejo amigo Xurel y de la tripulación de su barca: Caxilón, Ramascón, y Marcelín Rodríguez hacía sonar en sus

oídos las palabras con que su madre le había relatado la tragedia del mar:

—¿Pero no supiste?

—¡No, mamá!

—Pues yo estaba en la creencia de que te lo había escrito...

—¿.....?

—Una madrugada, a pesar de los negros presagios que anunciaban las señales del puerto, Xurel con su gente hiciéronse a la mar...

—¿.....?

—¡Qué quieres, hijo, el año iba mal, la pesca escaseaba y el hambre rondaba los hogares de estos infelices... y ¡había que salir!...

El espíritu de Juan Ramón vivía en aquellos momentos la lucha formidable entablada por esos hombres de acombados pechos y mirar de niños, que habían caído como titanes "haciéndole pelea" al terrible mar de los astures...

LA TRAGEDIA DE JUAN RAMON

A medida que el tiempo iba devorando en sus fauces insaciables los días y los meses, el escaso caudal disminuía con aterradora velocidad en los escuálidos bolsillos de nuestro amigo Juan Ramón, y aunque nadie había hecho la menor alusión a sus medios de fortuna, adivinaba intuitivamente que la curiosidad hacía mella en las amistades de su casa y en los habitantes del lugar que describimos. Que no se equivocaba en sus suposiciones vino a saberlo con motivo de las fiestas que se organizaban en los alrededores. Una comisión de chicas apadrinadas por algunos señores, pasó a visitarle, y en la lista de hipotéticos donantes habíale colocado en un lugar que no correspondía, ni con mucho, a sus escasos recursos. Obrando en tal forma poníale en situación de definir claramente su capacidad financiera, pues si aceptaba el monto que le habían asignado, era prueba más que suficiente que el "riñón venía bien cubierto", ya que la cantidad era subida e intencionada en demasía...

Juan Ramón ni se fijó en la lista, echó mano al bolsillo y

alargó cien pesetas, a tiempo que exclamaba con una sonrisa:

—¡Ustedes perdonarán, cada uno da lo que puede!

Con lo que dejó a la comisión, sino del todo desilusionada, por lo menos un si es no es aturdida por la viveza y oportunidad de la respuesta. No faltaron tampoco las consabidas invitaciones a fiestas y paseos, en los que la juventud femenina repetía los agasajos que en pasados tiempos había observado él, con mal disimulada envidia, cuando en Canzueles, sus amigos Arturo y Luis, eran el blanco de todas las flechas de Cupido. Estas menudencias apoderábanse de su espíritu, amargándole la felicidad de encontrarse entre los suyos y acoquinando su ánimo hasta el extremo de venírsele al magín, con acuciosidad inquietante, el deseo de tornar al país de América, donde se había formado su juventud, y donde, a pesar de todo, sentía que quedaban los recuerdos gratos, y también las horas más amargas de su existencia. Solía discutirse en la tertulia sobre tópicos de la vida americana (pues por sabido omitimos que no había un solo hogar en el pueblo que no tuviera alguno de sus miembros al otro lado del Atlántico) y aunque él guardaba circumspecta reserva, contestando ambigüamente, sólo cuando era preguntado, en muchas ocasiones veíase forzado a deshacer errores y aclarar equivocados conceptos emitidos con más imaginación que aviesa intención por parte de los tertulianos. Maravillábase que, a pesar del continuo intercambio de viajeros con aquellos países, aun flotara en la mayoría la idea fabulosa que bastaba pisar el suelo americano premunido de una piqueta y una pala, para atrapar, con remover la tierra, el oro blanco del salitre chileno o la rica vena del legendario Perú. Sonaban los nombres de las repúblicas americanas en los oídos de casi todos, como el metálico

tintinear del reluciente "centén" sobre el mármol del mostrador. Así, cuando Juan Ramón les confesó ingenuamente que él, durante su estada, apenas si había tropezado con alguna que otra moneda del precioso metal, Pachu el Zurdu, alzando los ojos por sobre las oscilantes gafas, sonrió incrédulo y lanzó a boca de jarro:

—¿Entonces, qué hizo que non se volvió a su casa? Pase porque non haya aquí, oro, nin plata, nin cobre, nin chica, nin blanca, que pa eso la tienen bien guardada los cochinos burgueses! Pero allá que con escarbar un pocu apaez a flor de tierra, ¡non lo comprendo!...

El señor cura aventuró con timidez:

—¡No tanto, Francisco, no tanto! Tengo entendido que no todo lo que reluce es oro...

—¡Ya salió usted! ¡Pues así dicen que lo "mayaron" los de la Felechosa; ¡y eso que a pollinos no les gana nadie! ¡Así me salve Dios!...

Juan Ramón, aprovechando el momento de silencio que trajeron estas palabras, habló pausadamente:

—No crean ustedes, hay algo de verdad en lo expresado por el amigo Pachu. ¡Claro es, que la forma de decirlo no concuerda con su pensamiento! Perdonarán si me tomo la libertad de deshacer algunos errores sobre América, que estimo altamente perjudiciales. El problema de la emigración no ha sido encarado con la franqueza e interés que tan trascendental asunto requiere; es más, con la emigración se han hecho negocios escandalosos a vista y paciencia de todo el mundo, los menos interesados en encauzarla debidamente hemos sido, precisamente, los españoles. Oímos por todas partes que el país se desangra, que los

pueblos quedan desiertos, que la juventud levanta su vuelo, etc., etc., pero no se han preocupado los poderes públicos de averiguar la causa para tender su mano protectora sobre el rebaño seminconsciente que se lanza a la aventura, a la buena de Dios, sin preparación alguna (salvo contadísimas excepciones), obsesionados por la leyenda fantástica de la fácil fortuna, y dejando a la suerte lo que en buenas cuentas pertenece en la mayoría de los casos, a una sabia organización. Porque no me negarán ustedes—continuó Juan Ramón—que si la densidad de población o el espíritu de aventura empuja a nuestra juventud a emigrar a tierras lejanas, lo justo sería evitar su salida, en tanto no sufrieran la debida preparación para luchar sin desventajas. Así como se exige el certificado de vacuna o de sanidad, sin cuyos requisitos el emigrante ha de quedarse en tierra mal de su grado, así también y de manera más minuciosa, debería sometérselos a un previo examen que les capacitara para entrar sin desmedro en la empresa que van a acometer.

Don Guzmán de Alfaro, que escuchaba atento, objetó:

—¡Entonces, el amigo Pachu no anda muy acertado al tildar de zoquetes a los americanos de la Felechosa, pues, según él, no saben ni el abecedario...

Pachu gruñó:

—La verda, yo non puedo entedelo...

—Es fácil—contestó Juan Ramón.—Yo no aludo a una cultura general para el emigrante, porque esta sería sencillamente imposible, amén de que acaso les fuera perjudicial, pero sí insisto en que se les podría, en establecimientos adecuados, ejercitar prácticamente en ciertos ramos generales, que habían de servirles mucho, y les evitaría seguramente la pérdida de al-

gunos años. Y sobre todo—terminó Juan Ramón—si la emigración es un hecho fatal, lo justo sería preocuparse de ella, estudiando las necesidades de los países americanos y dirigiéndola atinadamente según las aptitudes de cada cual.

—Eso sería un cuento de nunca acabar—comentó don Guzmán—además que cada uno tiene el derecho de irse adonde le dé la realísima gana...

—¡Así es!—dijo Juan Ramón—pero evitaríamos muchísimos fracasos...

Doña María habló con viveza dirigiendo la vista a su hijo:

—Y evitaríase que infinidad de ellos se quedaran allá olvidándose de sus padres y de todo...

Juan Ramón, que creyó adivinar un velado reproche en las sentidas frases de su madre, apresuróse a contestar:

—Mamá, perdóname si te digo que sois un poquitín injustas todas las madres; he oído a muchas, en su natural egoísmo, quejarse de los ausentes y criticar sus imaginarios olvidos, sin tomar en cuenta que el emigrado, en la mayoría de los casos, sólo vive alentado por la esperanza de tornar al hogar, con los ojos fijos en la tierra ingrata que le vió nacer y la ilusión de una patria progresiva y grande que espera su retorno para entregarse mimosa a sus ansias, acumuladas año por año, tras el duro mostrador o bajo la canícula de la desierta pampa. Llega como el hijo pródigo en busca del calor de su hogar y de los afectos familiares, de los que sus sentidos encuéntranse sedientos, acude a sus amigos, a sus compañeros de la infancia, cuyo recuerdo durante su exilio fué la caricia sedante que mitigó su desesperación y su pena, ¡quiere rumiar su pasado, regustando las divinas emociones encerradas como un tesoro en el cofre de

su corazón!... ¿Y qué encuentra?... ¡Un ambiente cargado de suspicacias y hostilidades, y lo que es más triste, la denuncia ruin y rastroera a las autoridades militares aconsejada por un malsano deseo de hacer el mal sin provecho alguno e incitada por la torpe envidia de los incapaces!...

—¿Adónde va usted a parar, amigo Juan Ramón?

—A explicar el porqué, muchos que llegamos con la ilusión de laborar y convivir entre los vecinos, parientes y amigos, como si no hubiera pasado el tiempo en el rincón que nos acunó de niños, nos sentimos ausentes de nuestra tierra, poco menos que extranjeros en nuestra patria y si me apura usted un poco le diré que...

—¡No digas nada—terció don Guzmán—creo yo que exageras nuestra manera de ser y la sencillez de nuestras costumbres. Tú no puedes decir eso; aquí estás lo mismo que antes, exactamente igual y sino, vamos a ver, ¿qué es lo que echas de menos, lo que te ha sucedido, que abone alguna razón a las muchas sinrazones de que hiciste gala en tu discurso?

—¡No, si yo no hablo por mí, precisamente, hablo en términos generales!...

—Según tú el indiano, o el americano, encuéntrase en su patria adoptiva muy a su gusto, rodeado de afectos, en situación espectable; y aquí siente la nostalgia de todas estas cosas que halagan su vanidad, porque pasa desapercibido...

—Sí, efectivamente, algo hay de eso, pero, no tanto como usted se figura. El emigrante en su patria adoptiva, cuando ha logrado formarse una situación, y por su carácter, consigue identificarse con las costumbres del pueblo, aunque viva rodeado de afectos, por muy compenetrado que se sienta dentro del am-

biente donde gira su existencia, siempre, en lo más hondo de su corazón, siente que la nostalgia de la patria lejana le roe como un gusanillo molesto que apaga sus entusiasmos y pone su gota de acíbar en la dulzura de una vida lograda a fuerza de ímprobos trabajos. ¡No es completamente feliz! ¡Sufre! Entonces, un día cualquiera, impelido por una fuerza misteriosa, retorna a sus lares, creyendo encontrar la felicidad anhelada, y observa con estupefacción que a pesar de sus mejores intenciones, ¡ya no se adapta a las costumbres soñadas! y comienza a desasosegarse cuando el gusanillo de marras vuelve a trabajar en su corazón haciéndole volver la vista hacia la patria adoptiva, campo de sus luchas, jardín de sus ilusiones, altar de sus amores, banco de sus intereses y tierra regada con el sudor de su frente...

—¡Nada, amigo Juan Ramón, toda una tragedia!

—Efectivamente, don Guzmán. ¡Toda una tragedia que podríamos titular: "La tragedia del emigrante"!



A raíz de aquella conversación, doña María de las Mercedes y don Rosemundo siguieron unos días de preocupación presintiendo que su hijo sentía muy a lo vivo los vacíos que delataba durante su fogosa peroración, adivinado que, tras la mirada voluntariosa de Juan Ramón, germinaba la idea de una nueva aventura emigratoria. Y no se equivocaban, un cúmulo de desdichadas circunstancias hacíanle la vida intolerable. Por naturaleza, sentía aversión a mendigar destinos públicos, para los que no se encontraba capacitado. Presentía que era una carga en su casa, avergonzándose que su padre, a la avanzada edad que sobrellevaba, hubiera de andar por todos los vericuetos del conchejo ejerciendo su profesión.

—¡No, no era posible ésto! El tenía que hacer algo, pero, ¿qué haría? Continuar sus estudios, aparte del gasto que representaba, érale difícil. Además, por añadidura, los años transcurridos ausente de los libros, no habían pasado en vano sobre su juventud. Desconocía el ambiente, y un sentimiento de estúpido orgullo le impedía dedicarse a otros menesteres que consideraba

denigrantes. Una certidumbre de malsana fatalidad iba cerniéndose como una amenaza sobre su vida. En el semblante leíanse sus padres los pensamientos que se alborotaban en su cerebro, y trataron por todos los medios de deshacer las nubes que enturbiaban el horizonte de su felicidad.

Por aquel tiempo ya comenzaban a llegar veraneantes, y entre ellos, muchos amigos de la casa y chicas casaderas... Doña María de las Mercedes tuvo la intuición de que ahí estaba el tope en el que debían de estrellarse las errantes inquietudes de su amado vástago. Y así recurrió a todo su ingenio y bondad para atraer a su casa lo más granado del femenino conjunto que acudía a gozar de las delicias de aquel maravilloso rincón de las Asturias. Juan Ramón sonreía agradeciendo los esfuerzos de su madre, y en su interior propúsose no defraudar las esperanzas que ella cifraba sobre su total curación espiritual. Así que, comenzó a suavizar el gesto huraño disfrazándole de amabilidad, acudiendo a cuanta invitación le proponían sus amistades y ejercitando en su casa los deberes de la hospitalidad, con singular complacencia y agrado. De la vecina villa de Gijón, al delicioso pueblecito de las Regueras del Nalón, solían acudir a pasar la estación veraniega varias familias, atraídas por la singular topografía de aquel rincón encantador. Entre ellas, una de las que por su situación acaudalada, solía hacer más larga la temporada y gozaba de mayores simpatías entre los contados vecinos de las Regueras, era la de don Listrato Samoedo, casado con doña Celestina Alvargonzález, cuya hija Pepita, constituía el blanco obligado de las flechas, que con mayor o menor fortuna, dirigían hacia su corazón los jóvenes regueranos, y muchos más que rondaban por aquellos contornos

Una antigua amistad unía la familia de Samoedo con la de don Rosemundo de Ulloa, así que, cuando aquel año llegaron a su acostumbrado veraneo, pasaron a saludarles, encontrando la grata sorpresa de Juan Ramón, de quien tenían noticias por las continuas conversaciones sostenidas con doña María, convidándole con insistencia, quedando en esta forma comprometido de visitar la casa, que lo era un coquetón "chalet", cuyas cercas mojaban sus cimientos en las quietas aguas del Nalón rumoroso. Pepita Samoedo, hija única del matrimonio, contaba a la sazón veinticuatro abriles y era una morena menudita y fina, de facciones correctas, que vestía con esmero y cuya conversación, un poco redicha, rozaba a veces los límites de la petulancia. Presumía de cierta cultura literaria, que de primera causaba favorable efecto en el oyente, pero que, tratada a fondo, conseguía descubrir lo feble de su basamento y la ligereza de sus conocimientos. Con todo, no carecía de encantos, y entre las muchachas descollaba, sino por sus físicos adornos (que eran, como hemos dicho, parcos) al menos por el desgaire en el hablar y el aplomo adquirido en sus periódicos viajes al extranjero. Contribuía a resaltar su figura la posición de sus padres, la amabilidad de su trato y la cordialidad de aquella su vivienda, cuya "atopadiza" situación hacía de espléndido marco a la silueta de sus moradores. Juan Ramón acudió a la invitación cumpliendo un deber de amistad, pero sin grandes entusiasmos, más que nada por dar gusto a su madre y esparcer el acongojado espíritu que aun no conseguía serenar desde su llegada de Chile. Cuando apareció en el dintel que daba al jardín, ya mariposeaban por entre las flores buen número de invitados, entre los que descollaban algunas chicas de la vecindad y cuatro o cinco

muchachos que veraneaban en los alrededores. Sorprendióle el ambiente de intimidad con que fué recibido, y así, cuando Pepita, haciendo las veces de dueña de casa, formuló las presentaciones, Juan Ramón experimentó el alivio de llegar a parte conocida y de toda confianza. Pepita con voz ligeramente gan-gosa, adelantóse a explicar:

—Bueno, Juan Ramón, aquí todos somos amigos y suponemos que vendrá con ánimo de pasarlo bien.

—¿.....?

—Desde luego, aquí tenemos por costumbre eliminar de nuestro trato el ceremonioso usted, el señor o señorita, no hay otra expresión que el democrático tú. De manera que ha de hacer profesión de fe de aceptar sin protesta nuestras costumbres. ¿Qué te parece?

—¡Espléndido, chica! ¡Venga de ahí!

—Entonces no hay más que hablar: tú, serás Juan Ramón, aquélla será Aurora, ésta Luisa, y yo Pepita. ¿De acuerdo?

—¡Perfectamente!

Pasaron unas horas sin sentir, entre alegres y recatados cuentos, baile, comida, etc., etc., y en las sucesivas reuniones, que ora en una parte o en otra había lugar, el invitado de rigor pasó a ser nuestro amigo, cuyo carácter comenzó a sufrir una seria modificación. Doña María notaba gozosa estos cambios, alentándole en cuanto podía a fin de que, lo antes posible, mordiese el anzuelo del matrimonio. Pero el destino desgraciadamente dispuso lo contrario de sus ilusiones, y ello fué que, en cuanto Juan Ramón notó el apremio con que le fustigaban para decidir la situación, que él en ningún caso había provocado, dió en avinagrarsele el genio y descomponérsele el ánimo, trocando

aquellas deliciosas tardes que transcurrieran insensibles y llenas de una sedante y dulce prestancia, en forzados e insufribles torneos del disimulo, por no dar lugar a erradas interpretaciones. Había notado en Pepita una marcada atención hacia su persona, pero no le daba mayor importancia, achacando aquella preferencia, más que a otra cosa, a la femenina curiosidad de su amiga, insaciable por oír de su boca los acontecimientos de su vida americana, sus proyectos y sus resoluciones para el porvenir. Ahora, después de las insinuaciones de algunos amigos de la casa, que sin empacho le aconsejaban: —¡Duro, Juanillo, duro, no le aflojes que, ahí, hay cuartos!... comprendía con claridad adónde se le quería llevar, y dábase cuenta de algunos detalles que hasta entonces habíanle pasado desapercibidos. A veces, cuando la conversación languidecía y el baile agotaba las energías, recurríase para acortar la tarde a los socorridos juegos de prendas, con sus insulseces y sus penitencias. Ya Juan Ramón se sabía de memoria que para recuperar su prenda, había de pronunciar la consabida declaración a una chica y que, ésta, no podía ser otra que: Pepita. Notaba en ella cierta nerviosidad que aumentaba cuando al referirse él a temas amorosos, lo hacía con la despreocupación del que nada tiene que temer de los enredos de Cupido. Encendíase en rubor y protestaba del escepticismo de Juan Ramón con violencia:

—¡Chico, pues muchas gracias por el concepto que te merecemos las mujeres!...

—¡Hablo en general, Pepita, ya sé yo—decía Juan Ramón mirando significativamente a su enemiga—que todas no son iguales... ¡aunque te confesaré que se parecen como una gota de agua a otra!...

—Bueno, pues apelo a esa tu sinceridad, de que haces gala, para que nos expliques tu pensamiento sobre nosotras.

—¡Caray! con el compromiso!... En fin, a un amigo discúlpasele todo, y con mayor razón si como me figuro está equivocado. ¿Me pides una opinión sobre las mujeres? Pues, ¡allá va!

El grupo femenino avanzó haciendo corro, dispuestas a escuchar la palabra del emigrante:

—Mi opinión sobre las mujeres, y no os ofendáis amigas mías, es que, queriendo atrapar la felicidad con la conquista del hombre, generalmente cometen toda suerte de errores para rendir la plaza. La mujer, amigas mías—continuó sonriendo Juan Ramón—es toda vanidad de vanidades... Quiero decir que prima sobre ella el sentimiento (muy humano, por cierto), de sobresalir, no por sus *cualidades* espirituales, sino por las muy efímeras *calidades* de situación social, de elegancia, distinción, etc. Con tal de producir, a su paso, revuelo y asombro, no trepida en llegar hasta el absurdo y la excentricidad de mal gusto. Y así pueden ustedes observar que ha llegado a adquirir todos los vicios del hombre: ¡sólo porque con ello hacíase notar!... Y mientras que fué motivo de exhibición y de escándalo, ¡al desnudo total en playas y saraos! Pero una vez que se generalizó, como ya no causa emoción, tornan de nuevo a recubrir sus desnudeces, buscando una nueva manera de "epatar" al mundo...

—¡No dejas ni por donde cogernos!—apuntó malhumorada Pepita.—¡Con buena gente te has rozado en tu vida!...

—Con buena y mala, como todos los mortales.

—Pues no te entiendo... ¡a no ser que los desengaños... el despecho!...

—Posiblemente, pero no hasta el punto que tú te figuras. Es el espíritu de observación el que me ha hecho pensar muchas veces lo que acabo de decir.

—¡Vamos, que somos unas cursis, sin sentido común, sin moral, sin seso, etc., etc.!...

—No, yo no he dicho eso, ¡aunque no me negarás que, por regla general, la mujer acepta los rígidos preceptos morales en tanto no rozan los trajes ideados en París! ¡Si lo que llamamos en este caso particularísimo, moral, se atreve a subirles a ustedes un centímetro del escote, o a bajarles dos pulgadas las faldas, seguro estoy de su redondo fracaso...

—Hombre, nos gusta vestir bien...

—De acuerdo, de acuerdo, les gusta vestir bien, ¡y sobre todo les gusta vestir mejor que la vecina!... ¡para que reviente de envidia!...

—¡Uf! Estás insoportable...

—Es que pongo el dedo en llaga, ¡y duele!...

—¡No! ¡Molesta!

—Perdón, yo no quería herirlas a ustedes; sólo una simple conversación, por lo demás, saben que soy fervoroso admirador del bello sexo...

—¡Nada de componendas!

—...que considero, a pesar de estas cosillas, muy superior al que yo pertenezco...

—¡Eh! Que se guarde sus lágrimas de cocodrilo... —alborotaron varias voces femeninas, deshaciendo el corrillo para acudir a la mesa, desde donde eran requeridas.

Después de aquella conversación, Pepita Samoedo pareció como desilusionada (exagerando en su imaginación los conceptos vertidos por nuestro héroe), escaseando sus invitaciones y visitas hasta el punto que, Juan Ramón, la creyó realmente sentida y proyectó un viaje de varios días a Canzueles, donde pensaba saludar a sus familiares y amigos, al mismo tiempo que recorrer los lugares de su infancia. Hízolo como pensaba y a su regreso, encontróse con la nueva de que la familia Samoedo había partido a Gijón a visitar la Feria Regional y aprovechar las fiestas que por aquella época tienen singular lucimiento en la populosa villa asturiana. Invitado por unos amigos, acudió al reclamo de los profusos avisos, y en la mañana de uno de los calurosos días del mes de agosto, llegaron a la exposición, encontrándose de manos a boca con Pepita y su familia. Esta no supo reprimir un movimiento de asombro, y cuando Juan Ramón fué a presentarles sus respetos, daba señales de una creciente agitación.

—¡Pepita! ¡Mucho gusto de verte por acá!

—Pues, ya ves, hemos venido a la exposición...

—¿Por muchos días?

—Los que dure.

—¿Piensas volver a las Regueras?

—¡Quién sabe! ¡Aquello está muy soso!

—¿O es que algo te retiene por aquí!

—¡Puede que sí!

Juan Ramón notó que Pepita sentía cierta satisfacción al pronunciar estas palabras y continuó interrogando, fingiendo indiferencia:

—Me alegraría conocer a tu presunto novio...

—¡Qué vanidosos sois los hombres! No se trata de eso. Digo que algo me retiene aquí, ¡y es verdad! pero diferente de lo que piensas...

—Entonces, no he dicho nada. Creí adivinar una cierta segunda intención en tus palabras... Además, tu ausencia de las Regueras tan inesperada y rápida, me dejó la impresión de una huída...

—¡No faltaba más que te figuraras que huía de...

—¿De quién?

—...de ti... Perdona la franqueza...

—¿Y si fuera cierto? ¡Si yo me hubiera imaginado... eso!
¿Qué?

Pepita un poco azorada murmuró bajando la voz:

—¡Acaso te equivocaras!

—¿Acaso? ¡Cuidado, Pepita; esa palabra me puede dar la clave del misterio...

—¿De qué misterio?

—Del que pasa en tu corazón.

—¡Bah! Ahí no entra nadie más que yo.

Llegaban caminando al final de los pabellones y Juan Ramón convidó a Pepita a tomar asiento bajo la sombra de las encinas.

—Oye, Pepita—insinuó Juan Ramón—y si yo te pidiera que me dejaras asomarme unos segundos a tu alma, ¿accederías?

Púsose repentinamente seria y dijo:

—Eso no se pide...

—¿Por qué?

—Porque se conquista...

Apareció don Lisistrato Samoedo y algunos amigos discutiendo asuntos relacionados con la Feria, y así que les divisaron, hiciéronles seña para que se acercaran:

—¡Hijita! Como ya va siendo hora de comida, invita a Juan Ramón para que nos acompañe.

—Mil gracias, señor Samoedo; pero vengo con unos amigos y me debo a ellos. Le ruego me disculpe.

Pepita hizo un mohín de disgusto, dirigiéndole una mirada en la que éste creyó adivinar un mudo reproche. En los días siguientes no pudo encontrarla por ninguna parte y tornó a su pueblo, sumergido en una serie de agrídulces reflexiones. Al hablar del casual encuentro en su casa, doña María, no supo disimular su alegría, y don Rosemundo maliciosamente guiñóle un ojo. El señor Pintueles, evolucionó hábilmente, hasta quedarse solo con Juan Ramón:

—Oye, muchacho, voy a darte un buen consejo de amigo: no pierdas esta ocasión, y ¡cásate! La familia, aparte de su situación social, es gente rica y ocupa por su fortuna, un lugar expectable. ¡Si te manejas bien, es tuya! ¡Aprovecha!

Desde aquel día, las conversaciones familiares giraron en tor-

no de lo mismo, con uniformidad, produciendo en Juan Ramón efectos contradictorios.

Por una parte comprendía, mirando su porvenir, que, como decía el señor Pintueles, la ocasión era propicia. Pero atendiendo a lo que su corazón dictaminaba, una repulsión instintiva hacía desechar el procedimiento.

—¡No! ¡El no estaba en situación de afrontar el matrimonio y, por consiguiente, iban a resultar inútiles cuantos esfuerzos hicieran para arrastrarle a él. La simpatía de Pepita removía en su corazón los mal apagados recuerdos de un amor desgraciado, y poco a poco, contra su voluntad, insensiblemente, sentíase inclinado hacia ella y buscaba casi sin darse cuenta la ocasión de hablarle, de sentirla cerca, con ánimo de volcar en sus oídos la gran confianza de su vida. Aquel amor que le había dejado "tan mal ferido", lo sentía dentro de sí como un tumor maligno, al que había que buscar pronta salida, antes que infestara el resto de sus sentimientos. ¿Hubiera querido un día cualquiera, bajo la sombra acogedora de los acacios floridos, pasear con Pepita a la vera del río y desgranar en su oído la historia de su desengaño, musitándole trémulo de emoción:

—¡Sí, Pepita, por tener el alma como un claro cristal, y haber amado con la ilusión más grande de mi vida, por haber entregado mi corazón sin recelos, no fui comprendido y una mujer, ¡una niña! jugó con él como si fuera un juguete, que deshizo entre sus manos! ¡Si tú fueras tan buena que tomaras en las tuyas esos pedazos para reconstruirle, acaso yo te llegara a querer como jamás habrás soñado!

Pero estos románticos ensueños, veníanse al suelo al tropezar con la dura realidad de su verdadera situación. Y la realidad era que él no poseía un centavo, y lo más grave, el no vislum-

brar en el ambiente un solo resquicio por donde penetrar en busca del empleo que le permitiera ayudar a los suyos y hacer frente a los gastos que adivinaba en la formación de un hogar. Oía intencionadas conversaciones en las que, de propósito, citábanse casos de muchachos que habían hecho del matrimonio la base de su fortuna, alabándoles su perspicacia y buen sentido, al cimentar o acomodar en esta forma su vida. Pero él, dominado por un sentimiento de dignidad superior, repudiaba el procedimiento, jurándose en su interior antes liquidar su mísera existencia que recurrir a tales artimañas. Que a Pepita no le era indiferente, hasta un ciego lo podía ver, y Juan Ramón estaba seguro de ello. ¡Había caído bien y cualquiera en su lugar hubiérase echado a la espalda ciertos escrúpulos, con tal de pescar tan buena presa!

En estas preocupaciones, pasáronse volando los días, con graves apuros de nuestro amigo, que veía sus recursos desaparecer de manera alarmante. Así que disminuían sus caudales, aumentaban progresivamente sus congojas, pues no era él hombre de acudir a la ajena generosidad, y mucho menos a sus padres, a quienes notaba escasos de dinero. Vínosele a la imaginación la idea tenaz de una resolución pronta, si no quería llegar hasta la humillación de mendigar un puesto. Estudió serenamente las probabilidades y dióse cuenta que había pasado su tiempo, que no le era posible reanudar su vida en la hostilidad del ambiente; ¡estaba tomado el campo y todos los caminos hacíansele largos e interminables!

—¡No! ¡Ya no podía ser! Allí todo era insalvables escollos. Sentía que gravitaba sobre sí la pesada mano del destino que no había querido ser amable con él, ¡pero aceptaba el reto! ¡Volvería a embarcar!...

Sigilosamente comenzó sus preparativos; no quería que nadie supiera nada. Quedábanle unos cuartos, los suficientes para el viaje en tercera, y con un pretexto cualquiera partióse una mañana al vecino puerto de Gijón, donde arregló todos los trámites necesarios. Tornó a su casa y continuó su vida normal, disimulando con tal arte y maña las intenciones que albergaba, que sus familiares ya le creían aclimatado y feliz, sin sospechar la tempestad que rugía dentro de su corazón. Durante la última tertulia a que asistió antes de su partida, estuvo a pique de echarlo todo a rodar con motivo de una discusión suscitada a propósito de aquellos que ya no se conseguían aclimatar en su tierra. Don Guzmán de Alfaro, expresaba sus sentimientos alegando que los habitantes de tierra adentro, sentían más cariño y apego hacia ella que los que vivían en la costa:

—Sí—decía, dirigiéndose a Juan Ramón—yo no sé por qué causa, pero tengo observado que los que viven en los yermos castellanos, o no salen jamás de sus pueblos, o si lo hacen, vuelven presurosos como si el resto del mundo fuera para ellos tie-

rra maldita. Saben que en esos pueblos pobrísimos, las expectativas de hacer dinero, o mejorarse, son nulos, y sin embargo, no los truecan por ninguno de esos otros en los que la facilidad para hacer fortuna se centuplica, y tornan felices a dejar sus huesos al lugar de sus mayores...

—Eso será algunos...

—Casi todos. Y te voy a citar un lugar conocido por su pobreza, rayana en la miseria, por la escasez de comunicaciones, que hacen vivan olvidados del resto de España, y que, no obstante, los pocos que han salido, aún con medios de fortuna para pasar una vida muelle y regalada, prefieren habitar en sus inhóspitas breñas donde la llegada de un automóvil constituye un acontecimiento. Supongo adivinarás que me refiero a Las Hurdes y Las Batuecas. En cambio, aquí...

—Perdone que le interrumpa. Iba yo a decir lo mismo: aquí no sucede eso, porque lógicamente no debe de suceder. Vivimos en la encrucijada del mundo, en contacto directo con sus adelantos, comodidades, etc., etc.; de un salto, digámoslo así, podemos ponernos en cualquiera parte, y con algo de suerte, convertir en realidad nuestros ensueños. Es perfectamente explicable, Don Guzmán, que el porcentaje de emigración sea casi en su mayor parte del litoral.

—¿Y por qué si la vida es más fácil?

—Porque el espíritu de aventura prende con mayor facilidad en los que diariamente palpan los sorprendivos cambios de fortuna. Con las debidas proporciones les sucede en Asturias exactamente igual a la gente moza. Los que viven en la montaña, lejos del mundanal ruido, apenas si sienten deseos de probar fortuna. En cambio, allí donde la facilidad de comunicaciones es-

tablece el intercambio de viajeros, el espíritu de aventura siempre alerta, levanta su vuelo por cualquier motivo.

La llegada de nuevos contertulios puso término a la polémica entablada con grave riesgo de Juan Ramón, y evitó que éste dejara traslucir sus intenciones. Por fin, faltando sólo dos días para que el "Orsma" tocara puerto en Gijón, comenzó a elaborar su plan de huida. Habló con un muchacho que fletaba equipajes en una camioneta de su propiedad, poniéndose de acuerdo para en la noche deslizar las maletas por el balcón hasta la calle, donde él esperaría. Las guardaría en su casa hasta la madrugada, hora en que Juan Ramón, pretextando un paseo por la playa de Las Arenas, abandonaría la suya marchando a pie hasta el alto de la cuesta, subiendo en aquel punto a la camioneta para hacer el viaje juntos a Gijón. Desde allí, por teléfono, hablaría a su madre explicándole su repentino viaje, que pensaba achacar a una ocupación pendiente, y el día de la partida, Juan Ramón estremecerse de angustia, pues no habían de faltar pretextos para hacer llegar hasta sus padres la resolución adoptada. Tal como lo había pensado, ejecutó el plan concebido. El día 9 de noviembre, a las cuatro de la tarde, en el café Colón de la calle Corrida, encontrábase con don Lisistrato Samoedo, que ya se había radicado en la Villa, conversando de su próximo viaje, y rogándole que fuera portador de una carta que escribiría esa misma noche a sus padres. Don Lisistrato, mientras sorbía el café, escuchaba atento las nerviosas explicaciones de Juan Ramón, prometiéndole poner cuanto estuviera de su parte para dorar la amarga píldora de que iba a ser portador.

—Bueno—terminó—esta noche te vas a comer con nosotros, mi mujer y Pepita tendrán mucho gusto de verte.

—No lo tome usted a mal, pero, en mi estado de ánimo, preferiría no ir; ¡creo que sería mucho mejor!...

—Pues, precisamente, muchacho, por eso quiero que vayas, algo te distraerás, amén de que sabes se te aprecia.

Y así fué cómo, después de comer con desgano, y de contestar a las múltiples preguntas de todos, semiinconsciente, por una de esas jugadas inexplicables del destino, Juan Ramón, encontróse aquella noche en casa de la familia Samoedo. La llegada de algunos amigos dió ocasión a Pepita para arrastrarle a una conversación a solas. Hábilmente le distrajo de los temas generales, so pretexto de mostrarle un álbum de fotografías que guardaba en su gabinete, y cuando ya estuvieron solos, preguntóle de sopetón:

—¿De manera que te vas?

—Sí, me voy...

—Pero hombre, así sin despedirte de nadie, sin avisar...

—No tengo fuerzas para ello.

—¿Y la tienes para abandonar a tus padres a quienes quizás no vuelvas a ver?

Juan Ramón, que sufría los suplicios de tántalo y cuyas fuerzas amenazaban abandonarle, contestó débilmente:

—Si me despido, no me voy, no me dejarían, ¡y debo irme!

—Pero, ¿por qué? ¿No te acostumbras?

—No es eso.

—¿Y entonces?

Aquel tumor de amarguras que le angustiaba el corazón reventó en una confidencia que salió de sus labios como un sollozo.

—Pepita, hubiera querido silenciar lo que pasa dentro de mí, pero tú me fuerzas a romper mi propósito. ¿Quieres saber el porqué de mi viaje? ¡Pues bien, sea! No tengo dinero y necesito trabajar, buscarlo, aquí no estoy en mi ambiente y no quiero ser una carga para nadie.

—¡Pero qué imbéciles, qué orgullosos sois los hombres! ¿De manera que por no dar tu brazo a torcer, prefieres correr de nuevo la loca aventura?

—No confundas el orgullo con la dignidad, Pepita. Yo para vivir mal, prefiero estar solo. ¡Tampoco he nacido para malgastar alegremente el patrimonio de mi mujer!...

Un vivo rubor cubrió las mejillas de Pepita ante lo directo de la respuesta:

—¡Es que tú presentas las cosas en una forma!

—Como son, Pepita, sin quitarles punto ni coma.

—Bueno. ¿Y a qué hora te embarcas?

—A las cuatro de la tarde, mañana en el "Orsma".

—Iremos a despedirte al muelle.

—Sinceramente te ruego que no lo hagas.

—¡Eso faltaba! Que ni siquiera permitieras a los amigos como nosotros darte el último abrazo!

—Es que me va a causar mucha pena...

—Pues no te vayas.

—No puede ser, Pepita, mi destino está escrito. Pero te sé decir que conservaré tu recuerdo como una de las ilusiones más bellas de mi vida.

Juan Ramón, al proferir estas palabras, era lealmente sincero. Aquella huida de su casa afectaba hondamente su corazón, que buscaba un pecho amigo donde desahogar su pena. Pepita que-

dóse pensativa, y al cabo de unos segundos respondió muy seria:

—En fin, amigo mío, yo tampoco te olvidaré; puedes estar seguro, ahora que no puedo menos de reprochar tu conducta...

—¿Y qué querías que hiciera?

—Que lucharas, no te había de faltar apoyo.

—¡Palabras, Pepita! No creas que me voy así nada más; hice mis tanteos, pero me convencí de mi fracaso.

—No, Juan Ramón. Tú has sido orgulloso. Si hubieras buscado, habrías conseguido, ¡no lo dudes!; pero has preferido abandonarnos antes de doblar tu altivez para solicitar lo que de antemano tenías ganado...

—Cuestión de apreciaciones... ¡En fin, ya está hecho!... Ahora, a luchar de nuevo y ¡ojalá pueda volver pronto a estrechar tus manos...

De vuelta al salón, pasó a despedirse de los señores Samoedo, y en la puerta de la calle apretó con viveza las manos de Pepita, diciéndole:

—Hasta mañana, chica, ya que te empeñas en pasar un mal rato...

—¡Quieres callar! ¡Adiós!

Al día siguiente, muy de mañana, dedicóse a recorrer las calles del puerto, visitando los lugares conocidos; escribió la carta que había de entregar a don Lisistrato y resolvió los últimos trámites de visación de pasaportes en el Consulado de Chile. A las dos y media tomó un auto y en compañía de su vieja maleta de aventuras, bordearon el muelle Fomento, camino del

Musel, a través del húmedo gris de aquella tarde de noviembre. Pegado al malecón de atraque, esperaba el barco, como antes, como ahora, como siempre, la masa turbia de emigrantes que desaparecía silenciosa en sus entrañas insaciables...

Juan Ramón apeóse del auto y entregó su maleta a un marinero, recomendándole el lugar en que debía colocarla. Después dirigió la vista enderredor y divisó el auto de la familia Samoedo, por cuyas ventanillas aparecía la gentil silueta de Pepita. Encaminó sus pasos hacia el coche, en tanto que su corazón se oprimía como si una garra invisible le estrujara con saña. La voz de don Lisistrato dejóse oír un si es no es emocionada:

—¿Cómo anda el ánimo, señor emigrante?

—¡Regular, señor Samoedo, así, así como la tarde, ¡un poquitín triste, pero firme!

Pepita jugaba con el vuelo de su blusa, baja la vista, trémula de emoción y pálida como la cera. Juan Ramón, tomando una de sus manos, sonrió con melancolía, reconviéndola cariñosamente:

—Pepita, está usted abusando de sus nervios, ¡y de los míos!— añadió en voz baja.—Me figuro que no va a ser para usted una fiesta la amabilidad que ha tenido para conmigo...

Dña Celestina Alvargonzález, que llevaba con demasiada frecuencia el pañuelo a la cara, en ademán de sonarse las narices, hipó llorosa:

—¡Juan Ramón, deme usted un abrazo para llevárselo a su madre!

Accedió y los convulsos brazos de la señora Samoedo, retuvieronle sujeto largo rato, con grave riesgo de la cariñosa señora, que soltó un raudal de lágrimas, y estuvo en peligro in-

minente de un ataque de nervios. Tronó la ronca voz de la sirena y Juan Ramón, alejose ordenando perentoriamente al chofer:

—¡Ya, rápido, váyase!...

Sin volver la cabeza, subió la escala de proa y desde el barandal, saludó agitando las manos el coche que se perdía por entre los bultos de mercancía depositados en el muelle. Después procuró orientarse en la revuelta confusión del pasaje de tercera y pasando por entre sollozos, gemidos, despedidas e imprecaciones, bajó a la segunda cubierta y acomodó su equipaje en la lóbraga covacha de su camarote. El reducido espacio ocupábanlo seis camaranchones, unos encima de otros, sobre inmundos tableros:

—¡Vamos a ir como sardinas!—masculló entre malhumorado y triste.—¿Quiénes serán estos infelices compañeros míos?

Subió a cubierta a tiempo que el barco, despegando hacía rumbo a altamar... Las escenas anteriormente vividas, desfilaron ante él como antaño. ¡Otra vez los eternos adioses y el revolver de brazos y pañuelos! ¡De nuevo quedaba atrás la línea sinuosa de la costa y la soberbia proa rompía la bruma gris y lluviosa del horizonte! ¡Ahora sí que sentía como un pulpo enroscado a su corazón, toda la inmensa amargura del emigrante! En revuelta confusión, carga y pasaje, entre llantos, bascas y mugre, debatíase la clase en que viajaba... En la cubierta de primera, de correcto smoking, la orquesta preludiaba la última canción de moda. Algunas chicas "bien", asomaban su encantadora silueta, escudriñando con curiosidad la proa...

Juan Ramón, con las piernas abiertas en compás a la usanza marinera, guardaba el equilibrio bajo la pesadumbre de sus tris-

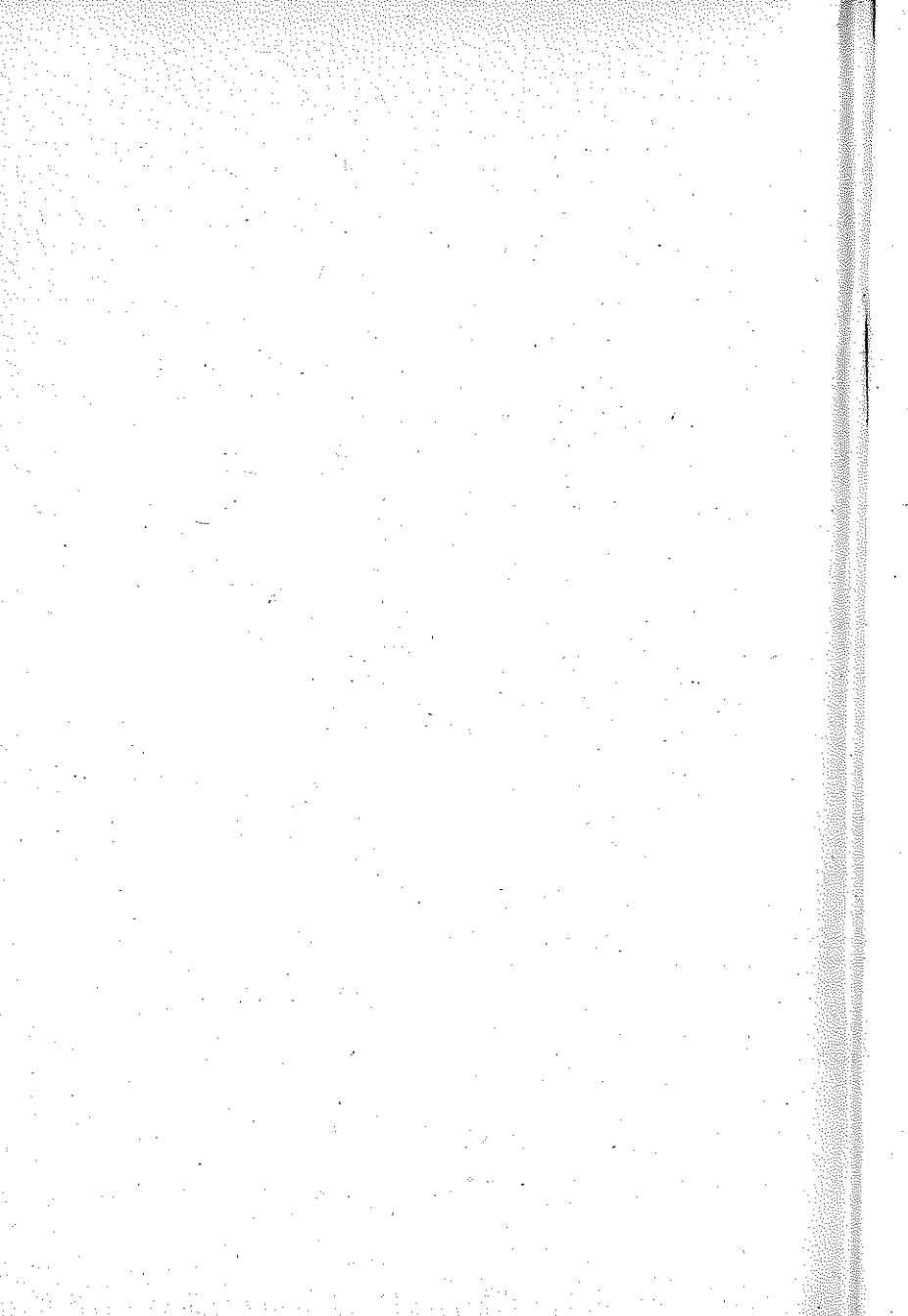
tes reflexiones... Avanzaba la tarde fatigosa y una lluvia gris y tupida envolvía sus miembros, escurriendo gotas sobre el volcán de su cara... El "Orsma" continuaba impertérito su ruta cabeceando blandamente. ¡También él, empujado por el misterio de su sino, seguía la suya!: ¡¡La Ruta del Emigrante!!....

San Vicente de Tagua-Tagua, 16 de mayo de 1934.

FIN

**SIGNIFICADO DE ALGUNAS LOCUCIONES DEL DIALECTO
"BABLE" QUE APARECEN EN ESTE LIBRO**

- Página 8.—(1) Trainera, pequeña embarcación pesquera tripulada por nueve hombres.
- Página 8.—(2) Galerna, tempestad marina.
- Página 30.—(3) Falanguera, habladora, melosa.
- Página 10.—(4) Rular, subastar el mercado.
- Página 48.—(4) Parpayuela, la lengua.
- Página 55.—(5) Payo, rústico, "huaso".
- Página 77.—(6) Degorrios, diablos, demonios.
- Página 92.—(7) Diaños, diablos, demonios.



INDICE

PRIMERA PARTE

Cuentos del Mar

	Págs.
El viejo "Xurel"	7
El médico de Sotrances	12
Política	16
Don Guzmán de Alfaro y el señor Pintueles	18
Juan Ramón'	23
Los amores de Juan Ramón	31
Noches de verbenas	35
"Juventud, divino tesoro..."	43
Romería de la Santina	46
El gran misterio	52
En torno de lo mismo	65
Donde se cuenta cómo llegaron a oídos de doña María de las Mercedes las andanzas de Juan Ramón	76
San Pedro y San Pablo en Cudillero	79
Las andanzas de Juan Ramón	89
Donde se cuenta el turbulento final de aquella noche	98
El derecho de pecar... ..	100
Poderoso caballero es Don Dinero... ..	102
"Consumatum est..."	107
La ruta del emigrante	110

SEGUNDA PARTE

	Págs.
Elogio del emigrante	117
Buenos Aires	122
Los primeros pasos	124
Con la cruz auestas	129
La familia de don Pancho	132
Inquietudes	139
El ave tiende su vuelo	142
Nuevas amistades	146
El retablo de Maese Pedro	153
Rebeldías... ..	159
Con las alas rotas	163
Por los campos de Chile	169
Paisajes de Chile	180
Primavera en Los Olivos	185
Puntos de vista	192
Eternamente viejo... eternamente nuevo... ..	203
Todo es fugaz y mutable... ..	207
Consumatum est... ..	216
Navegando	222
Desilusiones	228
La tradición y el tiempo	235
La tragedia de Juan Ramón	241
Significado de algunas locuciones del dialecto "bable" que aparecen en este libro	269

